Enid Blyton

SHADOW

EL PERRO PASTOR



«SHADOW», EL PERRO PASTOR

«SHADOW»

EL PERRO PASTOR

ENID BLYTON

Título original

SHADOW THE SHEEPDOG

Traducción de

RAMON MARGALEF LLAMBRICH

Cubierta de

PABLO RAMIREZ

Ilustraciones de

G. W. BACKHOUSE

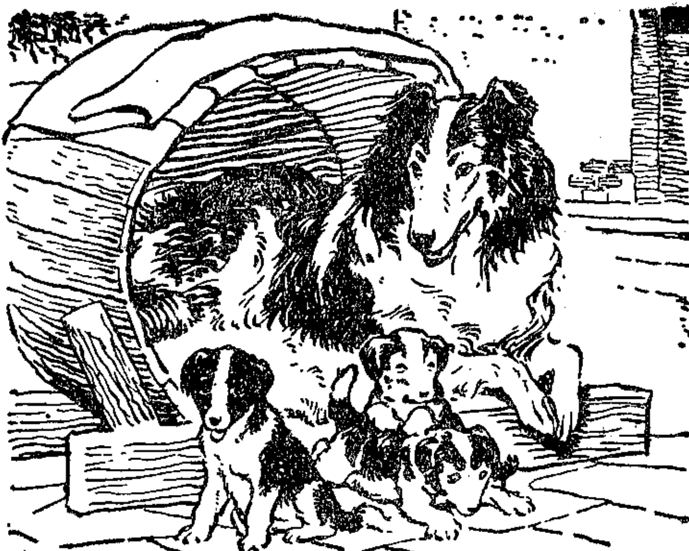
Calabria 166 — Barcelona, (15)

Depósito legal B. 15.518-1964

Número de registro 2.725 - 64

Impreso en España Printed in Spain

A. G. PONSA. - Hospitalet (Barcelona)



CAPITULO I

LOS TRES CACHORROS

Eranse una vez tres menudos y gordezuelos perritos que vivían en un barril, entre la cálida paja. Su pelaje era blanco, con algunas manchas de color castaño y sus cuerpecillos resultaban tan redondos casi como la vivienda que ocupaban.

«¡Sois los mejores cachorros del mundo!», Solía decirles su madre todos los días cuando les acariciaba pasándoles por el lomo y la cabeza su suave y rosada lengua. Ellos contestaban apretándose contra ella y produciendo pequeños ruidos que denotaban su complacencia.

Un fornido labrador se aproximó al barril, estudiando su interior.

—¡Muy bien, Jessie! —le dijo a la madre—. ¿Cómo marchan tus cachorros?

Jessie levantó la vista, contemplando al amo con sus grandes ojos castaños, agitando al mismo tiempo su peludo rabo. Tratábase de una hermosa perra de pastor, un inteligente animal que conocía las montañas de los alrededores palmo a palmo. Estaba descansando de su trabajo habitual, dedicada al cuidado de los miembros de su familia. Sus hijos contaban, aproximadamente, tres semanas. Los tres eran ya capaces de contemplar el mundo circundante. Habían nacido con los ojos cerrados pero, unos tras otros, aquéllos, azules, habíanse abierto a la luz y ahora miraban a su alrededor y más allá del barril, comenzando a sentir el espoleo de la curiosidad.

—Bueno, Jessie, tienes unos hijos muy hermosos, tengo que reconocerlo —manifestó su amo—. ¡Johnny! ¿Has visto hoy los cachorros?

Un chico se acercó al hombre corriendo, observando a Jessie con una sonrisa.

—¡Claro que los he visto! Los he visto un centenar de veces, ¿no es verdad, Jessie?

La perra menó la cola y uno de los perritos intentó mordérsela. El chiquillo se echó a reír.

—Quedémonos con uno de los hijos de «Jessie», papá —dijo—. Me gustaría mucho tener un perro que fuese sólo mío. Ese de la mancha blanca más alargada en la cabeza es el que prefiero.

—No... Ya tenemos bastantes perros —respondió el padre—. Ponle a «Jessie» un poco de agua fresca, Johnny. La ha derramado toda.

El labrador se alejó de allí y Johnny se fue a buscar el agua. Luego colocó el cacharro en condiciones al lado del animal, al que acarició dándole unos cariñosos golpecitos en la cabeza.

—Ese cachorro es exactamente igual que tú, «Jessie» —declaró—. Me gusta mucho. ¿No te agradaría que se quedase aquí uno por lo menos de tus hijos?

«Jessie» tornó a mover el rabo. No podía pensar que existiera alguien tan cruel que se atreviera a quitarle sus hijos. Ignoraba que la costumbre es que los perros, como los gatos, busquen acomodo en casas nuevas tan pronto pueden valerse por sí mismos.

Los tres cachorros crecían rápidamente. «Jessie» era una buena madre y por tanto les cuidaba bien. Aquel que se parecía más a ella era muy vivaracho y alegre. Jugaba a todas horas con su cola y le mordía en el hocico y en las orejas, intentando asustarla con sus divertidos ladridos.

No tardaron en poseer la fortaleza necesaria para corretear por el patio, dentro del cual habían nacido. Johnny se divertía de lo lindo con ellos entonces. Nada más verle, los tres perritos iban en su busca, deslizándose por entre sus tobillos, poniéndole a pique de dar un traspiés y caerse.

—Siempre que pasa por el patio, Johnny da la impresión de que está participando en una carrera de obstáculos —comentó la madre del muchacho, riendo—. ¡Vaya familia la de «Jessie»! Pero ha llegado ya la hora de que sean destinados a sus nuevos hogares. Esos perros no deben estar aquí más tiempo.

Johnny se sentía triste. «Jessie», preocupada. Eran sus hijos. ¿Por qué habían de quitárselos? ¿Se quita la gente entre sí sus pequeños? No. Entonces, ¿por qué habían de dejarla sola?

Pero no podía ser de otro modo... Encontráronse nuevas casas para los hijos de «Jessie» y los interesados prometieron pasar por la granja en el curso de la semana siguiente, para hacerse cargo de los animales. La madre de Johnny declaró que se pondría muy contenta el día en que desaparecieran los tres de allí. Era que los hijos de «Jessie» habían descubierto el camino de la cocina y andaban siempre por entre las piernas de su ama.

—Ese que se parece tanto a «Jessie» es el peor de todos. Siempre anda husmeándolo todo; no se pierde nada. Será el primero en desfilar.

—¡Oh, no, mamá! —exclamó Johnny—. ¡Si es el que más me gusta! Déjalo para el último.

«Jessie» sabía que sus hijos se marchaban. Habló con ellos, entristecida.

—Pronto dejaréis esta casa, vuestro primer hogar—les dijo—. Dentro de unos días os adentraréis en el mundo y tendréis nuevos amos. Debéis ser en todo momento valientes y buenos. Haced siempre lo que os manden. Jamás recurráis a vuestros dientes en tanto que vuestro amo no os lo mande.

—¿Te vendrás tú con nosotros? — le preguntaron los cachorros, medio asustados.

—Por supuesto que no —respondió la gigantesca perra. —Mi trabajo está aquí. Fijaos. Aquí se acerca un hombre para quedarse alguno de vosotros. ¿Quién será el elegido?

El padre de Johnny se aproximaba acompañado por otro campesino. Los dos contemplaron el interior del barril unos instantes.

Los perritos salieron, paseándose por entre las piernas de los dos hombres. Uno de ellos intentó mordisquear el cuero de las polainas del visitante.

—¡Este es un buen ejemplar! —exclamó aquél, cogiéndolo con una de sus velludas manazos—. Me lo quedo. Di adiós a tu madre, pequeñín.

«Jessie» le pasó la lengua por los hocicos por última vez. Luego husmeó las grandes botas del hombre.

—Adiós —dijo a su cachorro, que se sentía muy excitado y como crecido, de repente—. Este hombre es bueno pero tiene mal genio. Haz siempre lo que te mande si no quieres que te castigue.

El perrito echó a andar tras su nuevo amo, estirando cuanto podía sus cortas patas. Movía la cola nerviosamente. Sentíase ya tan mayor que apenas se avino a ladrar en señal de adiós a sus hermanos.

Los dos se quedaron mirándole. Uno de ellos quiso acompañarle pero el otro se alegró de no verse obligado a separarse de su madre. Después apareció Johnny, dándose cuenta de que la familia había disminuido.

—¡Qué lástima! Ya falta uno —comentó—. Eso es lo malo que tienen perros y gatos. Vienen a marcharse cuando ya uno podría jugar con ellos.

Al día siguiente fueron a recoger el segundo de los perritos de «Jessie». Tratábase de la señora Hillocks, quien vivía en el poblado., «Jessie» se alegró al ver a aquella mujer, pues ésta era una buena persona. Tenía un gallinero en la parte posterior de su casa y deseaba colocar allí un perro para que se lo custodiase. Examinó atentamente los dos cachorros que quedaban. Uno de ellos se agachó junto a «Jessie», temeroso de ser el elegido, pero el otro empezó a dar saltitos en torno a los tobillos de la visitante.

—¡Este es el que va a ser para mí! —exclamó la señora Hillocks—. Espero que no permitas que los zorros o los vagabundos se lleven mis gallinas, ¿estamos? Eres un perrito de buenas trazas. ¡Vámonos, pequeño!

Aquel era el segundo hijo de «Jessie» que se marchaba. Durante dos o tres días nadie apareció en busca del tercero. Este se acordaba mucho de sus hermanos. En su añoranza, lanzaba continuos gruñidos y pasaba el tiempo buscándolos por todo el patio. Johnny

contemplaba entristecido sus andanzas y le llamaba con un silbido cada vez que le veía.

El perrito terminó por acompañar a Johnny a todas partes. Colocábase a espaldas de su joven amigo y este reía complacido, observando sus travesuras.

—Te has convertido en mi sombra al seguirme adondequiera que vaya —le dijo el chico—. ¡Ojalá fueras mío! Te llamaré «Shadow[1]».

—¡Johnny, Johnny! —le gritó su padre—. Ese perro ha de ser enviado a su dueño por el ferrocarril. Búscate una caja y pon dentro de ella un poco de paja y un trozo de bizcocho. Habrás de darle de beber antes de que se vaya. Una vez hayas acomodado al animal en la caja pon esta en el carro y yo me lo llevaré a la estación.

Johnny estaba enojado. No quería que «Shadow» se fuera. Pero tenía que obedecer a su padre. Así pues, no tardó mucho en estar aquél bien instalado en la caja, sobre un mullido lecho de paja y un gran trozo de bizcocho, que comenzó a mordisquear. El animal emitía leves gruñidos, intentando recuperar la perdida libertad. «Jessie» se le acercó para hablarle.

—Te ha llegado el turno, hijo mío. Sé bueno y obediente y recuerda que eres un hermoso perro de pastor. ¡Adiós pequeño!

La caja iba dando continuos saltos dentro del carro que la conducía a la estación. Se hallaba casi en el mismo borde de la plataforma del rústico vehículo. Repentinamente, por obra de un salto más violento que los demás, aquélla cayó a la carretera. El campesino no advirtió nada porque en aquel preciso momento daba una voz a su caballo.

Con el golpe, «Shadow» se llevó un susto tremendo, quedándose por unos segundos casi sin aliento. Luego descubrió que a consecuencia de la caída habíase quebrado una de las tablas de la caja. «Shadow» se liberó instantáneamente de la misma, emprendiendo el camino de regreso a la casa con toda la velocidad que le permitían sus cortas patas. Había conseguido escapar...

—¡Uf! —gritó al ver a su madre, una vez hubo entrado en el patio —. ¡Ya estoy de vuelta! ¡Uf! ¡Johnny! ¡Ya he vuelto!

—¡Tiene gracia! ¿Cómo conseguiste escaparte de la caja, bribón? —dijo Johnny, cogiendo entre las manos al cachorro—. Vaya, vaya. Tendrás que ser enviado en el tren de mañana.

---

1 **Sombra. (N. del T.)**

El padre del chico se quedó sorprendido cuando al llegar a la estación vio que la caja y el perro habían desaparecido. No obstante, habiendo hallado aquella a la vuelta, adivinó lo ocurrido. Al día siguiente, «Shadow» fue acomodado en otra y esta vez llegó sin novedad a la estación. Un empleado colocó la caja en un vagón y al poco, con un silbido de la locomotora, partía el convoy.

«Shadow» estaba aterrorizado. Le daba miedo el espantoso traqueteo del tren. El silbido que de vez en cuando lanzaba la locomotora le inspiraba un verdadero pavor. No cesaba de temblar y de gruñir... El vigilante que iba en el vagón no se dio cuenta de esto. El tren se detuvo en una nueva estación y el hombre saltó al andén. El perro elevó el tono de sus interminables gruñidos, haciéndolos más quejumbrosos.

Una chiquilla le oyó. Esta asomó la cabeza al interior del vagón. «¿Qué puede pasarle a ese perrito?», se preguntó. «¿Estará herido? Voy a ver...»

Levantó la tapa de la caja y... «Shadow» movió el rabo vigorosamente y de dos saltos se plantó en el andén, cruzando luego la puerta de la estación para internarse por una polvorienta calleja. No sabía dónde se encontraba. Sin embargo, estaba contento, por haber salido de su encierro, habiendo perdido de vista por fin el rugiente tren.

Al cabo de un rato se detuvo, husmeando atentamente el aire. ¿Qué camino sería el mejor para regresar a su casa? Se estuvo quieto unos minutos, decidiendo luego la ruta a seguir. Doblaría la esquina de la calle en que se encontraba, cruzando por unos campos vecinos. No sabía por qué había de ir por allí. En cambio, estaba seguro de que ese y no otro era el camino...

Y al cabo de media hora entraba en el patio de Johnny un perrito sediento, verdaderamente cansado, con las patas doloridas... ¡Qué gusto daba volver a casa! Por allí *andaban* las gallinas... Vio el pequeño estanque en que se bañaban los patos. ¡Y también a su amigo Johnny! Con un gruñido de alegría, el animal echó a correr en dirección a él. El chiquillo se le quedó mirando, totalmente desconcertado.

—Pero... ¡Otra vez estás aquí, «Shadow»! ¿Cómo conseguiste escaparte esta vez? Nunca conocí un perro más obstinado que tú. ¡Papá, papá! ¡Aquí está el tercer cachorro de nuevo!

El padre de Johnny salió del cobertizo en que se hallaba, mirando sorprendido al animal.

—Al parecer no vamos a poder desembarazarnos de él —exclamó —. Ese gozquecillo es un descarado.

—Papá: ¿no podríamos quedárnoslo? —inquirió Johnny, cogiendo entre sus brazos a «Shadow», que temblaba como nunca—. Me gusta mucho y somos amigos. Por muy lejos que lo enviemos terminará por volver, estoy seguro de ello.

—Bueno, hay que reconocer que lo que él desea es permanecer aquí —convino el padre de Johnny—. De acuerdo, quédate con él. También a mí me hace gracia ese animal. Será tuyo pero... procura adiestrarlo bien con, las ovejas porque tendrá que ganarse lo que se coma, exactamente igual que los demás perros, Johnny.

—¡Oh, papá! ¡Gracias! — gritó Johnny, echando a correr en dirección al interior de la casa, para decírselo a su madre.

El chico depositó a «Shadow» en el suelo y éste, como siempre, empezó a seguirle, pisándole los talones.

—¡Mamá! El perrito de Jessie ha vuelto de nuevo y papá me ha dicho que puedo quedarme con él. ¿Sabes qué nombre le he dado? ¡«Shadow»! Es que siempre me sigue, como si fuese mi sombrad ¡Oh! ¡Qué contento estoy de tener un perro mío! ¡«Shadow»! ¡«Shadow»! ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Te gusta el nombre?

«Shadow» gruñó, moviendo la cola orgullosamente. Tenía un nombre. Tenía un hogar también. Poseía cuanto había de poseer un perro que se tuviese en alguna estima. Y... esto que nadie lo pusiese en tela de juicio: ¡demostraría a todos que era digno de todo aquello!



CAPITULO II

«SHADOW» APRENDE ALGUNAS LECCIONES

Estaba Johnny tan contento de tener un perro exclusivamente suyo que no podía separarse de él, ni siquiera durante la noche. Le hacía subir a escondidas de sus familiares por las escaleras interiores de la casa para introducirlo en su dormitorio. Al poco tiempo «Shadow» dormía a los pies de la cama del chico, sobre un trozo de manta vieja.

Johnny no contó a su madre nada de todo esto. Reconocía que hubiera debido pedirle permiso para obrar como obraba pero temía su negativa. La buena señora, no tardó en descubrirlo todo... Habíale sorprendido encontrar en el dormitorio de su hijo un pedazo de manta de desecho.

—Johnny —le dijo enseñándole su hallazgo—, esto huele igual que tu perro. ¿Es que acostumbras a «Shadow» a dormir a los pies de tu cama?

—Sí, mamá —respondió el chico—. Me gusta que esté cerca de mí. Así siempre tengo los pies calientes. Además... ¡Oh, mamá! Cuando duerme hace unos ruidos muy graciosos. No me digas que de aquí, en adelante habrá de pasar las noches en el patio.

—¡Qué raros sois los chicos! —exclamó—. Por nada del mundo consentiría que un perro durmiese en mi cuarto... No obstante, tu padre siempre me está diciendo que le ,deje hacer eso con «Jessie». Y mis dos hermanos, tus tíos, comparten sus habitaciones con tres perros. Bueno... Supongo que si ese es también tu gusto habremos de consentírtelo. Pero te lo aviso ahora: si llego a encontrar algún hueso en tu cama arrojaré a «Shadow» de aquí.

—¡Oh, mamá! No sabes cuanto te lo agradezco —repuso Johnny, encantado, dando a su madre un abrazo—. Ya procuraré que Shadow no ensucie nada. Verás... Es un perro muy bueno. Me río mucho cuando por la mañana me despierta mordisqueándome los dedos de los pies.

Por consiguiente, «Shadow» se pasaba la noche en la parte inferior del lecho de Johnny y el día corriendo detrás de su amigo. Este era su amo. Para «Shadow» no había en todo el mundo una persona más maravillosa que él. Nada de lo que Johnny hacía le parecía mal y si el chico estaba triste o alguien le reprendía su rabo se abatía inmediatamente, quedándosele entre las patitas y gañía como si hubiera sido él a quien hubiesen reñido.

—He de darte algunas lecciones, «Shadow» — advirtió Johnny a su perro un día—. «Jessie», tu madre, aprendió un puñado de cosas que tú también debes conocer. Has de saber distinguir mi silbido entre otros y acudir a donde yo esté cuando te llame, dejando enseguida lo que estés haciendo, sea lo que sea. Esto será tu primera lección. Hoy te instruiré en ese sentido.

«Shadow» escuchó atentamente el discurso de su amo. Su cola, entretanto, se movía como las aspas de un molino. ¡Qué lección más fácil! Se sabía el silbido de Johnny de memoria. Conocía su voz a la perfección también. No existía ninguna otra que fuese igual, a la del chico. Asimismo, le gustaba el olor de Johnny. En ocasiones le parecía descubrir aquél en algún rincón del patio y entonces se entretenía localizando sus pasos, hasta que daba con su amo.

—Tienes un olfato muy agudo, «Shadow» — le decía Johnny—. Esa es una buena cualidad. Aquél te será muy útil más adelante si se da el caso de que se extravíe alguna oveja.

Johnny se llevaba consigo al perro cuando andaba por la campiña. A «Shadow» le agradaba estar por los excitantes olores que percibía allí por todas partes. Corría de un lado para otro, con los hocicos a ras del suelo. Percibía el olor de las ratas, de los ratones, erizos, conejos, liebres y zorros. ¡Qué delicia! Demasiado grande para explicarla con palabras, se decía el perro. El olor, a veces, adquiría una intensidad que le sacaba fuera de sí, como, por ejemplo, cuando en una ocasión introdujo sus hocicos en la boca de una madriguera.

«Shadow» creyó volverse loco. Comenzó a husmear nerviosamente, a arañar la tierra. Quiso introducir más aún su cabeza en el agujero. Johnny, sonriendo, se alejó, dejando a su perro detrás, separándose de él. ¡El cachorro iba a recibir verdaderamente su primera lección!

Cuando se encontraba en el otro extremo de la finca, Johnny hizo un alto. Shadow continuaba escarbando en la boca de la madriguera. El silbido de su amo rasgó el aire...

«Shadow» lo oyó, pero... ¿cómo iba a apartarse de allí, percibiendo como percibía aquel excitante olor? ¡Si no tardaría ni un minuto siquiera en hacerse con los conejos que hubiera dentro de aquel escondrijo! Decidió, en consecuencia, no hacer caso de la llamada, concentrándose nerviosamente en su tarea.

Otra vez oyó el silbido, esta vez más fuerte y prolongado. «Shadow» sacó un momento la cabeza del agujero. Advirtió que Johnny aguardaba que se uniese a él. Se preguntó si debía obedecer a su amo o no. No. Johnny podía esperar un minuto, todo el tiempo que necesitaba para cazar a sus presas. Y volvió a introducir la cabeza en la abertura.

Entonces el chico gritó:

—¡«Shadow»! ¡«Shadow»! ¡Ven aquí!

Pero ni aun así obedeció «Shadow». Este no acertaba a encontrar la forma de apartarse de la madriguera. ¡Le atraía tanto aquel olor! Entonces Johnny volvió sobre sus pasos, acercándosele. El perro sintió que alguien le daba un manotazo en el lomo. Sacó la cabeza de la madriguera para mirar asombrado al chico. ¡Johnny le había pegado! ¡Oh! ¡Qué experiencia tan terrible!

—¡«Shadow»! Has oído mi silbido, ¿verdad? Pero no has querido obedecer, ¿eh? Has oído que te llamaba y como si nada. No te has portado bien. Eres un mal perro.

¡Pobre «Shadow»! Su rabo se abatió instantáneamente, quedándosele entre las patas. Agachó las orejas. No tenía valor para mirar a su amo. Echó a andar tras él, gimiendo blandamente. Seguro que en aquellos momentos no había en todo el mundo un perro que se sintiese más infeliz, más avergonzado. Jamás, jamás volvería a desobedecer a su amo, por muchas que fueran las madrigueras que encontrase en su camino.

Habiendo ¡llegado a la boca de otro agujero semejante al anterior, Johnny se detuvo.

—¡Conejos! —exclamó—. ¡Conejos! ¡A ellos, «Shadow»!

«Shadow» se puso en seguido a arañar la tierra, husmeando en la boca de la madriguera. El chiquillo echó a correr, separándose considerablemente del perro. Luego se volvió, silbando. Tenía que comprobar si el animal había aprendido su primera lección. El silbido sonó claro, con fuerza, como si flotara sobre la campiña.

En esta ocasión «Shadow» sacó la cabeza de la madriguera inmediatamente, echando a correr en dirección a Johnny con toda la velocidad que le permitían sus patas. No estaba dispuesto a ser castigado de nuevo.

—Eso está bien, «Shadow», muy bien —aprobó el chico, orgulloso, acariciándolo—. Te ha costado poco trabajo aprender esa lección. No creo que vuelva a ser necesario pegarte para que aprendas las que vendrán después.

Y así fue. Nada más oír el silbido de su amo, «Shadow» emprendía una veloz carrera hacia él. Luego vino la lección siguiente... Tenía que avanzar exactamente tras los pasos de Johnny cuando andaban por la ciudad o iban dando un paseo por el campo.

—Fíjate bien, «Shadow»: un perro bien enseñado debe caminar detrás de su amo, sin interponerse en su camino —le explicó/ el muchacho—. Ha de mantenerse en todo instante atento a lo que aquél le diga, ya que puede necesitar de él en un momento dado. Por tanto, cuando yo dé una voz señalando el suelo a mis espaldas habrás de colocarte ahí, tocando casi con tus hocicos mis zapatos. Y cuando yo te ordene: «¡Corre, «Shadow»!», dejarás ese sitio, alejándote de mí a toda velocidad hasta que yo te mande lo contrario.

«Shadow» escuchó con toda atención las instrucciones de Johnny. Cuando avanzaban por las calles de la población no le gustaba mucho ir pisándole los talones a su amo. Solía hallar al paso muchas cosas que ver y oler. Experimentaba el fuerte impulso de detenerse y olfatearlo todo. Le entraban unas ganas enormes de irse con los perros con que tropezaban, para hablar con ellos de Johnny.

Pero éste llevaba en la mano una ramita y cada vez que «Shadow» se alejaba de él más de la cuenta, en lugar de mantenerse pegado a sus zapatos, le «acariciaba» con la punta de aquélla los hocicos. Pronto, pues, aprendió a interpretar los deseos de su amo. «¡Aquí!» significaba que Johnny quería que le siguiese... En este caso no podía irse a un lado ni a otro, ni mucho menos colocársele delante. «Shadow» era un perro inteligente, de manera que sólo necesitó un par de días para asimilar perfectamente la nueva lección.

Johnny no hizo daño nunca a «Shadow». Ahora bien, su padre le había dicho que, al igual que los niños, los perros han de ser instruidos en ciertos hábitos, haciéndoles ver que la desobediencia tiene su castigo. Por consiguiente, el chico se mostró severo con el animal, porque le tenía cariño y ansiaba que de mayor fuese un buen perro.

—Ahora debes enseñarle a mantenerse «en guardia», Johnny —le dijo a este su padre—. Eso es muy importante tratándose de un perro pastor.

El chico explicó a «Shadow» lo que quería decir aquello. ¡Ya no se trataba de una cosa tan fácil de aprender! Johnny se lo llevó al campo, dejando sobre la hierba su gorra y su chaqueta. Obligó a «Shadow» luego a que se sentara encima.

—¡En guardia! ¡En guardia, «Shadow»! No debes separarte de esa prenda hasta que yo vuelva o hasta que te llame con un silbido. Eres el encargado de su custodia.

«Shadow», muy feliz, meneó el rabo. Siempre le agradaba sentarse sobre las ropas de Johnny. Este echó a andar, alejándose. Nada más ver esto, «Shadow» se lanzó en su seguimiento, olvidándose de la gorra y la chaqueta del muchacho. Su amo dio la vuelta rápidamente, mirándole con severidad.

—¿No te ordené que guardaras esas prendas? —gritó—. Eres un mal perro. Colócate otra vez donde estabas. ¡En guardia!, te he dicho. ¡En guardia!

Johnny obligó a «Shadow» a situarse en el sitito que abandonara. La cola del perro se abatió. No quería quedarse allí sólo, con una gorra y una chaqueta por toda compañía. Quería irse con su amo.

Este se apartó de él nuevamente. «Shadow» esperó hasta que llegó un instante en que le perdió de vista. Entonces se lanzó en su busca. ¡Mal hecho! No era eso precisamente lo que de él esperaba Johnny conseguir. El chico, muy enfadado, le reprendió. «Shadow» se sintió desconsolado. Pensó que, sin duda, la gorra y la chaqueta tenían su importancia.

—¿Me obligarás de nuevo a que te lleve donde has debido quedarte? —gritó Johnny—. Decididamente, eres un mal perro. Te dije que en guardia, ¡en guardia!, ¡en guardia!

«Shadow» comprendió. Tenía que volverse y permanecer quieto junto a aquella gorra, sobre la chaqueta, hasta que le mandaran otra cosa. Bueno... No «por qué» pero se daba cuenta de que no tenía más remedio que obedecer. Por tanto sin que Johnny tuviera que insistir más, emprendió voluntariamente el camino de regreso, sentándose encima de la chaqueta, colocando entristecidamente su cabeza entre las patas delanteras. De todos modos le gustaba percibir el olor de aquella prenda: olía a Johnny.

El chico se adentró por otro campo, aguardando unos minutos. Oculto en un matorral, comprobó que realmente «Shadow» se mantenía «en guardia» esta vez. «¡Qué bueno es este perro!», pensó Johnny, orgulloso. «Ahora regresaré para recompensarle con una galleta. Le ha costado trabajo aprender esta lección».

Al verle de nuevo, «Shadow» se puso en pie, muy contento, meneando el rabo alocadamente. Pero ni siquiera entonces se apartó de la chaqueta. No... Se le había ordenado que permaneciese allí, en guardia hasta que su amo decidiese lo contrario.

Había valido la pena aprender aquella lección porque Johnny le obsequió luego con una galleta deliciosa, al tiempo que le acariciaba y le decía que era el perro más maravilloso del mundo. «Shadow» se tendió en el suelo, dando ' vueltas y más vueltas, aullando de puro gozo.

Johnny se puso la chaqueta y la gorra.

—¡Otra lección más! —exclamó—. ¡Este «Shadow» es estupendo!

El perro aprendió también a estarse quieto cuando su amo le quitaba un hueso, absteniéndose de gruñir o manotear. Aprendió, asimismo, a localizar a Johnny dondequiera que estuviese, aunque les

separase una distancia de dos o tres kilómetros. Esto era demostrar una inteligencia y habilidad nada corrientes. A veces su amo le encerraba, marchándose. Media hora más tarde uno de los obreros de la granja lo ponía en libertad, diciéndole:

—¡Busca a Johnny, «Shadow»! ¡Hala, hala! ¿Dónde está Johnny?

«Shadow» acercaba sus hocicos al suelo, corriendo alocadamente de un lado para otro hasta que descubría; la huella de los pasos de su amo. Entonces salía disparado, igual que una flecha al abandonar el arco, localizando al chico sin equivocarse nunca. En muy poco tiempo dejaba atrás campiñas y setos y arroyos... Inevitablemente, encontraba a su amo, escondido en la copa de un árbol o en unos matorrales.

—¡Qué buen perro es este «Shadow»! En esta ocasión no has tardado más de diez minutos — decía a lo mejor Johnny—. ¿Te gusta aprender todo esto que te enseño, «Shadow»? ¡Naturalmente que sí! Aprendes con bastante rapidez. Pronto acompañarás a los otros perros y debes saber cómo te has de conducir para gobernar al ganado. Me figuro que tú vas a ser el más inteligente de los perros pastores que hemos tenido en casa. Harás lo que puedas por destacarte, ¿verdad, «Shadow»?

El animal le contestaba lamiendo una y otra vez la mano. Sintiose muy agitado al enterarse de que no tardaría en reunirse con los restantes perros. ¡Ah! ¡Ya sabría demostrarles que se proponía superar a todos en los cometidos que habitualmente se les confiaba dentro y fuera de la granja!



CAPITULO III

«**SHADOW**» Y LOS OTROS PERROS

En la granja había muchos perros. Estaba «Jessie», la madre de «Shadow», que guardaba la casa y el patio. Y también «Tinker», «Rafe», «Dandy» y «Bob», todos ellos perros pastores, a excepción de esté último, un mestizo. Tratábase de un animal de extraño aspecto, dotado de una cabeza muy grande, largo cuerpo y frondosa cola. Era fuerte y de rápidas patas. Su pelaje, rizado, presentaba manchas negras y castañas.

«Shadow» temía a «Bob». Este no tenía nada de juguetón y gruñía en cuanto veía al hijo de «Jessie» por sus inmediaciones. Pertenecía a Andy, el pastor, y vivía con él en la pequeña casa que había en la ladera de un promontorio. Los otros perros paraban dentro

de la granja pero acompañaban a menudo a Andy, a fin de ayudarle a cuidar el ganado.

Tinker era un perro amigo, cuya cola no descansaba un instante y acercaba los hocicos a la mano del primero que le hablaba. «Shadow» le quería mucho y acostumbraba a unirse a él siempre que podía.

—Estás haciéndote mayor —le dijo «Tinker» a «Shadow»—. Es hora ya de que aprendas algo.

—He aprendido muchas cosas —respondió «Shadow»—. Soy un perro muy inteligente. Eso es lo que dice Johnny.

«Tinker», bromeando, se lanzó sobre su amigo, derribándole. «Shadow» intentó escabullirse pero el otro le sujetó por el cuello, inmovilizándole.

—¡No eres tan inteligente como tú te crees! —exclamó «Tinker»—. Cuando un perro se lance sobre tí no debes volverte como lo has hecho. Tienes que esperar de frente su ataque.

Se les acercaron «Rafe» y «Dandy», moviendo sus colas. Uníales a todos una buena amistad. Rafe era un ejemplar maravilloso de perro pastor y había ganado muchos premios en diversos concursos por su habilidad gobernando el ganado. Dandy también tenía buenas cualidades pero había adquirido el mal hábito de vagabundear por los parajes cercanos a la granja, cosa que había suscitado más de una vez la indignación del propietario de aquella.

Los tres perros iniciaron una lucha entre ellos, sin cesar un momento de gruñir, pretendiendo cada uno clavar sus colmillos en las gargantas de los otros. «Shadow» no perdía detalle de la escaramuza.

—Dejadme entrar en el juego —les pidió, deseoso de comparar sus fuerzas con las de aquellos grandes animales.

«Rafe» y los otros, comprensivos, le permitieron que les diera algún que otro restregón en las orejas.

—Dentro de poco tiempo serás un animal fuerte — le dijo «Dandy», quitándoselo de encima—. A partir de hoy cada día te enseñaremos una cosa ¿Por qué .no te vienes con nosotros mañana, cuando salgamos con los rebaños?

—Ahora, ten cuidado con «Bob» —advirtió «Tinker»—. Ese no tolerará que le gastes ninguna broma. Si te dice que hagas algo sigue sus indicaciones.

«Shadow» se marchó corriendo, en busca de Johnny.

—¡Uf! —ladró—. Mañana me voy con los otros perros. ¿Qué te parece eso, Johnny?

—Me parece, sencillamente que eres el perro más maravilloso del mundo — respondió Johnny, acariciando la cabeza del animal.

Al día siguiente, en efecto, «Shadow» salió de la granja, en dirección a la casita del pastor, en compañía dé «Tinker», «Rafe» y «Dandy». ¡Huesos y galletas! ¡Pero que engrandecido se sentía al avanzar entre unos ejemplares tan notables de su especie! Le costaba trabajo mantenerse a su altura, porque le superaban en rapidez, haciendo, sin embargo, lo que pudo para quedar en buen lugar.

—Escuchadme ahora —dijo «Tinker»—. Las ovejas están hoy en esas dos elevaciones pero el pastor quiere que se desplacen hasta el promontorio vecino. Ese va a ser nuestro trabajo, de momento.

—¿Qué hemos de hacer entonces? —inquirió «Shadow» —. ¿Ponernos simplemente a la cabeza de ellas y guiarlas hasta allí?

—¿Habéis oído? —exclamó «Bob», que se encontraba al lado y parecía de mal humor, pues estaba convencido de que él solo era capaz de realizar tal trabajo, no necesitando la ayuda de los restantes perros—. ¡Qué estúpido! ¡Vamos, vamos, prueba a ver si puedes llevar a las ovejas adonde quieras nada más que con ponerte a la cabeza de ellas! ¡Ordénales que te sigan!

—Está bien, está bien, «Bob» — repuso «Shadow», que se sentía seguro de salir airoso de aquel trance.

Había oído afirmar que no había ningún animal más estúpido que la oveja. Bien. Por necias que fueran cabía pensar que se decidirían a seguir a un perro que pensaba conducirlas; únicamente hasta el promontorio cercano.

Así pues, «Shadow» se alejó de sus compañeros meneando nerviosamente la cola. «Bob» se sentó, observándolo atentamente con la boca entreabierta y la lengua fuera. Los otros tres perros se pusieron a correr por los alrededores, husmeando pero tampoco perdían de vista a «Shadow».. Sabían perfectamente qué era lo que iba a suceder.

«Shadow» se acercó al grupo de ovejas más próximo ladrando.

—¡Vamos! ¡Seguidme! Os voy a llevar a una ladera en que la hierba es más verde y fresca. ¡Qué contrariedad!

Los animales, nada más verle, huyeron corriendo. ¡Oh!

«Shadow» les siguió a toda prisa.

—¡No os asustéis, estúpidas! ¡Esperad un momento! ¡Escuchadme!

Las ovejas continuaron corriendo y pronto todo el rebaño hizo lo mismo. Había logrado espantarlas a todas. Luego apareció el pastor, que acababa de salir de su casa y empezó a dar gritos, dirigiéndose al perro de Johnny.

—¡Eh, tú! Pero, ¿qué estás haciendo? ¡Deja a esos anímales en paz! ¿Y tú eres un perro pastor? Pues si te comportas siempre así de poco nos vas a servir. ¡«Bob»! Conduce al ganado hacia ese sitio. Haz que se estén las ovejas quietas hasta que yo esté preparado para llevarlas al otro punto.

«Bob» salió disparado. Primeramente se acercó a «Shadow», obligándole a alejarse con el rabo entre las patas. Aquél sentíase dolido. Marchó inmediatamente en busca de «Tinker».

—¿Por qué se ha enfadado el pastor? —le preguntó—. ¿Por qué me ha atacado «Bob»? ¿Es que no hice lo que debía?

—Tú fíjate en «Bob» — le recomendó «Rafe».

Los cuatro perros estudiaron atentamente las idas y venidas de aquél. «Bob» rodeó el rebaño, avanzando sobre cualquier oveja que intentaba separarse del grupo, retrocediendo a veces para situarse más estratégicamente. No tardó así nada en formar un grupo muy numeroso y después, corriendo de un lado para otro, consiguió fijar el ganado donde le habían dicho. Por fin se plantó frente a las ovejas, sin perder de vista a éstas al tiempo que se mantenía atento, con los oídos, a cualquier nueva orden que podía salir de los labios de su amo.

—Estupendo, «Bob» — comentó el pastor.

El perro correspondió a la frase de aquél con un movimiento del rabo.

—¿Has visto cómo ha procedido «Bob»? —le preguntó «Dandy» a «Shadow»—. No puedes pedir a las ovejas que hagan esto o aquello. Tienes que forzarlas. Aquéllas son tan estúpidas que lo único que se les ocurre es echar a correr y tu trabajo consiste en obligarlas a correr en la dirección que tú deseas, sin asustarlas demasiado, lo justo tan sólo.

—«Bob» es muy -inteligente —manifestó «Shadow»—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Llevaremos el rebaño a la otra colina?

El pastor gritó, volviéndose hacia los perros:

—¡«Rafe», «Tinker», «Dandy»! ¡Vamos! ¡Ayudad a «Bob»! Llevad el rebaño al otro promontorio. Pasad por el puente a la otra orilla del río...

Andy señalaba con el bastón mientras hablaba. Los perros se dispusieron a obedecer sus indicaciones, ansiosos por iniciar la tarea. «Bob» se plantó junto a los pies del pastor, paseando la vista por los perros. «Shadow» comprendió que allí era el jefe del grupo.
No tenía más que lanzar un ladrido para que los otros le entendieran. «Rafe» marchaba detrás del rebaño. «Tinker» se había apostado en las inmediaciones del puente para asegurarse dé que todas las ovejas enfilaban el mismo. «Dandy» se repartió con «Bob» el trabajo de mantener el orden entre las últimas.

El pastor penetró en su cabaña. Sabía que podía confiar enteramente en sus perros.
«Shadow» marchaba al lado de «Dandy». Este le dijo: —No te separes de mí ahora. —El animal jadeaba—. Haz lo que me veas hacer a mí. Nuestra misión es mantener a estos estúpidos seres reunidos, para conseguir que salgan de esta finca, ladera abajo, en orden... «Bob» se. encarga de ese lado. Nosotros nos ocuparemos del opuesto. Tan pronto veas que una oveja se separa de las demás, lánzate a toda prisa sobre ella y oblígale a volver a su sitio.

¡Santo Dios y qué instantes más ajetreados vivió entonces el pobre «Shadow»! Las ovejas, tontas como siempre, se obstinaban en deshacer el gran rebaño. «Shadow» les perseguía, colocándose delante de ellas, forzándoles a retroceder. Tan excitado estaba que hasta su ladrido parecía más fuerte.

—¡Basta! — ordenó «Bob» —. Ladramos solamente cuando es necesario. Si tú llegas a asustar a estos animales de verdad entonces se esparcirán y nos veremos en un grave aprieto para conseguir volver a reunirlos. Y si tanto trabajo te cuesta callarte lo mejor que puedes hacer es regresar a la granja.

«Shadow» se sintió avergonzado. El no quería volver a la granja, a vivir con las gallinas, los cerdos y los patos. Le gustaba más correr por allí, bajo el sol, acompañado de los otros perros, ya crecidos, en posesión de una gran experiencia. Por consiguiente, no volvió a ladrar más, pese a que sentía muchas ganas de hacerlo.

Los tres perros no tardaron en alcanzar el objetivo perseguido. Las ovejas iban desfilando por las estrechas planchas del puente, donde «Tinker» Vigilaba. Aquéllas, no obstante, se mostraban reacias

y hacían cuanto podían para escabullirse por la orilla de la corriente. Pero «Tinker» no estaba dormido precisamente. Y cuando, tras alguna resistencia, las ovejas que encabezaban un grupo de disidentes acababan por obedecer las otras las seguían dócilmente.

—A estos animales les gusta seguirse unos a otros—comentó «Dandy» con una mueca que permitió a sus amigos ver su blanca dentadura.

Al principio. «Shadow» pensó que «Dandy» le miraba desafiante pero luego, al ver el plácido movimiento de su rabo, comprobó que se había equivocado, correspondiéndole con una señal idéntica.

—Fíjate en eso: si consigues que una o dos ovejas marchen por donde tú quieres puedes estar seguro de que las restantes obrarán igual — manifestó «Dandy».

—Ya lo había observado —contestó «Shadow»—. ¡Mira! ¡Una oveja que está remontando la orilla!

Echó a correr, cortándole el paso a la fugitiva, que se volvió hacia el puente para reunirse con sus compañeras.

—¡Muy bien! — aplaudió «Dandy».

«Shadow» se sintió tan orgulloso que por culpa de un falso movimiento estuvo a punto de caer al agua.

El ganado se fue acercando a una valla. «Rafe» y «Bob» marchaban detrás. «Tinker» y «Dandy» cuidaban de que las ovejas no se esparcieran pues todas habían de pasar por una abertura existente en la cerca.

«Shadow» prestó a «Dandy» toda la ayuda que le fue posible. Los animales empezaron a pasar en buen orden al otro lado de la finca en que se encontraban.

—Vete con ellos, cachorro, a ver si eres capaz de lograr que no se separen — le indicó Dandy.

«Shadow», pues, saltó por la abertura también, rodeando con nerviosos desplazamientos el rebaño, a fin de que en éste imperara el orden, en atención a su amigo «Dandy».

El trabajo resultaba, bastante duro porque el rebaño era grande y no bien «Shadow» acababa de hacer entrar en razón a una oveja se le escapaba otra más lejos.

¡Y cómo resoplaba y jadeaba! Era que no estaba acostumbrado a un trabajo tan rudo. «Dandy» se había apostado por las inmediaciones, contemplando atentamente los esfuerzos que

realizaba su amigo. Todas las ovejas se encontraban ya de aquel lado y cada vez era más difícil barajarlas.

Se les acercó «Bob».

—¡Alto! ¿«Qué estáis haciendo? No hay por qué agrupar a estos animales ahora. Debéis dejarlos en paz, que pasten tranquilamente.

—De acuerdo, «Bob». Le dije a «Shadow» que lo hiciera solo por ver si era capaz —ladró «Dandy»—. Deja a esas ovejas, «Shadow». Te has portado muy bien.

—¿También a ti te parece que lo hice bien, «Bob»?—inquirió el aludido, verdaderamente ansioso por oír una frase de elogio en boca del gruñón mestizo.

—No lo has hecho demasiado mal —contestó «Bob», echando a correr en dirección al pastor, que subía por la ladera, contento de que los perros hubieran cumplido la misión que les había confiado.

—¡No lo he hecho demasiado mal! —aulló «Shadow», encantado, moviendo la cola a mayor velocidad que nunca. —¡Lo ha dicho «Bob»! Me voy. Tengo que decírselo a Johnny. ¡Qué alegría le voy a dar!

Y «Shadow», el pequeño «Shadow», echó a correr ladera abajo, con la lengua fuera. Su menudo corazón latía aceleradamente, a consecuencia del puro gozo que sentía.

—¡Johnny, Johnny! —aulló—. ¡No lo he hecho mal! Eso es lo que «Bob» ha dicho... ¡Ah! Y llegará un día en que seré mejor que él.



CAPITULO IV

«SHADOW» EN APUROS

El cachorro de Jessie aprendió muchas cosas, que fueron enseñándole los perros de la granja, mayores que él. «Dandy», «Tinker», «Rafe» y «Bob» le explicaron lo que tenía que hacer para acorralar al ganado, para conducir a sus componentes adonde era forzoso que fuesen y cómo había de proceder para forzar a las ovejas extraviadas a regresar con sus compañeras.

Pero el pastor no permitía que el trabajo principal radicara en «Shadow», quien, a su vez, ansiaba exhibirse ante su amo, Johnny, y los otros perros, con el afán de demostrar su inteligencia.

—¿Por qué no he de ocuparme yo solo de agrupar el ganado? —aulló «Shadow» cierta mañana—. Sé muy bien qué es lo que tengo que hacer. Yo podría, sin ayuda de nadie coger a este gran rebaño y

trasladarlo a los pastos cercanos... Pero estoy seguro de que ni «Bob» ni el pastor me dejarían que hiciese tal cosa.

—Ten paciencia —le recomendó «Tinker»—. Es posible que pienses que lo sabes todo pero si es así estás equivocado. Tú no serías capaz de conducir este ganado a los pastos más cercanos sin nuestra ayuda. «Shadow», eso que has dicho es una tontería.

«Shadow» acabó enfadándose. Decidió esperar, a ver si se le presentaba una oportunidad que le permitiera demostrar a Johnny y a los otros perros cuan inteligente era.

Una tarde, cuando regresaba de dar un agradable paseo en compañía de Johnny, el perro advirtió un pequeño rebaño de ovejas en la ladera de la elevación que se había separado bastante de las restantes. Observólas atentamente. Poseído por una gran agitación, sus ojos se dilataron...

«¡Fíjate, fíjate en esos animales!» , se dijo "Shadow". «¡Se han escapado! Los otros perros no se han dado cuenta. ¿Dónde se habrán metido?»

Se aproximó a aquel punto para ver qué era lo que sucedía. No logró localizar a «Dandy» .Se habría marchado a alguna parte. «Bob» se hallaba tendido a la sombra de la casita del pastor, no muy lejos de su amo, con los ojos abiertos y las orejas empinadas. Lanzó un gruñido al descubrir a «Shadow» y éste huyó precipitadamente entonces. «Bob» le había inspirado siempre un miedo terrible.

«Tinker» arañaba la tierra alocadamente, en tomo al agujero de una madriguera y no hizo el menor caso de «Shadow». «Rafe» dormía tranquilamente, tendido al sol.

«¡Vaya un panorama!», pensó el hijo de «Jessie», desconcertado. «Esas ovejas se han escapado del rebaño, instalándose ahí arriba porque así se les ha antojado. Podrían perderse... ¡Y ni uno solo de los perros se ha dado cuenta de ello!»

«Shadow» se quedó quieto un momento y mirando a «Rafe» se preguntó si debía despertarlo o no. Luego se le ocurrió una gran idea.

—¡Huesos y galletas! He aquí la ocasión que yo esperaba encontrar para demostrar de lo que-soy capaz. Ahora mismo voy a hacer bajar a esas ovejas de las alturas, para obligarlas a que se reúnan con las demás.

Nada más pensar esto, «Shadow» echó a correr por la verdosa ladera, en dirección) al pequeño grupo de ovejas que pastaban

tranquilamente en un punto bastante alejado de aquel en que se hallaba el resto.

«Antes de hacer nada pensemos un poco», se dijo "Shadow" al deslizarse por la abertura. «Es ahora cuando debo planear mi trabajo, lo que he de hacer para intentar que se reintegren al grupo principal. ¿Habrá en esa otra cerca algún boquete? Tiene que haberlo para poder entrar ahí...»

«Shadow» empezó a correr a lo largo de la valla. Al final de ésta descubrió una menuda abertura. Imaginóse que debía ser la misma utilizada por los animales para huir.

«¡Perfectamente! Ahora los agruparé en un periquete, llevándolos adonde debieran estar.»

Lanzóse muy decidido sobre las ovejas. Estas parecieron quedar muy sorprendidas al verle. «Shadow» recordó que era siempre más conveniente no abusar de los ladridos, con objeto de que ellas no se asustaran demasiado, pues en tal caso se corría el peligro de que ya, alocadas, no se prestasen a nada.

Inició una serie de simulacros de ataques contra unas y otras. Finalmente, uno de los ejemplares más hermosos del grupo empezó a avanzar por donde «Shadow» quería. Los otros animales le siguieron. «Shadow» alcanzó a la primera oveja, encaminándola hacia el boquete. Aquélla no lo vio, pasando de largo.

La ¡irritación que se apoderó de «Shadow» fue grande. Entonces intentó obligar a otro de los animales a que se deslizara por la abertura. «¡Qué estúpidos!», pensó. «Verdaderamente, constituye un hecho de maravilla el que sepan comerse la hierba. ¡Atrás, atrás! Pero, ¿es que no habéis visto todavía el agujero de la cerca, tontas?»

Por fin, una lo descubrió, deslizándose por el mismo, muy asustada. A aquélla siguió otra, y otra... Pero las restantes se esparcieron por los alrededores, rehusando seguir el camino señalado por la primera de las compañeras. El enojo de «Shadow» crecía por momentos y en su furia intentó morder a una de las ovejas en las patas, una cosa que le habían advertido que no hiciese nunca.

El perro acabó tendiéndose en el suelo, extenuado. ¡No sabía hacer aquello! ¡No podía con las ovejas! ¡Le faltaban facultades!

—¡Demonios! —exclamó luego—. Y, ¿adonde habrán ido a parar las ovejas que salieron de aquí? Será mejor que les eche un vistazo.

Se deslizó por el boquete, iniciando la búsqueda de las tres ovejas. Al parecer cada una se había marchado por su lado. Acercó los

hocicos al suelo, husmeando... Sí. Una se había ido por aquí, la segunda por allí, y la otra había seguido otro camino distinto.

Lanzóse tras la primera oveja, abatiendo la cabeza. El animal se había dirigido inmediatamente a la cumbre del promontorio... ¡pasando al otro lado!

—¡Qué bestia más estúpida! —comentó «Shadow», indignado—. No es de extrañar que los perros hayamos de dedicarnos a cuidar de las ovejas. Y si no fuese así, ¿qué sería de ellas?

Echó a correr ladera arriba, continuando su avance hasta llegar a la cara opuesta. Repentinamente descubrió a la que buscaba, pastando tranquilamente en una zanja cubierta de frescas y verdes hierbas. «Shadow» estaba tan irritado que se fue directo a ella, ladrando con todas sus fuerzas junto a una de sus orejas. La oveja, espantada, dio un salto y sin cesar de balar emprendió veloz carrera, hacia la base de la colina.

—¡Vuelve, necia, vuelve! —ladró Shadow—. ¡No es por ahí por donde debes ir! ¡Oh! ¡Vuelve, vuelve! ¡Aún tengo que encontrar a tus compañeras!

Pero la oveja se hallaba demasiado asustada para obedecerle, pese a que el perro logró alcanzarla y situarse delante de ella, efectuando denodados esfuerzos para obligarle a emprender el regreso. El animal se daba cuenta de que «Shadow» era poco más que un cachorro y no se sentía nada intimidada por él. Continuó, por tanto, obstinada, su avance y ahora fue el perro quien empezó a sentirse amedrentado.

«¿Qué podría hacer yo? Será mejor que vaya en busca de cualquiera de los otros perros —pensó «Shadow»—. ¡Huesos y galletas! ¿Por qué me empeñaría desde el principio en hacer este trabajo yo solo?»

Dando media vuelta, se dirigió a la cumbre del altozano. Dejando la misma atrás se encaminó al sitio en que viera a «Tinker» y «Rafe». El primero estaba sentado y daba la impresión de hallarse bastante confuso. «Rafe» se había despertado y permanecía atento, con las orejas empinadas. Los dos perros presentían que algo andaba mal. Bob gruñía tras la casa del pastor.

—¿Qué pasa, joven cachorro? —ladró «Rafe»—. ¿Qué has estado haciendo?-

—¿Y cómo sabes tú que he estado haciendo algo? — aulló «Shadow»—. Bueno... Tienes razón. He intentado conseguir que

aquellas ovejas que se encuentran agrupadas en aquel pequeño pasto se reunieran con las del rebaño principal. Me extrañó que ninguno os dierais cuenta de que se habían separado...

«Bob» se les acercó en aquel momento corriendo, con las orejas muy echadas hacia atrás. El mestizo miró a «Shadow».

—Permíteme que te diga que esta mañana recibí órdenes de mi amo de separar unas ovejas de otras —explicó el recién llegado—. Esa es la causa de que los animales estén donde están... Pero, ¿es que tú te figuras que nosotros no nos hubiéramos dado cuenta de eso en el caso de que se hubiese tratado de una escapada de las ovejas que custodiamos?

—¡Oh! —gruñó el pobre «Shadow», consternado, pensando que había hecho el mayor de los ridículos—. Lo siento, «Bob», pero... la verdad es que yo he estado probando a juntar esos animales con los otros y tres penetraron en la finca vecina por un boquete de la cerca y...

Los tres perros se quedaron rígidos, inmóviles, contemplando aterrorizados a «Shadow».

—¿Qué dices?—rugió «Rafe»—. ¿Dónde paran esas tres ovejas? ¿Conseguiste que volvieran a reunirse sin novedad con las otras? ¡Habla! ¿Qué ha sucedido?

—No sé qué ha podido ser de dos de ellas —aulló en respuesta «Shadow», con el rabo más abatido que nunca—. Emprendí la persecución de la tercera y no pude hacerla volver. Se encuentra en la otra cara de la ladera. Vine a veros para pediros que me ayudaseis.

Sin perder un minuto, «Bob» ladró unas cuantas órdenes a sus dos compañeros y el grupo inició una loca carrera. «Shadow» marchaba detrás, haciendo los máximos esfuerzos para que sus camaradas no le tomasen mucha delantera. Pero, al fin y al cabo era solamente un cachorro y se sentía terriblemente fatigado, de manera que llegó mucho después que los otros a la cumbre del promontorio.

«Bob» descendió a toda velocidad... «Rafe» hacía lo mismo en distinta dirección y «Tinker» rodeaba un macizo rocoso para localizar a una de las extraviadas ovejas. El pequeño «Shadow» acabó quedándose solo. Permaneció un rato sentado, con las orejas gachas y la rosada lengua fuera de la boca en casi su totalidad. Sentíase enormemente desgraciado.

—No soy tan inteligente como me creía —aulló, entristecido—. ¿Qué dirán los otros perros cuando vuelvan?

Cuanto más pensaban en esto menos le gustaba la idea que le había asaltado. Por último decidió levantarse y comenzó a descender por la ladera, encaminándose a la granja. Antes de llegar a ésta se encontró con «Dandy», quien regresaba de un largo paseo que había estado dando por su cuenta.

—¿Qué te pasa, cachorro? —le preguntó el enorme perro pastor, sorprendido, pues había visto en seguida que «Shadow» caminaba con el rabo entre las patas, la punta del cual asomaba casi bajo su vientre.

«Shadow» le refirió el episodio.

—Ya ves que he caído en desgracia —se lamentó al final del relato —. Ahora marcho en busca de Johnny, antes de que «Tinker», «Rafe» y «Bob» puedan contarle las cosas más horribles de mí.

—Si haces caso de mis consejos esperarás en lo alto de la colina para escuchar lo que ellos digan—manifestó «Dandy»—. No se saca nada bueno de rehuir las situaciones embarazosas, joven cachorro. Serás valiente, ¿verdad?

«Shadow», siempre con el rabo caído, reflexionó un momento. Luego volvió sobre sus pasos.

—Tienes razón, «Dandy» — contestó—. No está bien que me marche ahora. Al fin y al cabo yo tuve la culpa de lo ocurrido y debo dar la cara.

—Eso es — aprobó Dandy—. Te acompañaré.

«Bob», «Rafe» y,«Tinker» se habían hecho con las tres ovejas, a las que estaban obligando a pasar por la abertura de la valla en el instante en que los dos perros se unieron a ellos.

—Uno de nosotros habrá de quedarse aquí mientras buscamos al pastor para que repare esta tronera —declaró «Bob»—. En cuanto una oveja descubre un pasadizo como éste no para hasta que se cuela por el y sus hermanas se obstinan en seguirla. ¡Tú eres tan tonto como ellas, «Shadow»! Ésos animales fueron traídos aquí para que pastaran tranquilamente y tú te empeñaste en enseñarles un agujero por el cual podían escapar. ¡Qué buenos servicios vas a hacer cuando seas mayor!

—Si te pareció que algo no marchaba bien, ¿por qué no nos lo dijiste?—inquirió «Rafe», enojado—. Supongo que te imaginas ser "tan

inteligente que no necesitas de nadie para hacer las cosas. ¡Qué estúpido!

—¡Hala, hala! ¡A jugar con las gallinas! — le dijo «Tinker».

—Sí, vete a bañarte en el estanque, en compañía de los patos — medió «Rafe»—Para eso sí que sirves. ¡Mira que llamarse a sí mismo perro pastor! ¡Un gato hubiera mejorado tu trabajo!

Para un perro era horrible verse obligado a oír esto. El pobre «Shadow» se sentía angustiado. Con el rabo entre las patas, como antes, empezó a descender por la ladera. Luego, Dandy habló por él.

—Bueno, puede que sea de veras un necio pero hay que reconocer que, al menos, ha sabido aguantar vuestra reprimenda. Huía cuando tropecé con él… No obstante, volvió para enfrentarse con este chaparrón de denuestos. Hay que convenir en que «Shadow» es valiente, «Bob».

Los tres perros guardaron silencio unos minutos. Después, «Rafe» le dijo al cachorro;

—Mañana, si quieres, puedes acompañarnos y así te enseñaremos cómo se domina un rebaño en marcha. Pero no vaya a ocurrírsete hacer nada por tu cuenta. Habrás de esperar a que te digamos que sabes ya cuanto hay que saber.

Cuando se encaminaba lentamente hacia la granja, «Shadow», por efecto de estas últimas palabras, se sentía ya más animado.

«¡Qué dura lección he aprendido!», pensó el cachorro. «De una cosa me alegro mucho, sin embargo: de haber sacado el debido fruto de ella».



CAPITULO V

«**SHADOW**» TIENE UNAS CUANTAS AVENTURAS

«Shadow», el cachorro de perro pastor, se hizo de otras amistades. Era un ser menudo e inquisitivo, al que le agradaba entablar relación con todos. Cuando Johnny se encontraba en el colegio, «Shadow» correteaba por el patio de la granja, si es que no andaba por la campiña, hablando con otros animales.

Había hecho amistad con las gallinas, hallándose especialmente compenetrado con una roja, grande, que era madre de doce pollos que se pasaban la vida picoteando aquí y allí. Conocía también a los dos enormes gallos y procuraba apartarse de su camino pues podían herirle mortalmente con sus peligrosos espolones. Se trataba con los patos, que le eran muy simpáticos. Estos mostrábanse siempre cordiales y muy inclinados a las bromas.

La gallina roja hacía mucho ruido cada vez que «Shadow» se le acercaba y al principio el perro le tenía miedo. Luego éste comprobó que el ruido lo hacía aquélla para llamar a sus polluelos.

—Ya ves... —le explicó el animal cierta *mañana*—. No me es posible salir de este horroroso gallinero. Mis pollitos no se *encuentran* en el mismo caso porque aún son pequeños y se escapan colándose entre los barrotes. Pero yo no puedo. Así que cuando descubro algún peligro les llamo. Como ya saben a qué obedece mi llamada, acuden corriendo, para esconderse bajo mis alas.

«Shadow» se había quedado asombrado la primera vez que viera a los pollitos precipitarse en el interior del gallinero. ¡A los pocos segundos era imposible ver el menor rastro de ellos!

El perro, entonces, se asomó al interior de la jaula. No. Allí solo descubrió a la gallina roja, cloqueando ruidosamente, diciéndole que se alejase si no quería que le picotease en los hocicos y en las orejas.

—No pienso hacerte daño —gruñó «Shadow»—. Ahora bien, ¿quieres decirme dónde paran tus pollitos? No veo ni uno. ¿Es que te los «has comido?

—¡Comerme a mis pollos! ¡Qué perro tan tonto eres! —cloqueó la gallina roja—. Nada de eso... Se encuentran todos aquí, ¡todos!

«Shadow» miró con más atención. Enseguida pudo comprobar que los pequeños se habían acomodado entre las plumas vellosas de la madre. Un pollito amarillo se asomó por entre las más finas del cuello de la madre y dos más hicieron acto de presencia bajo un ala. En las de la pechuga había también varias cabecitas... A continuación, como se *dieran* cuenta de que Shadow no se proponía causarles ningún mal, abandonaron el refugio que le ofrecía el cuerpo de su protectora, pasando del gallinero al patio, reanudando sus incesantes correrías por el mismo.

—Cuando tus pollitos asomaban por entre tus plumas tú parecías una gallina de doce cabezas, a más de la tuya —manifestó «Shadow» a su amiga—. ¡Mira! Aquél se está alejando mucho. ¿Quieres que dé un ladrido y le haga volver?

—No, gracias. Le asustarías —opinó la madre de los pollos—. Pero sí me agradaría que me ayudases a salir de esta prisión. Estoy segura de que la esposa del granjero se ha olvidado de que sigo encerrada aquí.

—Haré lo que pueda por tí—contestó «Shadow», aprestándose a tirar de un barrote que estaba un tanto suelto con sus fuertes colmillos,

Al poco conseguía su propósito de desprender aquel del todo y la gallina roja, cloqueando agradecida, saltó al patio.

A continuación condujo a sus pollitos al lado opuesto del recinto, dedicándose a vagar de un lado para otro en su compañía. Johnny les vio nada más llegar a la casa, procedente del colegio. Se fue corriendo en busca/ de su madre.

—¡Mamá! La gallina roja se ha escapado del gallinero y sus pobres pollitos no paran de correr por ahí. Acabarán muy cansados, si es que no se pierden. ¿Es que les abriste la jaula?

Ahora «Shadow» corría detrás de su amo, por supuesto, pues siempre se reunía con él en cuanto entraba en la granja. Al oír a Johnny pronunciar aquellas palabras abatió inmediatamente el rabo. ¡Huesos y galletas! ¿Es que había hecho algo malo ayudando a la gallina roja a escaparse?

La madre de Johnny se apresuró a ir al patio. Vio el barrote suelto del gallinero y adivinó que su gallina se había colado por allí. Luego trató de localizarla. Con toda seguridad que deambulaba con sus fatigados hijitos por el recinto.

—¡Qué bien cuidas a tus pollitos! —le gritó al verla—. Llévate a esos animales al gallinero. Acabarás matándoles si les obligas o dar tan largos paseos antes de que sus patas hayan adquirido la fuerza necesaria. ¡Debieras pensar que sólo tienen dos días!

La gallina estaba enojada. Cloqueó ruidosamente pero no tuvo más remedio que regresar adonde le habían ordenado. Johnny clavó el barrote suelto. «Shadow» se quedó al lado de él, con las orejas y el rabo abatidos. Sentíase muy desgraciado. Apoyó la cabeza en una de las rodillas de su amo. Este le miró atentamente.

—Sí, ya sé qué es lo que quieres decirme, «Shadow» — declaró el chico—. Fuiste tú quien ayudó a la gallina a escapar. He visto las huellas de tus colmillos en el barrote. Deja a los otros animales en paz, «Shadow». Cuando están encerrados es porque existe una razón para proceder así con ellos. Ocúpate de tus cosas y marcharás mejor.

—¡Uuuuf! — contestó «Shadow», cuyo rabo comenzó a oscilar un poco.

Miró hacia el gallinero. La gallina roja, que descansaba' en el piso de aquél, había extendido sus bonitas y brillantes plumas. No le fue

posible ver ni uno tan solo de sus pollitos. Extenuados por las continuas carreras de minutos antes, dormían en el interior del refugio maternal.

—Podías haber hecho un gran daño, «Shadow» —le advirtió Johnny—. Menos mal que llegué a tiempo de evitarlo. Ahora estudia la forma de compensar esa mala faena.

El perro miró a su alrededor. ¿Se le presentaría en algún sitio la oportunidad de hacer una buena acción con la que enmendar* sus yerros anteriores? No se le ocurría nada. Comprobó que los patos se hallaban entregados a sus juegos en el pequeño estanque y no necesitaban que nadie les ayudase. Los cerdos gruñían incesantemente en la pocilga y se encontraban demasiado amodorrados para charlar con él. Los terneros del prado echaban a correr en cuanto se les acercaba y los viejos caballos que tiraban de los carros de la casa se hallaban excesivamente atareados para hacerle caso. Nadie precisaba de su colaboración. No se le ofrecía oportunidad alguna de demostrar sus habilidades.

Pero al día siguiente sucedió algo... «Shadow» avanzaba con los hocicos pegados al suelo, siguiendo el excitante rastro de un conejo, cuando oyó un ruido, como el de un fuelle. Levantó la vista, asustado, viendo entonces que se encontraba junto al huerto en que era guardado habitual-mente «Pincher», el toro. Y, evidentemente, el animal estaba verdaderamente irritado. ¿Por qué?, se preguntó «Shadow» .

Hallábase al lado de la cerca, resoplando. «Shadow» descubrió a dos chicos, que en aquellos momentos ponían los pies en polvorosa. Sin duda, habían estado importunando al animal. Decidió apartarse de aquel lugar, por si «Pincher» llegaba a pensar que había tenido que ver con las bromas de los dos fugitivos e intentaba vengarse.

En consecuencia, dio media vuelta, para regresar a la granja. «Pincher» le avistó en el acto y sus resoplidos se tornaron más fuertes, violentos. El toro embistió contra la cerca y ésta, integrada por unas débiles maderas y espesas zarzas, ¡cedió! «Pincher», naturalmente, pasó al otro lado, bajando aún más la cerviz, rozando el suelo casi con sus hocicos, atravesados por un anillo.

«Shadow» contempló atentamente al toro. Vio los cuernos de «Pincher»... Sabía que con ellos era capaz de enganchar a un pequeño perro como él y lanzarlo al aire con la misma facilidad con

qué un hombre arroja con su horca a un carro una carga de heno. Oía los resoplidos del gran animal y se sentía asustado, verdaderamente.

Echó a correr y Pincher se lanzó en pos de él. Luego, «Shadow» recordó algo... Recordó que un toro irritado arremete contra todo lo que se le ponga por delante. ¡Unos minutos más y Johnny avanzaría por^ aquel camino, recién salido del colegio!

¿Y si el toro embestía contra Johnny? Seguramente lo engancharía con sus poderosos cuernos, arrojándole al aire. ¡No! Eso no sucedería jamás. Antes de que a su amo le ocurriese algo, «Shadow» estaba dispuesto a ser él la víctima. Por tal motivo, el pequeño perro dio la vuelta súbitamente, haciendo frente al temible Pincher.

—¡Uuuuf, uuuuf! —dijo «Shadow», lo más fuerte posible. Y a continuación gruñó—: ¡Grr-rr-rr-rr! ¡Grr-rr-rr-rr-rr!

El toro se detuvo, sorprendido. No estaba acostumbrado a que nadie le desafiara. La mayor parte de los seres que conocía solían huir cuando daba un resoplido. Examinó con atención a «Shadow»... ¡Y embistió contra él!

El perro se echó a un lado, librándose momentáneamente de los cuernos de su antagonista. «Pincher» había abatido la cabeza para hacerse con él. «Shadow» mordió a! toro en las patas, una cosa que a «Pincher» le enojaba mucho. Entonces la enorme bestia intentó repetir su maniobra inicia! pero el bravo gozque se escabulló inteligentemente, atacando sus patas por segunda vez, mordiéndoselas con fiereza.

El toro se quedó quieto un momento, reflexionando. Hacía tiempo que no había salido del huerto. Le gustaba este recinto. Los terrenos de las inmediaciones le eran extraños.

Oyose a lo lejos el agudo silbido de una locomotora. «Pincher» arreció en sus resoplidos. «Shadow» saltó sobre la cola del animal, clavando en la misma sus afilados colmillos.

«Pincher» dio la vuelta. ¡Eso era precisamente lo que «Shadow» necesitaba! El toro, ahora, miraba de nuevo hacia el huerto. Quizás a «Shadow» se le presentara la ocasión de ponerlo en camino de regreso al recinto.

Empezó a rodear a «Pincher» dando continuos ladridos. El toro se movía en la dirección que él quería. Después

«Shadow» vio aparecer a Johnny. Le miró muy nervioso, ladrando, angustiado:

—¡No te acerques! ¡Ve en busca de alguien! ¡El toro se ha escapado!

Johnny vio enseguida a «Pincher». Y también a «Shadow», acosándole desesperadamente. Comprendió que le sería muy difícil conseguir que el toro entrase en el huerto, apresurándose entonces a dirigirse a los pajares, donde se encontraban unos cuantos hombres trabajando. Diales unas voces. Confiaba en que a «Shadow» no le ocurriera nada. Leí atormentaba la idea de que su perro llegara a verse entre los cuernos de la fiera.

—¡«Pincher» se ha escapado! ¡Rápido, rápido! ¡«Pincher» se ha escapado! — gritó el chiquillo.

Los trabajadores se le acercaron corriendo. Cogieron unas horcas y se encaminaron hacia donde les señaló Johnny. «Pincher» echó un vistazo al grupo que se le aproximaba. Se preguntó si sería lo mejor cargar a ciegas contra todos, a ver cuantos eran los que podía derribar. Luego vio las horcas de que eran portadores sus adversarios, decidiendo que era preciso obrar sensatamente.

En aquel instante «Shadow» le mordisqueó en las patas. ¡Esto era ya demasiado! El toro lanzó un alarido de dolor, girando en redondo. Uno de los hombres, precavido, había abierto la puerta del huerto, por la que poco después pasaba «Pincher», trotando calmosamente. Cerrada aquélla, dos de los trabajadores se pusieron a levantar la parte de la cerca abatida.

—¡Muy bien, «Shadow»! —aplaudió Johnny—. ¡Supiste contener perfectamente a Pincher! ¡Estoy muy orgulloso de ti!

La verdad es que el perro estaba tan contento de sí mismo como si se hubiera hallado en posesión de dos rabos. El único que en realidad tenía oscilaba en aquellos momentos con tanta rapidez que apenas podía verse. Elogiado por Johnny... Esto era lo que más le agradaba del mundo. Echó a correr para referir el episodio a las gallinas, los patos, los cerdos, los otros perros y los caballos.

Pero estos animales no quisieron que «Shadow» se tornara orgulloso. Solamente los pollitos escucharon asombrados el relato de su encuentro con el toro. La gallina roja cacareó un poco, diciéndole al final que' no se mostrara vano. Los cerdos gruñeron, apresurándose a manifestar que tampoco ellos temían a «Pincher». Los patos ni siquiera se molestaron en prestarle atención unos minutos. Deslizá-

ronse hasta el agua, batiendo las alas para salpicar con aquélla al engreído «Shadow».

El enorme caballo que normalmente era enganchado al carro más grande de la granja, por toda respuesta, estampó uno de sus cascos en un charco que tenía al lado. Voló el cieno por los aires, viniendo a caer encima de «Shadow», que quedó manchado, sucio, desde la cabeza hasta el rabo. ¡La que se había buscado!

—¿Por qué has hecho eso, bruto? —preguntó el perro, irritado, al caballo, al tiempo que se sacudía vigorosamente—. ¡A ver si tienes más cuidado otra vez! Ya has visto que sé pararle los pies a un toro, de manera que no me costaría mucho trabajo hacer lo mismo contigo.

El caballo lanzó un relincho, a modo de risa, y repitió el movimiento anterior. «Shadow», profundamente disgustado, se alejó de él. ¿Por qué se portaban todos tan mal con él después de protagonizar un incidente que ponía de relieve su inteligencia y su valentía?

«Tinker» fue el que respondió c esta pregunta.

—Nosotros no acostumbramos a ir de aquí para allá contando a todo el mundo las hazañas que hemos llevado a cabo —manifestó muy serio—. Siempre dejamos que sean los demás quienes hablen de nuestras buenas acciones, «Shadow». Si todo el mundo te escuchara y alabase te volverías vano y orgulloso. En fin de cuentas, cualquiera de nosotros hubiera hecho lo que tú hiciste.

«Shadow» se sintió avergonzado.

—Lo siento —contestó—. No diré uno palabra más sobre esto, «Tinker». De veras.

Y así fue. Y entonces observó con gran sorpresa por su parte que siempre* que se dirigían a él todos hablaban de su aventura con el toro. ¡Vaya, vaya! «Shadow aprendía una lección tras otra, aparte de tener ocasión de vivir algunas aventuras. Bueno. Que Johnny estuviera contento de él... ¡Esto era lo que más le importaba!



CAPITULO VI

«SHADOW» VA CRECIENDO

«Shadow», el cachorro de perro pastor, se estaba convirtiendo poco a poco en un animal de gran tamaño, fuerte. Era un hermoso ejemplar de su raza, dotado de un bello pelaje, enormes ojos castaños y una cola que parecía montada sobre un muelle. ¡Tal era la flexibilidad con que oscilaba constantemente!

Se había hecho tan grande, pesaba tanto ya, que Johnny se vio obligado a prohibirle que siguiera acostándose sobre sus pies.

—¡Experimento la misma impresión que si tuviera encima de mí un elefante! —le dijo a «Shadow», quien, inmediatamente, se puso a mover el rabo con tal fuerza que la cama empezó a estremecerse.

—Yo creo que? «Shadow» tiene que dejar de dormir donde ha venido haciéndolo hasta ahora — declaró la madre del chico.

Ahora bien, Johnny armó tal alboroto con respecto a esta cuestión y «Shadow» se mostró tan disgustado que ya no volvió a hablarse más de aquel asunto y los dos siguieron compartiendo el mismo lecho, igual que antes.

A medida que avanzaba el verano los grandes perros pastores iban mostrándose cada vez más excitados. Pronto se celebrarían las demostraciones en que aquéllos participaban y el amo se proponía entrenar a algunos con ese fin.

«Tinker», «Rafe» y «Dandy» fueron los escogidos. «Bob» tenía demasiado mal genio para que figurase entre ellos. A veces atacaba a los perros desconocidos, sin previo aviso, y como en los concursos actuaban ejemplares que él no había visto jamás, el granjero había decidido prescindir de ese componente de su jauría. «Bob», por tanto, se quedó con el pastor, para ayudarle en Ja tarea de custodiar el ganado. El perro no parecía muy afectado por esta decisión. Le gustaba más ocuparse de las cosas que entendía más adecuadas para los de su especie.

El granjero no andaba exageradamente preocupado con los detalles del adiestramiento de sus tres perros. Sabía que no se les exigiría más que aquello que hacían a diario, esto es, acorralar al ganado, conducirlo a un sitio previamente designado... En fin, lo de siempre.

—Cronometraremos su actuación — dijo el padre de Johnny a éste —. Los que tarden menos tiempo en cumplir la misión que se les haya asignado serán los vencedores. Bien. Yo estoy dispuesto a enfrentar mis perros con cualesquiera que se presenten al certamen. «Rafe» lleva ganados ya muchos premios y supongo que repetirá sus hazañas.

«Shadow» escuchó atentamente a «Tinker» con ocasión de explicarle éste el mecanismo de los concursos. ¡Cuánto le hubiera agradado a él participar también en alguno!

—Es emocionante a más no poder —manifestó «Tinker». —Solemos irnos todos en un carro que nos conduce a la ladera de un promontorio cercano a la vecino ciudad. Estas pruebas se celebran siempre allí. En ese sitio puede uno ver perros procedentes de todo el país. He de decirte que algunos de ellos son famosos, ¡palabra!

—¡Ya lo creo! —afirmó «Rafe»—. Allí podrías ver, por ejemplo, q «Jack», el perro que ha ganado más copas que nadie en nuestro país. Más que yo, incluso. Si algún día te asomas al cuarto de estar de

nuestra ama verás las copas que me han concedido en varios concursos. Todas ellas se encuentran colocadas en el interior de una vitrina dé cristal. El amo está muy orgulloso de poseerlas.

—¿Y por qué no te han dado esos premios a tí, que eres el que los ganaste, «Rafe»? —inquirió «Shadow»—. ¿No te hubiera gustado comértelos?

—Naturalmente que no —replicó el aludido—. Esas copas son de plata. Pero, ¡qué criatura eres, «Shadow»!

—¿Va mucha gente a presenciar las pruebas? — quiso saber «Shadow».

—¡Centenares y centenares de personas! — declaró «Rafe», orgullosamente—. Debieras oír a la gente cómo nos aplaude, cómo nos vitorea. Es nuestro día el del concurso, nuestro día de veras. ¡Te quedarías asombrado al ver la velocidad con que movemos los rabos! El mío acaba tan cansado al fin de la jornada que luego apenas puedo hacerlo oscilar levemente.

—¿Crees que me será posible verte a tí y también a «Tinker» y «Dandy»? —preguntó «Shadow» ansiosamente. —¿Va a ir Johnny? ¿Me llevará con él?

—¡Oh! Seguro que te llevará si va —contestó Rafe—. Te servirá de mucho presenciar las carreras y demás competiciones, «Shadow», porque llegará un día en que seas mayor y entonces quizás seas capaz de ganar un premio en los concursos. Pero antes de que llegue esa fecha debes practicar mucho, ser muy obediente y emplear tu destreza y tu fuerza, por entero, para realizar el trabajo que te asignen.

—Y ten cuidado con lo que haces en esta semana o la siguiente —le advirtió «Tinker»—. A ver si no te dejan ir a que veas cómo ganamos nuestros premios.

La actuación de «Shadow» a lo largo de los días posteriores fue sorprendente. ¡Seguro que en todo el mundo no existía un perro más obediente que él! Estaba en su sitio antes de que le llamaran. Sabía lo que Johnny deseaba antes de que éste abriera la boca. Incluso hizo esfuerzos por vencer su manía de dormir sobre los pies de su amo, arduo empeño porque a él le agradaba estar en contacto con el chico de un modo u otro.

Por todo esto puede adivinarse la- complacencia con que oyó las palabras que una mañana le dijo el granjero a su hijo:

—Bueno, hipo, puedes llevarte al cachorro contigo. Es un buen perro y no nos dará quehacer. Algo aprenderá de lo que vea allí.

Johnny estaba contento. Llegada la Gran Mañana aquél cepilló esmeradamente a su perro.

—Vas a disfrutar mucho, «Shadow» —le dijo al perro—. La prueba más importante será aquélla de la tarde en que cada granjero presenta tres canes... Ya verás con qué maravillosa precisión actúan juntos «Tinker», «Rafe» y «Dandy», en un campo desconocido, con ovejas que no han visto nunca, delante de centenares de personas.

—¡Uuuuf! — respondió «Shadow», desbordante de alegría, incapaz de mantenerse quieto un momento.

Luego echó a correr en busca de «Bob». Este no asistiría a las competiciones y pretendía dar a entender que las mismas le tenían sin cuidado.

—¡Bah! ¡Los concursos! —gruñó— ¿Quién se molesta en prestar atención a esas tonterías? ¿Es que no basta con que todos nosotros hagamos nuestros habituales trabajos día tras día en estas laderas? ¿Hemos de exhibirlos forzosamente ante las mujeres y los hombres que quieran mirarnos? Esto de no ir a los certámenes es lo mejor que haya podido pasarme... Porque la verdad es que, de suceder lo contrario, no hubiera tardado en demostrarle a «Rafe» que era capaz de llevarme todos los premios.

—Estás enfadado porque no vas, «Bob» — limitó a subrayar «Shadow», atajándole.

«Bob» se arrojó en dirección a él. Pero el cachorro ya se había alejado... «Bob» se lanzó entonces en su persecución, con la intención de castigar al osado. Con gran sorpresa por su parte, ¡hubo de reconocer que no podía darle alcance! «Shadow» se mantuvo en cabeza en todo momento. Daba igual que el otro llevara a cabo expertas maniobras para ponerse a su altura. «Bob» no logró acortar la distancia que le separaba de su antagonista.

Por fin decidió sentarse. Tenía la lengua fuera. Jadeaba. «Shadow» imitó a «Bob», procurando que mediara entre los dos una prudente separación. Observaba atentamente a su adversario para ver si pensaba emprender la caza de nuevo.

—Corres mucho, cachorro —dijo «Bob» por fin—. Jamás he tenido esa resistencia de que haces gala tú. ¡Te estás haciendo mayor! Ven... No voy a hacerte nada. Vámonos. Vete en busca de Johnny si no quieres quedarte en la granja.

Esta advertencia le hizo el mismo efecto que si le hubieran colocado alas en las patas. «Shadow» descendió por la ladera veloz como el viento. No parecía tocar el suelo. «Bob» se quedó ahora más retrasado todavía que antes. El viejo perro se le quedó mirando, nostálgico, pensando en que él también, años atrás, había corrido de aquella manera, con la velocidad del viento. ¡Qué hermoso era ser joven, ser fuerte!

Johnny silbaba, llamando a «Shadow» cuando éste entró en el patio.

—¡Vamos, «Shadow»! —gritó el chico—. Todos estamos listos ya. Ha llegado la hora de partir.

El carromato de la granja sería el vehículo utilizado para realizar aquel desplazamiento. Allí estaba el granjero; «Bess», la vieja yegua; la madre de Johnny, cargada con un enorme cesto que contenía la comida necesaria para todo el día, pues los viajeros iban en plan de excursión. Johnny, de puro contento, tenía el rostro muy encarnado. Pero, ¿es que había algo mejor que ir a un concurso de canes pastores, en un día tan hermoso como aquél, en compañía del propio perro de uno? ¡Nada, nada en el mundo era comparable a esto!

La vieja yegua avanzaba lentamente por la polvorienta carretera. Corrían los últimos días de agosto. Todo se veía reseco. Divisábanse rojas amapolas en las cunetas y numerosas florecillas, muchas de ellas tan azules como el firmamento. Johnny las contempló atentamente, como hacía todos los años. Formaban parte de aquella grata y espléndida jornada.

Invirtieron dos horas en salvar ja distancia que separaba la granja del lugar en que solían celebrarse los concursos de perros pastores. Calentaba excesivamente el sol pero a modo de compensación soplaba una suave y fresca brisa. La madre de Johnny se apeó del carromato, siempre con su inseparable cesto. El chico la miró. Estaba hambriento.

—¿No es la hora de comer todavía, mamá? — le preguntó.

—¿Qué dices, Johnny? ¡Si sólo son las once! — respondió la buena señora.

Luego, como viera la cara de disgusto que había puesto el chiquillo, introdujo la mano en el cesto, sacando algunas de las galletas que había confeccionado en casa para aquella ocasión.

—¡Toma! —le dijo—. No he visto nunca a nadie que, como tú, esté comiendo a todas horas, de día o de noche.

Johnny echó a andar seguido de «Shadow». El perro pastor estaba tan excitado al percibir aquella diversidad de nuevos sonidos y olores, al ver tantas cosas, inéditas para él, que su rabo no paraba de moverse. Estaba sediento y su amo le condujo hasta la orilla del río, en cuyas aguas «Shadow» manoteó un poco.

—¡Hola, Johnny! —gritó una voz entre la multitud que paseaba por aquel lugar—. ¡Johnny! ¡Qué perro más majo, chico! Es «Rafe», ¿verdad?

—No. «Rafe» está con mi padre —replicó Johnny, muy orgulloso—. Este es «Shadow», mi perro. En realidad no es todavía más que un cachorro pero da la impresión de haber alcanzado casi el máximo desarrollo.

—Desde luego, es un buen ejemplar —declaró el granjero que había llamado al chico—. Avísame cuando quieras venderlo, Johnny.

—Eso es algo que no haré nunca — repuso el muchacho riendo. «Shadow», enormemente satisfecho, movió la cola.

Pensó que, en efecto, su amo no le vendería nunca a nadie, de igual manera que él no habría dado jamás a Johnny por nada del mundo. ¡Como si hubiese alguien capaz de vender a los seres amados!

«Shadow» vio muchos perros, en su mayoría participantes en los concursos. Se trataba de ejemplares magníficos, de fina estampa, fuertes, resistentes, inteligentes, leales... Todos estaban ansiosos por hacer gala de sus habilidades. «Shadow» habló con algunos de ellos adoptando una humilde actitud, impulsado por la esperanza de aprender cosas nuevas.

Ellos movían sus rabos al ser interrogados. Veían en «Shadow» a uno más. Ya se figuraban que andando el tiempo aquél participaría en los concursos.

Fue aquel, un paseo (el que precedió al comienzo de las pruebas), que resultó muy interesante. Johnny enseñaba su perro a todos y de no haber aprendido «Shadow» a mostrarse sencillo tras aquel rato se hubiera transformado en un fatuo. Tales fueron los elogios que oyó.

Luego «Shadow» marchó en busca de «Rafe», «Dandy» y «Tinker».

—Hola, cachorro —le saludó el primero, saltando sobre él y comenzando a jugar con el recién llegado—. Esta mañana tienes el mismo aire que si fueses el rey de los perros. No vayas a creértelo, ¿eh?

«Shadow» se puso en pie y se sacudió el polvo, que impregnaba desde hacía unos segundos su pelaje.

—Estamos de acuerdo, «Rafe». Ya sé que no lo soy. Pero estimo que es un motivo de contento y no pequeño pertenecer a un amo que piensa tan bien de mí como Johnny. Claro, no valgo mucho comparado contigo, «Tinker» o «Dandy». Bueno. Os prometo ladrar con todas mis fuerzas cuando salgáis victoriosos de fa& pruebas. ¡No tardaréis en comprobarlo!

—Conforme, joven cachorro —contestó «Rafe»—. Ahí tienes el timbre que ha de anunciar el comienzo de la primera competición. Yo participo en ella. Es de velocidad. ¡Y tú sabes cómo corro yo!

El padre de Johnny silbó para que fuera hacia él «Rafe», que obedeció inmediatamente. El perro quedó instalado en la meta de salida. Había de enfrentarse con otros seis animales.

—Espero que «Rafe» gane —dijo Johnny, saltando a causa de la emoción—. ¡Animo, Rafe! ¡Corre todo lo que puedas!

Sonó un silbido. Cada granjero hizo una breve señal a su perro. Los animales salieron disparados como una centella, remontando la ladera. Ofrecían un espectáculo magnífico, por su velocidad, por sus graciosos movimientos. Al llegar a la oveja que, respectivamente, les había sido designada, la rodearon, forzándola a seguir el camino que ellos le iban marcando.

—¡Animo, «Rafe»! ¡Más aprisa, «Rafe»! — gritó Johnny, entusiasmado.

—¡Uuuf! ¡Uuuuf! ¡Uuuuf! — resoplaron «Shadow», «Dandy» y «Tinker».

Y «Rafe» avanzaba más y más, separándose progresivamente de sus adversarios.



CAPITULO VII

EN LOS CONCURSOS DE PERROS PASTORES

«Rafe» había llegado donde estaba su oveja antes que los otros, remontando la pendiente rápido como una exhalación. Los otros perros (en número de cinco), eran también muy veloces. La oveja asignada a «Rafe» pastaba tranquilamente en aquellos momentos. Al acercársele el perro levantó la cabeza, alejándose unos pasos. «Rafe» la rodeó, acosándola, logrando en seguida que emprendiera el descenso.

Idéntico fue el proceder de sus competidores con las otras ovejas pero hubo dos de éstas que se marcharon por donde no hubieran debido irse. La de «Rafe» bajaba con bastante rapidez, con el propósito de quitarse de encima aquel perro que se había pegado materialmente a ella.

Uno de los otros perros intentó forzar la marcha de su oveja y entonces, ésta, asustada, dio la vuelta, volviendo sobre sus pasos.

—¡Oh! ¡«Paddy», «Paddy»! — gritó su propietario—. La has hostigado demasiado, ¿no lo ves?

«Rafe» proseguía su avance, sin la menor vacilación, al mismo ritmo. La oveja que guiaba descendía rápidamente, nada asustada, decidida, simplemente, a deshacerse de su atacante. Y «Rafe» llegó a la meta un minuto antes que los demás animales. Acompañó a la oveja hasta un corral, dejándola encerrada en él.

Johnny no paraba de dar gritos, desbordante de alegría. ¡Bien por «Rafe»! Ya había conquistado otro premio. ¡Bien por «Rafe»! «Tinker» y «Dandy» empezaron a ladrar, hasta enronquecer. La gente aplaudía al ganador de la prueba. «Rafe» hizo oscilar modestamente su rabo, yendo en busca de su amo.

—¡Cuánto alboroto por nada en realidad! —ladró, dirigiéndose a «Tinker»—. ¡Una cosa que hacemos todos los días!

—Sí, pero es que tú la hiciste mejor que los restantes perros —objetó «Tinker», orgulloso de su compañero—. Bueno... Va a comenzar a disputarse la última prueba. En ella participamos «Dandy» y yo.

Una tras otra, así fueron celebrándose las distintas* demostraciones. Las ovejas tenían que ser acorraladas en un punto, por ejemplo, para ser conducidas luego a otro. En ocasiones, los perros pusieron de relieve sus extraordinarias condiciones trasladándolas de un redil a otro. A veces era utilizado un perro. También solían emplearse dos. Era curioso ver a aquellos aplicados afanosamente a su tarea, mirando de soslayo, los ojos vigilantes, a sus competidores, meneando sus colas como si se hicieran señales, ladrando a escasos intervalos, laborando con tesón y esmero.

«Tinker» y «Dandy» no brillaron precisamente en la prueba. En el redil que les había tocado en suerte habían tropezado con una oveja rebelde que se empeñó en no seguir a sus compañeras.

Johnny gimió:

—¡Qué lástima! —Señalando a un lado, añadió—: Esa oveja ha estropeado toda su labor. Van a quedar clasificados entre los últimos.

—¡La culpa no es suya —manifestó su padre—. Esa oveja no está en condiciones y se muestra terca a más no poder. Cuestión de mala suerte para «Tinker» y «Dandy», que saldrán perjudicados. Sin embargo, hay que decir en su honor que extreman sus esfuerzos para quedar lo mejor posible.

«Dandy» y «Tinker» regresaron algo avergonzados al terminar la prueba. Pero el padre de Johnny les pasó la mano por el lomo repetidas veces, diciéndoles:

—No habéis ganado pero vuestra actuación ha sido muy buena.

Estas palabras tuvieron la virtud de animarles y al cabo de unos minutos sus colas oscilaban alegremente. Estaban pensando en la siguiente competición ya.

—Desde luego, aquí se han juntado hoy muchos perros de calidad —declaró el granjero, como si resumiera sus impresiones sobre cuanto había estado viendo allí desde su llegada—. No había visto unos animales más rápidos que los de este año, tan bien entrenados... Fíjate, Johnny... Fíjate en ese perro que «trabaja» en compañía de otro. ¡Si sólo le falta hablar! ¿No te das cuenta de que parece pasarle instrucciones sobre cuanto ha de hacer su compañero? Y éste obedece, sencillamente. A todo esto apenas han ladrado una vez o dos.

Mediada la jornada, todos se pusieron a comer. ¡Lo que disfrutó Johnny, sentándose en la verde hierba, comiendo bocadillo tras bocadillo de queso y tomate, bebiendo la limonada hecha en casa por su madre, que resultaba dulce y fuerte a un tiempo! Su madre se reía.

—Johnny, Johnny... No sé cómo puedes seguir comiendo. Yo creo que has engullido ya tu buena docena de bocadillos.

—No... Han sido quince. Los conté... ¡Oh, mamá! ¿Es que ya no quedan?

—Bueno, hijo, ahora habrás de prometerme que te detendrás en los veinte. Mira. Aquí tenemos un pastel. Deja sitio en tu estómago para un trozo.

—¡Oh! Dispongo de sitio en abundancia, mamá —repuso Johnny—. Siento casi tanta hambre como cuando empecé a comer.

El pequeño grupo había tomado asiento sobre el césped, colocándose al sol, disfrutando de la leve brisa que soplaba en aquellos parajes. A lo lejos se divisaba una fina línea azul: el mar. A Johnny le hubiera gustado hallarse más cerca de éste, a fin de darse un baño.

Los perros se habían tendido encima de las cálidas hierbas. Estaban fatigados. Sabían, sin embargo, que aún habían de enfrentarse con otras pruebas, de manera que procuraban recuperar sus fuerzas. «Dandy» fue el primero en cansarse de aquella

inmovilidad.) Era el más inquieto de todos y jamás podía permanecer inactivo mucho tiempo.

Poniéndose en pie, abatió la cabeza, lanzándose tras un rastro que acababa de olfatear.

—¡«Dandy»! ¡No vayas a alejarte mucho! —gritó el granjero—. Dentro de poco reanudaremos las competiciones del día.

«Dandy» movió la cola por toda respuesta. Sabía perfectamente que su ausencia no se prolongaría. Empezó a descender por la pendiente. A «Shadow» le hubiera gustado acompañarle... Pero no quería separarse de Johnny. El joven perro se sentía feliz. La experiencia de aquel día le parecía muy divertida. Era grande... ¡Pensar que llegaría él mismo a tornar parte en todos aquellos animados concursos?

Sonó el timbre que anunciaba el comienzo de la primera prueba de la tarde. El granjero se levantó, mirando hacia el fondo de la elevación.

—¿Dónde se habrá metido «Dandy»? —inquirió—. Ya debiera haber vuelto. ¿Le ves tú, Johnny?

El chico paseó la mirada por la multitud que se agitaba cerca de ellos, integrada por personas y perros. Pero sus juveniles ojos no lograron descubrir a «Dandy».

—Voy a buscarlo—anunció—. Acompáñame, «Shadow».

Alejáronse los dos de allí. «Shadow» olfateó el suelo, localizando el rastro de «Dandy». Johnny se dio cuenta de esto y le siguió. Llegaron al pie de! promontorio, alcanzando la carretera, dando por fin con el desaparecido.

¡Pobre «Dandy»! Avanzaba cojeando visiblemente por el camino. Mantenía levantaba una de las patas delanteras y daba la impresión de hallarse muy apenado.

—¡«Dandy»! ¿Qué te ha pasado? — inquirió Johnny, disgustado. Arrodillose, cogiendo con toda suavidad entre sus dedos la extremidad lastimada—. ¡«Dandy»! ¡Pero si tienes esta pezuña aplastada! ¡Y veo sangre aquí! ¿Qué has hecho?

El perro lanzó un gemido. «Shadow», entristecido, lo escuchó. Al llegar a la carretera una motocicleta se había precipitado sobre él, atropellándole. ¡Pobre «Dandy»! Ya no podría volver a tomar parte en ningún otro concurso.

—¡Oh, «Dandy»! La prueba más importante de la jornada no tardará en comenzar —señaló Johnny, enormemente contrariado—. Es esa en la que participan equipos constituidos por tres perros. ¡«Dandy»! ¡«Dandy»! ¿Por qué te habrás buscado esto? ¡Lo has echado todo a perder!

La cola de Dandy no podía estar más abatida. La herida le dolía y le disgustaba pensar en su ausencia de las pruebas, ahora segura. Johnny se lo llevó hasta un arroyo de las cercanías, lavándole la extremidad afectada. De momento sólo podía hacer esto por el perro.

Emprendieron los tres el camino de regreso. El granjero *les* vio acercarse, frunciendo el ceño al observar la acentuada cojera de «Dandy». Examinó atentamente la pata de éste.

—En un par de semanas no podrá hacer nada —manifestó el padre de Johnny—. La herida no es grave pero sí basta para impedirle tomar parte en el resto de las competiciones. ¡Y pensar que yo había puesto toda mi ilusión en que mis tres perros participaran en la prueba por equipos!

«Shadow», entristecido, abatió su rabo. Pero de pronto su corazón empezó a latir más deprisa que nunca. Era que el chico estaba diciendo a su padre algo de positivo interés para él.

—¡Papá! ¿Por qué no permites que «Shadow» sea el tercer miembro de nuestro equipo? Ya sé que todavía es pequeño y que no posee todavía los conocimientos de los otros pero.., ten en cuenta que es muy inteligente y veloz. Hará lo que los otros perros le indiquen. Sé que lo hará. ¿Verdad, «Shadow»? ¿Verdad, amigo?

¡Naturalmente que sí! ¡Huesos y galletas! «Shadow» apenas podía creer lo que estaba oyendo, ¡Ah! Pero el granjero no le permitiría jamás que participase en una prueba de tanta importancia como aquella.

El padre de Johnny examinó atentamente a «Shadow». Y éste levantó la vista, confiado, listo para hacer exactamente lo que le mandaran. «Tinker» ladró. «Rafe» hizo lo mismo. Los dos perros no tenían inconveniente en dar aquella oportunidad a su camarada.

—Pues... Bueno, ¿por qué no intentarlo? —dijo el granjera finalmente—. ¿Qué puede pasar? ¿Que perdamos la competición? Yo siempre he participado en esta con tres buenos perros y en tres ocasiones me he llevado el premio a casa. Esta vez no será nuestro pero podré decir que no dejé de presentarme...

«Shadow» estaba tan alegre, tan excitado, que no podía mantenerse quieto un instante. «Rafe» y «Tinker» le dirigieron unas breves palabras.

—Lo único que tienes que hacer es vigilarnos atentamente —le indicó el segundo—. Con un guiño a tiempo te señalaré donde quiero que vayas situándote. Un movimiento de mi rabo te dirá si debes tenderte y esperar o acudir en nuestra busca para ayudarnos. Acostúmbrate a utilizar tu cerebro, tus rápidas patas, tus ojos y tu sentido común.

—Procura superarte, cachorro — le recomendó «Tinker»—. No ganaremos el concurso pero llevaremos a cabo una buena exhibición.

Llegó el momento de actuar. «Shadow» formó junto a «Tinker» y «Rafe». Estaba a punto de reventar de tanto orgullo como sentía. Los tres perros habían de trasladar un gran rebaño desde un corral a otro situado en el extremo más alejado del campo. Luego habían de dividir el rebaño en dos y hacer regresar a los miembros de uno al primer corral. El granjero se les acercó. Tenía que darles las órdenes oportunas a su debido tiempo pues por muy inteligentes que fueran los animales necesitaban de las indicaciones de su amo.

El padre de Johnny dio la primera voz. Los perros se separaron. «Rafe» entró en el corral. «Tinker» se apostó a la entrada del mismo. «Shadow» se había instalado no muy lejos, listo para desempeñar su papel.

«Rafe» sacó a las ovejas rápidamente. Estas se apretaban unas contra otras, asustadas, excitadas. Tendían a esparcirse por el campo. Pero «Tinker» se encargaba de impedírselo. Corría de un lado para otro, incansable, manteniéndolas juntas, en tanto que «Rafe» se situaba detrás, azuzando a las que a toda costa querían dispersarse.

«Shadow» se tendió en el suelo. Aún no le había llegado el turno. No debía interferir la actuación de sus compañeros, ni atraer la atención de las ovejas. Una o dos de éstas no tardaron en escaparse del rebaño y entonces «Shadow» saltó a una señal de «Tinker». Su trabajo consistía en obligar a regresar al grupo a las rebeldes. Debía impedir a toda costa que una sola de las componentes del rebaño se apartara de éste.

¡Con qué ardor trabajaba «Shadow»! ¡Cómo corría! No perdía de vista a las ovejas. Pero es que además estaba atento a las señales de «Rafe» y «Tinker». También miraba al granjero, esperando sus

órdenes. Con su clara y juvenil mente, servida por unas patas ágiles y una vista muy aguda, se hacía cargo de todo. ¡Y cómo disfrutaba!

Los tres perros condujeron su ganado a la parte alta del campo. Les fue fácil hacer entrar a las ovejas en el corral que había allí pues en aquellos momentos los animales se habían dado cuenta de que los tres perros trabajaban perfectamente compenetrados. En consecuencia, no tenían más remedio que obedecer. El granjero se quedó en la puerta del corral.

Entonces agitó un brazo. «Rafe» y. «Tinker» penetraron en el recinto para dividir el rebaño en dos. Se enfrentaban con una tarea difícil... Y a «Shadow» le pasaba lo mismo. ¡Tenía que agrupar a todas las ovejas que sus amigos estaban obligando a salir del corral!

La labor del joven perro fue maravillosa. «Shadow» se sentía cada vez más seguro de sí mismo. Sabía exactamente qué era lo que «Rafe» y «Tinker» querían cuando daban un resoplido. Jamás se había sentido más feliz que en aquellos instantes.

La mitad del rebaño inicial emprendió el regreso al primer corral bajo la mirada vigilante de «Tinker» y «Rafe». «Shadow» se encargó de contener a las ovejas que se habían quedado en el segundo. Esto era fácil. No tenía más que tenderse serenamente en el suelo, sin descuidarse un momento.

La multitud que presenciaba su labor aplaudió y vitoreó a los tres inteligentes canes. Luego, todos los presentes vieron a otros grupos de perros repetir su hazaña. Pero, no cabía la menor duda, ¡«Rafe», «Tinker» y «Shadow» habían sido los mejores!

—Esos tres perros han estado trabajando como si fueran uno solo —manifestó el juez del concurso al tiempo de poner en manos del padre de Johnny una gran copa de plata. —Jamás antes de ahora tuve ocasión de ver un grupo tan compenetrado.

«Shadow» estaba desbordante de gozo y orgullo. En cuanto a Johnny... Tan contento se encontraba que, de pronto, descubrió que su cara se hallaba humedecida por las lágrimas, diciendo, enormemente sorprendido:

—¡Oh, mamá! No es que esté llorando pero es que me siento tan feliz que me es imposible evitar esto.

Su madre le abrazó y después hizo lo mismo con «Shadow».

—Los dos os merecéis esta alegría —manifestó—. ¡Vaya con «Shadow»! ¿Quién hubiera dicho que aquel travieso cachorrillo que eras iba a transformarse en un perro pastor de concurso?



CAPITULO VIII

CAZA EN LAS COLINAS

El verano quedó atrás. Y llegó el otoño .«Shadow» se había hecho muy grande. Johnny estaba más orgulloso que nunca de él. «Rafe», «Tinker» y «Dandy» se lo pensaban dos veces ahora antes de arrojarse sobre su amigo, jugueteando, para intentar derribarle. El viejo «Bob» no le prestaba mucha atención... Claro que la verdad era qué aquél no solía fijarse en lo que hacían los demás perros.

«Shadow» pasaba la mayor parte de su tiempo correteando por los parajes vecinos. Ansiaba conocer éstos con detalle. «Tinker» le había dicho que los buenos perros pastores tenían la obligación de hallarse familiarizados con el terreno que pisaban.

—Puede ocurrir que te digan que lleves un rebaño a esté o aquel lugar. Habrás de saber entonces de qué sitio se trata y también el camino más corto —le explicó «Rafe»—. Procura que no te suceda lo que a un compañero nuestro de la granja vecina. Le ordenaron que

condujese un rebaño a la elevación próxima y por no saber de cuál se trataba hizo dar al ganado un rodeo de diez millas. Al llegar al punto de destino los pobres animales se hallaban extenuados, siendo presas de un terrible pánico.

Al cabo de unas semanas, «Shadow» conocía todos los terrenos de pastos, las hondonadas, los promontorios, las rocas que caracterizaban el escenario de su vida. Conocía los arroyos y los puntos en que éstos nacían. Habíase familiarizado con las cuevas de las elevaciones cercanas, que visitara una por una. Cada vez sabía más cosas, que iba fijando en su mente, para cuando pudieran serle de utilidad.

Llegó el invierno. Hacía frío en las laderas. Nevaba. El viejo pastor aguardaba el nacimiento de unos corderos antes de la llegada de Navidad. Refugiábase muy a menudo en su casa, en compañía de «Bob», el mestizo. «Rafe», «Tinker», «Dandy» y «Shadow» visitaban a «Bob» a diario. Lamentaban que el pobre pasara tanto frío por las laderas.

—Nosotros disfrutamos de cálidas perreras —le dijeron—. Tú, en cambio, duermes al aire libre, con el ganado.

—No perdáis el tiempo compadeciéndome —contestó «Bob», con un gruñido—. Durante toda la vida he dormido junto al ganado. No soportaría una existencia tan muelle como la que vosotros lleváis. Me gusta oír los balidos de los corderos recién nacidos...

—¿Hay ya alguno? — inquirió «Shadow».

—Dos —replicó «Bob»—. Venid y os los enseñaré.

Los cuatro perros se encaminaron a un pequeño corral. Dentro de él vieron a una gran oveja. Al lado tenía dos diminutos corderillas, cuyas patas parecían demasiado largas para sus cuerpos.

«Shadow» husmeó éstos. Descubrió un olor nuevo... Le gustó. A «Shadow» le agradaban todos los olores. Su olfato era aún más fino que su vista o su oído. Cuándo corría junto a un seto sabía por el primero de dichos sentidos que en la mañana del mismo día había corrido por allí un conejo, o que una rata andaba por las inmediaciones, o que un erizo tenía su escondrijo no muy lejos, o que tres perros desconocidos habían seguido aquel mismo camino, o que un centenar de pajarillos habían estado saltando por allí horas atrás... ¡Ah! Era estupendo poseer un olfato como el de «Shadow».

Cada vez había más corderos en los corrales, vacilando sobre sus débiles patas. El pastor estaba contento porque no había perdido ni

uno solo de aquéllos. A todos los encontraba fuertes, llenos de salud. El granjero tampoco podía disimular su satisfacción. Aquellos nuevos seres representaban una mayor riqueza para su finca.

El tiempo era ya mejor. Las nieves se fundieron. El granjero ordenó a los perros que trasladaran el ganado a otro campo de pastos, donde las hierbas eran más sabrosas. «Rafe», «Tinker», «Bob» «Dandy» y «Shadow» se pusieron en marcha., Johnny, ansioso de dar un paseo, les seguía.

Las ovejas se sentían a gusto. El lugar elegido para ellas era muy bueno. El terreno tenía una fuerte inclinación y se hallaba sembrado de rocas. El pasto era dulce y jugoso. No pasó mucho tiempo sin que los componentes del rebaño estuviesen reunidos. Los pequeños corderos no se apartaban de sus madres.

Pero, transcurridos dos días, se produjo un extraño cambio en el firmamento. La atmósfera parecía pesar sobre todos y el cielo tomó un tono gris plomizo.

—Se experimenta la misma impresión que si esta inmensa bóveda fuese a derrumbarse sobre nosotros — observó Johnny, hablando con su padre—. ¿Es que va a nevar de nuevo?

—Sí —respondió el granjero, preocupado—. Y a juzgar por los indicios, la nevada va a ser de las más fuertes del año. Creo que lo mejor será trasladar el ganado al sitio de procedencia, a fin de evitar peligros. Allí podríamos encerrar a las ovejas si nos parece prudente.

Los cinco perros trabajaron de lo lindo aquella tarde. Las ovejas se habían ido desparramando por toda la elevación y los animales hubieron de poner a prueba su rapidez y su inteligencia para reunirías nuevamente. Los corderos corrían junto a sus madres, como siempre, balando, asustados.

El rebaño pasó a la ladera en que el pastor tenía su casa y que ocupaba preferentemente en la época de nacimiento de las crías. Era un sitio resguardado aquel, que, además, quedaba a poca distancia de la granja.

Poco después de terminar los perros su labor, empezó a nevar. Caían de las alturas enormes copos de nieve, formando una capa blanca, cada vez más espesa, sobre la hierba. Pronto llegó a tener un grueso de dos o tres pulgadas. El firmamento se había ennegrecido y resultaba difícil hacer nada entre dos luces.

El pastor se había situado junto a la entrada de los corrales. Acababa de colocar estratégicamente unos cañizos e iba contando las

reses a medida que entraban. Conocía a las ovejas y a sus crías una por una. Se trataba de un hombre extraño, maravilloso, capaz de predecir el tiempo sólo con husmear el aire.

Eran las ocho y todo aparecía sumido en una intensa oscuridad. Por fin se consideró el ganado a salvo. Los perros se hallaban extenuados. Todo lo que les apetecía era tenderse junto a una hoguera y descansar, tras una buena comida. Se quedaron con los ojos fijos en el granjero, quien había hecho oscilar su linterna para llamar la atención del pastor.

—¿Están todos, Jim? — gritó.

—Encuentro a faltar una oveja y sus dos corderos —respondió el pastor—. A ese animal siempre le ha agradado corretear por ahí. Quizás se haya llevado a sus dos crías a la cumbre de la colina, adentrándose luego en el vecino valle. Bueno... Es demasiado tarde ya para ir en su busca, ¿no cree usted?

—¿No podría localizarla uno de nuestros perros? —inquirió el granjero—. Naturalmente, no quiero que se me pierda ninguna res, Jim. Que vaya «Bob» a ver si puede conseguir algo. Es muy vivo y se da buena maña en esta clase de trabajos, localizando a los animales extraviados paren donde paren.

El pastor llamó a «Bob». El perro, unos minutos más tarde, salía corriendo, perdiéndose en la noche. Sabía perfectamente que su misión consistía en buscar la oveja que sus amos echaran de menos.

«Shadow» se había puesto en pie también*al oír la voz del pastor. Deseaba colaborar en la empresa. Estaba fatigado, pero quería ayudar a localizar a la oveja y sus corderos. Eran las crías que había estado oliendo por entre los barrotes, en el corral. ¡Pobrecillos! A aquellas horas, perdidos en el seno de la gran tormenta de nieve, debían estar verdaderamente asustados.

«Shadow» lanzó un ladrido que iba dirigido a «Bob». Pero éste ya había desaparecido. «Shadow» aproximó su hocico a la nieve, intentando descubrir el rastro de su amigo. La nieve, al caer sin cesar, lo ocultaba todo, incluso los olores.

«Voy a ver si consigo alcanzarle», se dijo "Shadow". «Conozco el camino que conduce a la colina próxima a la perfección, hasta cuando se encuentra tapado por la nieve.»

Ahora «Shadow»* se alegraba de haber explorado por curiosidad el escenario de su vida, que conocía palmo a palmo. ¡La nieve no

suponía el menor obstáculo para él! Y supo en qué momento se halló junto al gran peñasco negro... que se había tornado blanco, y cuánto tardaría en alcanzar el pequeño puente que cruzaba el río y en qué instante rebasaría el seto y los matorrales de aliagas...

No logró dar con «Bob». Pensó que la oveja debía haber seguido otra ruta. Lo de no ver a «Bob» era lo de menos... Emprendería la búsqueda de los animales extraviados por su cuenta y riesgo. Se acordó de haber descubierto a la oveja descansando tranquilamente en una estrecha cañada el día anterior. Aquélla tenía inteligencia suficiente para hallar los sitios más resguardados en el transcurso de un frío día. ¿Y si continuaba allí?

El perro echó a correr en aquella dirección. Pronto llegó al lugar en que había pensado. Pero no vio el menor rastro de la oveja. «Shadow» hizo un alto, volviendo a sus reflexiones. ¿Adónde conduciría una madre a sus crías, de advertir que se avecinaba una furiosa tormenta? Las ovejas eran tan inteligentes como los perros en determinados aspectos. Eran, asimismo, capaces de adivinar los cambios bruscos del tiempo.

«¡Las cuevas, las cuevas!», pensó "Shadow". «Sí. Tiene que haber llevado a sus crías allí. A ese animal siempre le ha gustado vagabundear pero sabe cuidar de sus corderos.»

Avanzando por la nieve, que formaba ya una capa muy espesa y profunda, le faltó poco para extraviarse. A «Shadow» le costaba mucho trabajo caminar por aquélla. Sus patas[1] se hundían por completo en el blando piso. Tenía que moverse con rapidez. De aumentar de espesor la alfombra de nieve habría de renunciar a alcanzar las cuevas.

Comprobó que no se había orientado mal. Esta hazaña no hubiera podido llevarla a cabo de no conocer los alrededores de la granja en que naciera... Habíase elevado en el firmamento la luna, aumentando la oscuridad. Al contemplar aquellos parajes por vez primera bajo su pálido resplandor, Shadow» no pudo contener un estremecimiento.

Precipitose en dirección a la primera cueva. Allí no había nadie. Entró en la segunda. Lo mismo. Husmeó al avanzar hacia la tercera. ¡Huesos y galletas! ¡Acababa de percibir un fuerte olor a oveja y corderos!

«¡Los he encontrado!», pensó "Shadow", alegre. Al fondo de la cueva divisó a la oveja y sus dos corderos. No hizo el menor movimiento al aproximarse a ella. Ciertamente que sus ojos no

tendrían ya ocasión de contemplar el blanco paisaje que se adivinaba más que veía desde la entrada de su refugio.

—¡Tenéis que veniros conmigo! —ladró «Shadow» blandamente, apoyando los hocicos en su cuerpo para obligarla a levantarse—. ¡Vamos! Os moriréis de frío si seguís aquí. Acompañadme antes de que sea demasiado tarde.

Pero la oveja continuaba inmóvil. Estaba cansada. Allí dentro se sentía relativamente cómoda. «Shadow» no lograba sacarla de su amodorramiento. Afuera comenzaba a caer la nieve de nuevo. El perro estaba desesperado.

«¿Andará cerca de aquí "Bob", se preguntó. «Ladraré un poco, a ver si acude.»

«Shadow se apostó a la entrada de la cueva, levantó la cabeza y ladró prolongadamente. Su ladrido se perdió en la noche...

Desde un punto no muy distante llegó a sus oídos la respuesta de «Bob». ¡Qué salto le dio el corazón a «Shadow» dentro del pecho! Ladró por segunda vez... Unos segundos más tarde, «Bob» se aproximaba a él, avanzando con alguna dificultad por la nieve.

—He encontrado a la oveja y a sus corderos —anunció «Shadow»—. Pero no he podido conseguir que aquélla se moviera.

—De eso me encargaré yo — repuso el recién llegado.

«Bob» entró decidido en la cueva, forzando a los corderos a ponerse en movimiento. Aquéllos estaban muy asustados. Poniéndose en pie, corrieron hacia la entrada del refugio. Aquí se detuvieron, balando.

Inmediatamente, la oveja se agitó. Por su propia voluntad no se habría movido nunca de allí. Ahora bien, ¡por sus pequeños estaba dispuesta a hacer lo que se presentara!

Los dos perros ya no hallaron mayores dificultades para sacar a los tres animales de la cueva e iniciar su avance por la nieve. Los corderos no se apartaban un momento de su madre.

—Vamos por aquí, «Shadow» —ordenó «Bob»—. Sé de un camino en el cual la nieve no llega a espesarse mucho.

Los cinco animales marchaban a un paso muy lento. «Shadow» conocía la ruta tan bien como «Bob». La oveja les iba siguiendo obedientemente.

Al cabo de una hora llegaron a los corrales de la ladera en que se encontraba el rebaño.

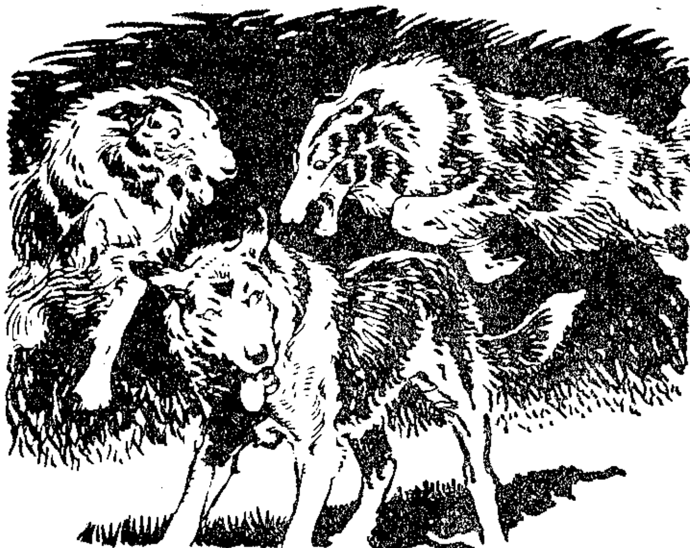
—¡Magnífico, «Bob»! ¡Estupendo, «Shadow»! ¡Vaya, vaya! Habéis logrado localizar a los animales extraviados, ¿eh? —dijo el pastor, muy contento, levantando su linterna. —Sois unos perros maravillosos. Formáis una pareja notable y yo me siento extraordinariamente orgulloso de vosotros.

—Un buen trabajo, cachorro —señaló afectuosamente el sombrío «Bob», al decir buenas noches a «Shadow»—. Un buen trabajo, joven.

«Shadow» se sentía muy feliz en el momento en que avanzaba lentamente por la ladera, camino de la granja.

Estaba cansado, tremendamente cansado, tanto que apenas se sostenía sobre sus piernas. Pero lo importante era que había dado con la oveja extraviada, mereciendo su actuación los elogios de «Bob», un perro habitualmente malhumorado y nada predispuesto a reconocer los méritos de los demás.

A los diez minutos, «Shadow» se tendía ante un gran fuego, con la cabeza apoyada en los pies de Johnny. Se quedó profundamente dormido y en sueños se vio a sí mismo por los campos de las cercanías, corriendo en pos de muchas ovejas extraviadas. Johnny se inclinó sobre él, pasándole cariñosamente una mano por el lomo. «Shadow» abrió un ojo, suspirando complacido. ¿Habría en el mundo un perro más feliz que él?



CAPITULO IX

«SHADOW» Y EL CAZADOR NOCTURNO

A la llegada de la primavera «Shadow» era un perro ya completamente desarrollado. Todavía se tenía a veces por un cachorro juguetón y gustaba de saltar alrededor de Johnny y bromear con él como cuando contaba seis meses de edad.

—¡Basta ya, «Shadow»! —le gritaría el chico en algunas ocasiones —. No vuelvas a soltarme las cordoneras de los zapatos. Pero, ¿es que no te das cuenta de que eres ya un perro hecho y derecho?

Los otros canes trataban a «Shadow todavía igual que si fuese un cachorro. «Rafe» y él se revolcaban mutuamente por el suelo. «Shadow» era más fuerte que «Tinker». A «Rafe» le enseñaba a veces, de broma también, los dientes, en el transcurso de fingidas luchas.

Un día vieron todos que el padre de Johnny, a juzgar por la grave expresión de su rostro, parecía preocupado.

—¿Qué ocurre, papá? — le preguntó el chiquillo, sorprendido—. ¿Ha enfermado alguna de nuestras vacas?

—No. Pero Gregory, nuestro vecino, me ha informado que anda por estos parajes un merodeador nocturno.

—¡Oh! —exclamó la madre de Johnny—. ¿Les ha pasa- -do algo a nuestras ovejas?

—Hasta ahora no. Sin embargo, Gregory me dijo que dos de las suyas murieron anoche y una de ellas quedó tan malherida que esta mañana ya no contaban con que se salvara.

—¡Oh, papá! Espero que el desconocido atacante sea capturado pronto. ¿De quién se trata? ¿De un lobo?

—Yo no diría eso. Desde que me establecí aquí no he visto ninguno... ¡Y estoy en este lugar toda mi vida! No... Lo más probable es que el agresor sea un perro' de una clase u otra.

—¿Existe alguna posibilidad de que sea capturado?

—Habrá de ser capturado y muerto a tiros. Un perro con tales hábitos puede causar en un rebaño más daños que nadie en el espacio de unas cuantas noches. Bien. Confiemos en que no se acerque a nuestras reses. Lo mejor será que tomemos las medidas necesarias para que nuestros perros hagan compañía a «Bob».

«Shadow» escuchó todo esto, experimentando una gran sorpresa. A él le extrañaba que un ejemplar de su especie se cebase en las ovejas que normalmente se dedicaba a proteger. En efecto, por ley natural, ¿no eran ellos los guardianes de los rebaños? «Shadow» no sabía que en algunas granjas se criaban perros para otros fines, aparte del de prestar ayuda a quienes las explotaban. Echó a correr, yéndose en busca de sus amigos.

—Vosotros qué creéis, ¿se trata de un perro o de un lobo? — les preguntó.

—¡Oh! Es un perro, con toda seguridad — respondió «Bob», mostrando sus amarillos dientes—. ¡Cómo me gustaría cogerlo! Un perro que se convierte en asesino demuestra ser una criatura muy perversa.

—¿Queréis que llegada la noche establezcamos un servicio de vigilancia? —propuso «Shadow»—. ¿Qué te parece si te hago compañía, «Bob»?

—Me parece bien —repuso el aludido—. Nos mantendremos atentos a lo que pueda pasar, distribuyéndonos por los alrededores, a ver si descubrimos a ese criminal.

Así pues, por espacio de varias noches, los perros se pasearon por los campos cercanos, con las orejas empinadas, atentos al menor ruido. Pero lo único que oyeron fue el canto de los ruiseñores y el ululeo de alguna que otra lechuza.

El desconocido atacante no descansaba. De las granjas más cercanas llegaron noticias de aquél... Algunas ovejas habían sido heridas, varios corderos habían desaparecido. Todo el mundo empezó a sentirse inquieto. La gente se esparcía por la campiña llegada la noche. Los hombres iban armados con escopetas y palos. No obstante, siguieron sin ver nada...

—Es un animal muy astuto —opinó «Rafe» cierta mañana—. Nunca visita dos veces la misma granja. Debe darse cuenta, indudablemente, de cuándo es vigilado. Nosotros continuaremos intentado localizarlo.

Y eso hacían cada noche. Más adelante Johnny les notificó que en el curso de siete días el misterioso perro no había vuelto a dar señales de vida ni a atacar, por tanto, ningún rebaño.

—Papá dice que debe haber caído en alguna trampa o quizás lo haya matado su propietario —explicó Johnny—. Sea como sea, tú, «Shadow», te vienes a dormir conmigo esta noche. Desde que te pasas las noches correteando por ahí te estoy echando de menos, amigo mío.

Por consiguiente, aquella noche «Shadow» se instaló en su sitio de siempre, en la parte inferior del lecho de Johnny, durmiendo profundamente. Por la mañana, sin embargo... ¡Qué susto tan tremendo recibieron!

El perro asesino había entrado en los corrales de la granja, matando a tres ovejas. Habíase llevado, además, un cordero y mordido a dos reses. «Shadow» oyó verdaderamente aterrorizado aquella noticia.

El padre de Johnny estaba blanco como la cera y preocupadísimo. Las reses constituían uno de los ingresos más saneados de la granja y su desaparición o muerte afectaba directamente a la economía de la finca.

—Ese animal ha venido a hacer acto de presencia la misma noche en que suspendimos la vigilancia —gimió el hombre—. Pues bien. Esta

noche saldré armado con mi escopeta, aunque ya me figuro que no se le ocurrirá repetir su hazaña tan pronto.

«Shadow» fue a ver a los otros perros para informarles acerca de lo sucedido. Estaban enterados ya. No en balde habían salido con el pastor.

—No oímos el menor ruido en toda la noche — manifestó «Rafe», que 'parecía bastante avergonzado.

—Yo permanecí al lado de mi amo, el pastor, y no vi, oí ni olí nada —declaró «Bob»—. Ese perro es de lo más astuto que he visto en mi vida. Tiene que haberse deslizado hasta aquí como una sombra para llevar a cabo su censurable tarea, esfumándose a continuación. ¡Oh, si pudiera atraparle!

«Shadow» escuchó estas palabras en silencio. Había empinado las orejas para que no se le escapara ninguna. Miró a «Rafe».

—El amo asegura que ese perro no visitará la granja dos noches seguidas —manifestó—. «Rafe»: ese animal no ha estado todavía en la granja de los Willow. ¿No crees que sería una idea excelente vigilar la misma en lugar de quedarnos" aquí? Con dos que nos marcháramos habría bastante. Los otros tres se quedarían con el pastor y el granjero.

Los perras mas viejos miraron atentamente a «Shadow». «Bob» movió el rabo.

—Valdría la pena intentar eso —contestó—. Yo, «Tinker» y «Dandy» nos quedaremos aquí, con el granjero y su escopeta... «Rafe» y tú exploraréis los alrededores de esa granja. Es probable que lleguéis a sorprender a ese indeseable.

Presa de la mayor excitación, pues, aquella noche «Shadow» abandonó la granja para ir en busca de «Rafe». Este le esperaba con el rabo en alto, alegre ante la perspectiva de pasarse toda la noche cazando. Los dos perros empezaron a correr. Parecían dos sombras. La granja de los Willow quedaba a mucha distancia, hacia el Oeste. Sin embargo, ésta, para los veloces animales, no significaba nada.

Por fin llegaron a la meta propuesta de momento. «Rafe» dijo a su camarada suavemente:

—Ahora, «Shadow», habrás de andar con cuidado. Es posible que el dueño de esta granja esté despierto, esperando sorprender al cazador nocturno, escopeta en ristre. Podría pensar que somos uno de nosotros el que él aguarda. Supongo que no querrás que te acribillen a balazos, ¿verdad? Métete en una zanja, la primera que encuentres,

desde donde puedas ver lo que te rodea, y permanece en ella como un árbol caído, completamente inmóvil.

«Shadow» obedeció. Decidió ocultarse detrás de un seto. Venía a ser éste un buen observatorio, desde el cual divisaba una enorme extensión de campiña, iluminada en aquellos momentos por la luz de la luna. Y sin embargo a él nadie podía descubrirlo. Pegose al suelo, permaneciendo tan quieto que un escarabajo empezó a trepar por su lomo, confundiéndole, quizás, con una pequeña elevación del terreno.

«Rafe» había desaparecido. Estaría escondido también, vigilando. «Shadow» empinó las orejas, escuchando atentamente. Sus hocicos se movían inquietos al aspirar los olores nocturnos. Estuvo así dos largas horas. Luego se sintió cansado, aburrido por la prolongada espera. Hacía un poco de frío y «Shadow» añoró las cálidas mantas de la cama de Johnny.

Parpadeó. No había ni que pensar en dormir. Fijó su mirada en las ovejas que se encontraban en el extremo opuesto de aquel campo. Algunas de ellas se habían tendido. Otras estaban de pie, pastando apaciblemente. Unos cuantos corderos habíanse situado junto a sus madres y dormían.

De pronto, las ovejas empezaron a dar señales de agitación. Parecían asustadas. Se separaron siguiendo diversas direcciones. Los corderos balaron. «Shadow» se puso en pie de un salto. ¿Qué ocurría?

En un abrir y cerrar de ojos, «Rafe» se plantó a su lado.

—¡Está aquí! —gruñó el perro—. ¿No le ves? Allí... ¡Se dispone a atacar a una de las ovejas!

«Shadow» miró hacia donde le había dicho su compañero, estremeciéndose. Entonces divisó una gran sombra gris oscuro que se deslizaba silenciosamente entre las reses. Parecía un lobo. ¿Sería un lobo, en realidad?

—Ahora escúchame — dijo «Rafe»—. Hemos de unir nuestras Fuerzas para atacar a ese asesino. Se mostrará tenaz y feroz pero no podemos dejarle escapar. Nos morderá, si puede, pero es preciso hacerle frente, «Shadow». Tú vete por ahí; yo avanzaré por el lado opuesto. Procura actuar con resolución. ¡Ya verás cómo nos hacemos con él!

Los dos perros se separaron. «Shadow» corrió junto al seto, abandonándolo al llegar a las inmediaciones del lugar en que se encontraba el animal. Saltó sobre éste exactamente en el mismo instante que «Rafe». Los dos hincaron sus colmillos en el blando y

peludo lomo en que aterrizaron. Las ovejas, aterrorizadas, empezaron a dispersarse.

El cazador nocturno era un enorme ejemplar de Alsacia. No era de extrañar, pues, que «Shadow» le hubiera creído un lobo, ya que tenía aspecto de tal. Revolviose con un fiero gruñido cuando se vio atacado por los dos perros. Se inició entonces una terrible lucha que las ovejas presenciaban poseídas de un incontenible pánico.

«Shadow» recibió un mordisco en el cuello. «Rafe» fue herido en la cabeza y en una pata. Pero no por eso los dos pensaron en apartarse del alsaciano. Al revés... Pegáronse materialmente a él, mordiéndole sin piedad, deseosos de vengar la muerte de las reses de su amo.

A pesar de tenérselas que haber con dos enemigos él solo, el enorme perrazo consiguió quitarse a aquéllos de encima, dando luego un gran salto y perdiéndose en la noche. «Shadow» intentó seguirle pero se hallaba extenuado. Tuvo que tenderse un momento en el suelo. «Rafe» no podía correr a causa de una de las heridas recibidas.

—Se nos ha escapado —gruñó «Rafe», lamiéndose la extremidad afectada por la lucha—. Mira, «Shadow». Debieras seguir su rastro, para averiguar donde se oculta. Si logras descubrir su guarida es posible que podamos llevar al granjero hasta ella y eso será su fin.

El pobre «Shadow», fatigado, sangrante, hizo un esfuerzo para ponerse en pie, lanzándose tras el rastro del alsaciano. Esta labor no le resultaba difícil porque el camino de su poderoso adversario había quedado señalado con su propia sangre. Desde luego, había logrado huir pero no sin sufrir antes un terrible castigo.

«Shadow» siguió el rastro a lo largo de cuatro millas... Había llegado al término del mismo. El alsaciano tenía su refugio en una abertura escondida tras unos espesos matorrales. Introdújose en ella para lamer sus heridas. «Shadow» no se detuvo ni un instante una vez realizado el descubrimiento. Echó a correr en dirección a la granja, marchando en busca de Johnny.

Y el chico adivinó inmediatamente qué era lo que le pasaba. En el momento en que el sol se elevaba en el horizonte aquél lavaba cuidadosamente las heridas de su fiel «Shadow». Luego fue a buscar al padre.

—¡Papá! Estoy seguro de que «Shadow» ha estado luchando con el animal que mató a nuestras reses.

—Y «Rafe» también —respondió el granjero—. Pero debe habérseles escapado ese bandido.

—Papá: «Shadow» quiere que le siga —dijo Johnny, muy formalmente—. Yo creo que ha descubierto donde está el cubil de esa fiera.

—Este perro es más inteligente que algunas personas —comentó el granjero, satisfecho, cogiendo su escopeta—. Vámonos, «Shadow». ¡Nosotros te seguiremos adonde nos lleves!

Y «Shadow» les llevó al sitio en que el gran alsaciano se encontraba lamiendo sus heridas. Esto significaba su muerte, como ya indicara «Rafe». La escurridiza sombra ya no tornaría a deslizarse entre el ganado, matando, hiriendo o asustando a aquél. Los corderos podrían descansar de nuevo tranquilamente al lado de sus madres.

—¿Verdad papá que «Shadow» es el mejor perro del mundo? —inquirió Johnny, orgulloso—. ¿Verdad que sí, papá?

—Bueno, ahora que «Rafe», «Tinker» y «Dandy» no me oyen te diré que sí, que no existe en el mundo un perro superior a él —contestó el granjero, riendo—. ¿Tú qué piensas de esto, «Shadow»?



CAPITULO X

JOHNNY PASA MOMENTOS DE APURO

Había llegado la tarde del sábado. Johnny no tenía que ir al colegio y pensó en subir a High-Over-Hill en compañía de unos amigos a coger nueces.

—¿Cómo va a ir andando hasta allí?—objetó su madre.

—Le pediré la bicicleta prestada a Will —repuso Johnny—. Tú sabes que aprendí ya a montar. ¡Oh! Déjame ir, mamá. Nos vamos a divertir mucho.

Su padre apartó la vista del periódico que estaba leyendo.

—High-Over-Hill es un lugar peligroso —manifestó—. Me acuerdo de que tu tío se cayó desde lo alto de aquél siendo aún un niño. Si vas habrás de prometerme que te situarás en la zona oeste. Ahí no hay novedad.

—De acuerdo, papá — respondió Johnny, radiante —. Entonces, ¿me das permiso para que le pida la bicicleta a Will?

—Sí, siempre que te propongas cuidarla, procediendo a una detenida limpieza de la misma al regreso. Siempre que pidas una cosa prestada deberás devolverla limpia y en perfectas condiciones.

—¿Puedo llevarme a «Shadow»?

—No. «Shadow» tiene trabajo esta mañana con el ganado. Además, no quiero que vaya desde la granja hasta High-Over-Hill corriendo por esas carreteras. Está demasiado lejos.

—¡Si a «Shadow» eso le tiene sin cuidado! —exclamó Johnny, entristecido, porque no le agradaba la perspectiva de privarse por un día de su compañía—. A «Shadow» le gustará ir conmigo de excursión. Deja que él también haga fiesta hoy, papá.

—«Shadow» está trabajando ya — replicó el granjero, señalando con un movimiento de cabeza hacia la ventana.

Johnny se asomó por aquélla. Desde luego... A cierta distancia pudo divisar a «Shadow», que corría con los otros perros de un lado para otro, separando al rebaño, formando pequeños grupos de acuerdo con las órdenes que recibían del pastor. Algunas reses iban a ser llevadas al mercado aquel día.

Johnny calló. Le habían enseñado desde bien pequeño a no discutir las órdenes de sus padres. Pensó en procurarse primero la bicicleta de Will. Luego subiría hasta la ladera en que estaba «Shadow» trabajando y le explicaría que era imposible que hicieran la excursión juntos.

Will era uno de los obreros de la granja. Le prestó la bicicleta muy a gusto porque sabía que el chico era muy cuidadoso. Johnny comprobó los frenos, le dio las gracias a su amigo y montó en el vehículo. Alejose rápidamente de la granja, por el sendero que conducía a la colina en que el ganado pastaba.

«Shadow», alborozado, salió dando saltos de alegría al encuentro de su amo. Por supuesto, había visto ya por la mañana al chico, por haber pasado la noche en su cama, como siempre. Al oír al pastor, que silbaba llamando a los perros, «Shadow» había lamido apresuradamente la faz de Johnny, abandonando la habitación. Pertenecía al hijo del dueño de la granja pero no tenía más remedio que trabajar para comer, exactamente igual que «Tinker», «Rafe» o «Dandy».

—«Shadow»: voy a estar fuera el resto del día—le anunció Johnny —. Voy a coger nueces.

«Shadow» paseó la mirada por Johnny y la bicicleta. Sabía muy bien lo que el chiquillo quería decirle. Agitó la cola gozosamente. ¡Con lo que 4e gustaba a él pasar el día en compañía de su amo, correteando por el campo!

—No te muestres tan complacido por este motivo —le atajó Johnny—. He de salir sin ti. No puedes venir conmigo hoy, «Shadow». Me he acercado aquí para decirte adiós. Estaré de regreso a la hora del té.

«Shadow» abatió su inquieto rabo. Este se había quedado paralizado de repente. Johnny le dejaba allí... Miró al chico con ojos súbitamente entristecidos.

—No me mires así, «Shadow», porque de lo contrario no seré capaz de irme. Papá dice que tienes que trabajar hoy. Por eso no puedes venirte conmigo. Pero no te desanimes... Te prometo que estaré de vuelta a la hora del té.

«Shadow» hizo oscilar su rabo un poquito. Lo indispensable. Estaba muy triste... Pero él no iba a impedir que su amo pasara un día feliz. El pastor silbó, llamando a los perros. «Shadow» tenía que marcharse. Lamió la mano de

Johnny y ladró deseando a éste que se divirtiera. Inmediatamente se unió a «Tinker» y «Rafe».

Johnny montó en la bicicleta. Pronto se unió a sus amigos.

—¡Un hermoso día! — aulló Ronnie.

—¿Qué os habéis traído para comer? —inquirió Harry—. Yo llevo en mi mochila bocadillos de jamón y un gigantesco trozo de pastel de chocolate.

—¿Os habéis traído cestos para guardar las nueces que cojamos? —preguntó Johnny—. Yo tengo uno. Espero que podamos llenarlo. Buscaremos a ver si damos con algún avellano. A mi padre le gustan la? avellanas con locura. Acostumbra a comerlas con sal.

Los muchachos continuaron avanzando, muy contentos. El camino hasta High-Over-Hill era largo, pero es que aquél era el sitio más indicado para lo que querían hacer. Por allí había centenares de nogales.

Uno de los chicos tuvo un pinchazo en la rueda trasera de su bicicleta. Los demás se dispusieron a ayudarle. Johnny halló los elementos necesarios para la reparación en una carterita que llevaba la bicicleta de WiIl. No tardaron más que unos minutos en reanudar la marcha.

Otra vez empezaron a charlar animadamente y a dar gritos. Cuando llegaron a la meta de su viaje saltaron de sus bicicletas y dejando éstas en el suelo echaron a correr en dirección a los árboles.

—¡Dios mío! En mi vida había visto tantas nueces juntas —exclamó Harry ansiosamente—. Fijaos en ellas. ¡Son estupendas! Cojamos algunas ahora para la comida. Después ya nos aplicaremos a la tarea de llenar nuestros cestos.

Los chicos se aferraban gozosamente a las ramas que veían más cargadas de fruto. Luego se sentaron, abriendo sus paquetes, llenos de bocadillos, de hermosos trozos de pastel. ¡Y cómo disfrutaron! También se habían llevado refrescos... Luego dieron buena cuenta de sus nueces. Harry había tenido la previsión de incluir entre sus efectos un cascanueces, previsión que todos elogiaron. Pero varios de los excursionistas, chiquillos de excelente dentadura, prefirieron partir el sabroso fruto con las muelas.

—Haced lo que queráis —dijo Harry, utilizando su pequeño cascanueces—, pero yo usaré este chisme. No quiero poner en peligro mis dientes, no muy sanos en realidad, según dice mi madre.

Una vez hubieron comido, los muchachos cogieron sus cestos y se aplicaron animadamente a la tarea de llenarlos. Algunos de ellos se habían procurado unos palos largos con un gancho en el extremo, gracias a los cuales podían llegar a las ramas más altas.

Harry subió a la cumbre de la elevación. A los pocos minutos daba una voz a sus amigos.

—¡Eh! ¡Subid todos aquí! Aquí hay unos árboles estupendos. ¿Qué os parece si acabásemos de llenar nuestros cestos con estas nueces?

Pero los otros chicos andaban ocupados con los otros árboles, de manera que Harry acabó por reunirse con ellos. A Johnny se le había ocurrido una idea magnífica. No disponiendo de palo alguno, había arrimado la bicicleta al tronco de uno de los nogales, empinándose a continuación sobré el sillín del vehículo, gracias a lo cual quedaban a su alcance las ramas más altas, las más cargadas de fruto.

Cuando hubo terminado su labor, dejó la bicicleta allí, subiendo a lo más alto del cerro. Deseaba, simplemente, contemplar el panorama que se divisaba desde aquel sitio, en la vertiente opuesta. Y, desde luego, una vez allí escudriñó en los árboles que Harry viera. Había ramas tan cargadas de fruto que aquéllas se doblaban bajo su peso, llegando casi a tocar el suelo. La ladera era muy inclinada y nadie se había atrevido a correr ciertos riesgos para alcanzar las nueces en cuestión. Juzgó que había centenares y centenares de ellas.

Johnny olvidó que sus padres le habían dicho que no cogiera nueces en la parte opuesta de la ladera que los chicos iban a visitar. Los ojos le brillaban al pensar en la posibilidad de llenar otro cesto hasta el borde con frutos de enorme tamaño. Entonces empezó a descender por la empinada pendiente del promontorio. Acaba de descubrir, además, unos cuantos avellanos.

La tierra *parecía* deshacerse bajo sus pies. Rodaban piedras y más piedras cuesta abajo cada vez que se movía. Luego resbaló, asiéndose con todas sus fuerzas a unos hierbajos. Pero para éstos su peso era excesivo y no hizo más que arrancarlos. Johnny quedó tendido cuan largo era y en esta *posición* fue bajando, notando bajo su cuerpo el brusco contacto de las piedras mientras intentaba aferrarse a los arbustos que veía a su alcance, siempre sin el menor resultado.

Llegó al fondo de aquel cortado de pronto, dando con la cabeza contra una piedra, tras lo cual se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. No había dado ningún grito, a causa de hallarse demasiado asustado, de manera que los otros chicos no se dieron cuenta de lo que acababa de ocurrir.

Harry y el resto de los excursionistas seguían cogiendo nueces. Los muchachos se habían extendido por el otro lado de la elevación y

nadie echó de menos a Johnny. Pensaban que se hallaría en una parte u otra, entre ellos. Solo cuando llegó el instante de emprender el regreso notaron su falta.

—Son las cuatro —dijo Harry—. Será mejor que nos vayamos ya. Cojamos nuestras bicicletas. De todos modos ya no tenemos donde guardar más nueces. ¡Llevamos los cestos y los bolsillos llenos a más no poder!-

Así era. Todos estaban muy contentos. Habían pasado una tarde magnífica. Cogieron las bicicletas y se encontraban a punto de montar en ellas cuando Harry, mirando sorprendido a su alrededor, preguntó:

—¿Dónde está Johnny?

Johnny, ciertamente, no estaba allí. Harry gritó: —¡Johnny! ¡Johnny! ¡Que nosotros nos vamos ya! ¡Date prisa!

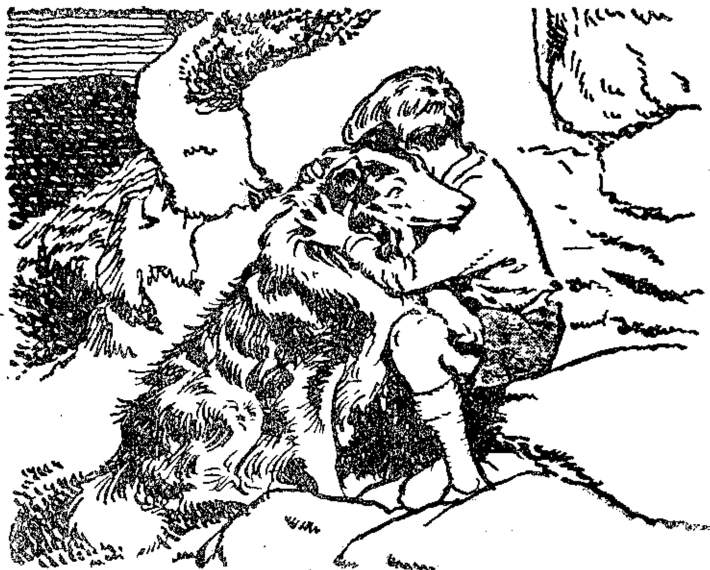
Nadie le respondió a estas palabras. Luego, Ronnie, no menos asombrado que Harry, declaró:

—Debe haberse marchado a su casa porque la bicicleta no está aquí. Habrá querido adelantarnos.

—Puede que no andes equivocado — repuso Harry —. ¡Qué cosas se le ocurren a Johnny! Bien podía habernos esperado. Vámonos. Tenemos que apresurarnos.

Los chicos se alejaron carretera adelante silbando y charlando, ignorantes de que la bicicleta de Johnny se encontraba bajo un árbol, donde él la dejara. Tampoco sabían que el chico estaba tendido, con los ojos entornados, en el fondo de High-Over-Hill. Ninguno pensó en que podía haberle sucedido algo malo. Nadie había imaginado tal cosa.

¿Nadie? Sí. Había alguien que se hallaba profundamente preocupado: «Shadow». Este amaba tanto a Johnny que presentía cuando las cosas marchaban mal para su amo... Y el pobre «Shadow» se encontraba sentado allí, en la granja, aguardando a un chico que no llegaba. ¿Qué le habría pasado?



CAPITULO XI

EL GRAN «SHADOW»

«Shadow» continuaba sentado, esperando a Johnny, con la mirada puesta en la carretera, por donde había de aparecer su amo. Se le acercó «Rafe».

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué has abatido tu rabo? — le preguntó.

—No estoy tranquilo —replicó «Shadow»—. Presiento que le ha sucedido algo malo a Johnny. ¡Estoy seguro de que es así!

«Rafe» comprendió qué era lo que «Shadow» quería decir. Miró también hacia la carretera.

—Tal vez no tarde en llegar —declaró—. Puede ser que su bicicleta haya sufrido una avería.

—Johnny no debiera haberse ido sin mí —dijo «Shadow». —Estando a su lado puedo cuidar debidamente de él.

«Rafe» se sentó junto a «Shadow», para hacerle compañía. Al poco acudió «Dandy». Los tres perros guardaban silencio... Luego, a las cinco, vieron a la madre de Johnny/ que se asomó a la carretera para comprobar si su hijo se había quedado por allí, entretenido.

—¡Johnny, Johnny! — llamó la buena señora.

Apareció WilI, que llevaba una horca al hombro.

—No creo que el señorito Johnny haya regresado todavía —dijo—. Me comunicó que me devolvería la bicicleta tan pronto volviese, ya que yo iba a necesitarla esta noche... y aún no le he visto.

—¡Oh! ¿Qué habrá sucedido? —inquirió la madre de Johnny, preocupada—. Son más de las cinco y Johnny me prometió estar de vuelta antes de esa hora.

«Shadow» se aproximó a la mujer. Levantó la vista hasta ella. En sus ojos supo leer la madre de Johnny algo inconfundible.

—¡Ah! De manera que tú también estás inquieto, ¿eh? ¿Qué le ha sucedido a Johnny, «Shadow»? ¿Serías capaz de dar con él?

«Shadow» ladró, lanzando a continuación un gemido. ¡Ah! Seguro que jamás le había interesado una cosa tanto como aquélla.

Corrió en busca de «Rafe».

—¿Dónde para High-Over-Hill, «Rafe»? —preguntó a su amigo—. Johnny se fue hacia allá. ¿He estado yo alguna vez en ese sitio?

x —No —respondió «Rafe»—. Sin embargo, ¿recuerdas aquel lugar en el que un día nos hicimos cargo de un puñado de reses pertenecientes al granjero Langdon? Pues High-Over-Hill queda un poco más lejos... Podrás verla nada más rebasar la granja. Es una gran elevación...

—Sabré localizarla —contestó «Shadow», convencido—. No obstante, ¡eso está muy lejos, «Rafe»! Adiós, amigo mío. No sé siquiera cuándo estaré de vuelta.

«Shadow» se puso en marcha. No se fue por el camino que había seguido Johnny con sus amigos, no. «Shadow» conocía todos los atajos existentes en las colinas. Corría. Su olfato percibía los familiares olores del conejo y el zorro, de la comadreja y la liebre al paso... ¡Cuánto le hubiera gustado entonces oler también a Johnny!

La distancia hasta la granja de Langdon era enorme, a pesar de los atajos. Pero «Shadow» no pensó en ningún instante en el cansancio que sentía. Y sin embargo había trabajado duramente aquel día. Sólo pensaba en Johnny. Tenía que encontrarlo. Estaba

convencido de que su amo había sufrido algún percance. Algo debía haberle ocurrido.

Por fin llegó a la granja de Langdon. Se estaba ocultando el sol tras la línea del horizonte en aquellos instantes. No tardaría mucho en oscurecer. «Shadow» apretó el paso, dejando la granja atrás. No se atrevía a seguir el atajo que cruzaba la finca por temor a que los perros de ésta se arrojaran sobre él. Ningún perro consiente la presencia de otro en sus dominios si no media el permiso del amo.

Más adelante divisó High-Over-Hill, perfilándose sobre el fondo cada vez más oscuro del firmamento. «Shadow» redobló sus esfuerzos para ir más deprisa. El instinto le decía que Johnny debía encontrarse allí.

El perro empezó a ascender por una de las laderas de la elevación. De repente sintió que el corazón le latía con más fuerza. ¡Acababa de percibir el olor de Johnny! Su amo había pasado por aquellos parajes.

«Shadow» husmeó los troncos de varios árboles, localizando a los pocos minutos la bicicleta del chico, apoyada en uno de ellos. La olfateó cuidadosamente. Luego buscó en el suelo las huellas de los zapatos de Johnny. Encontró muchas por diversos puntos. «Shadow» las siguió... Seguían una ruta ascendente, en dirección a la cumbre.

Llegó así al punto desde el cual Johnny había iniciado el descenso y más adelante a aquel en que el chico resbalara, empezando a caer... La brisa le permitió aspirar el olor de Johnny con tanta fuerza que «Shadow» levantó la cabeza, ladrando:

—¡Johnny! ¡Estoy aquí!

Una débil voz le contestó desde el fondo de la elevación de! terreno:

—¡«Shadow»! ¡Oh, «Shadow»!

El perro comenzó a bajar a saltos. Las piedras que rodaban junto a sus patas le tenían sin cuidado. Sólo una cosa llenaba su corazón y su mente: había encontrado a su querido amo. ¡Johnny! ¡Johnny!

Unos segundos después, «Shadow» se encontraba al lado del muchacho, lamiendo sus manos, su rostro, sus piernas, todo !o que de él hallaba a su alcance. Gemía mientras hacía esto y Johnny le pasó los brazos alrededor del cuello.

—¡Oh, «Shadow»! Estoy herido... ¡Qué miedo he pasado aquí, solo! ¡Oh, «Shadow»! ¡Cómo deseaba que vinieses en mi busca!

¿Cómo te las arreglaste para encontrarme? «Shadow», «Shadow», ¡no te apartes de mí!

El perro se sentó junto a Johnny. Sentíase feliz ahora que había encontrado a su amo. Pero también estaba preocupado. ¿Cómo podría ayudar al chico sin dejarle allí aunque sólo fuese unos minutos? Tenía que irse para requerir el auxilio de alguien. No obstante... Johnny estaba asustado. La cabeza de aquél sangraba. «Shadow» le lamió la herida, para limpiársela. El chico se aproximó más al perro, buscando su calor ya que sentía frío.

«Shadow» sé, le acercó más. Dábase cuenta de qué Johnny se recuperaba lentamente, con su proximidad. Esto era una buena señal. Cada vez reinaba una oscuridad más intensa. «Shadow» escuchó la rítmica respiración de su amigo y comprendió que se había dormido. Quizás ahora se le presentase la oportunidad de marcharse para ir a la granja de Langdon en demanda de socorros.

Alejose lentamente... Johnny, extraordinariamente fatigado, había conciliado el sueño. «Shadow» dio un rodeo, adentrándose en la granja vecina, la más cercana, al menos, al lugar del suceso. Los perros de la finca se pusieron a ladrar, furiosos. El dueño salió de la casa para ver qué era lo que pasaba. «Shadow» echó a correr hacia él, tirándole de la chaqueta con los colmillos cerrados como una tenaza sobre una de las puntas de aquélla.

El granjero abatió su linterna, viendo entonces con toda claridad a «Shadow».

—¡Pero si es «Shadow», el perro de Johnny! —exclamó, muy confuso—. ¿Qué has venido a buscar aquí, «Shadow»?

Este ladró, echando a correr en dirección a la puerta del recinto. El granjero comprendió inmediatamente que el perro quería que le siguiera. Volvió a la casa y se puso una pelliza. Luego echó a andar detrás de «Shadow».

—¡No corras tanto! —le ordenó—. ¡Yo no puedo ver el camino como tú!

Pero «Shadow» estaba impaciente. Deseaba regresar cuanto antes al lado de Johnny. ¿Y si éste se había despertado, viéndose entonces de nuevo solo? ¡Qué impresión recibiría entonces!

«Shadow y el granjero no tardaron en llegar al sitio en que se quedara Johnny. Este se despertó, estremeciéndose. La luz de la

linterna del hombre le deslumbró. Luego lanzó un gemido. La cabeza le dolía terriblemente.

—Bueno, muchacho, al parecer has sufrido una mala caída, ¿eh? —dijo Langdon—. Te llevaré a mi casa. Tu perro fue a buscarme. ¡Ah! Este «Shadow» es una maravilla.

—Fue él quien me encontró —le explicó Johnny—. No puede usted imaginar la alegría que sentí al oír sus ladridos. Jamás podré escuchar una música más agradable...

Langdon se llevó el chico a la granja. La mujer de aquél lavó la herida de Johnny, vendándole el tobillo, que se había dislocado. A continuación telefoneó a su madre para darle cuenta de lo sucedido,

-¿Esta noche se quedará aquí —le anunció—. En este momento se encuentra perfectamente. Sólo se ha hecho una herida sin importancia en la cabeza y tiene un tobillo hinchado. También está aquí «Shadow».

—¿«Shadow»? —inquirió la madre del chico, asombrada—. ¿Cómo puede ser eso? ¡Si hoy no salió con Johnny!

—Fue el perro quien le localizó bajo High-Over-Hill — aclaró la señora Langdon—. El animal vino en busca de mi marido y así fue como recogimos al pequeño. A «Shadow» no le falta más que hablar como nosotros.

—¡Vaya con nuestro querido «Shadow»! —exclamó la madre de Johnny con los ojos llenos de lágrimas-—. No podríamos pasar sin él.

El chico pasó, pues, la noche en la granja de los Lang-don, durmiendo en la habitación de los huéspedes. «Shadow», como de costumbre, se acomodó sobre sus pies. Era la primera vez que el perro dormía en una casa que no era la suya, pero esto le tenía sin cuidado con tal de no separarse de su querido amo.

Al día siguiente Johnny fue llevado a su granja. Su madre, emocionada, le abrazó. El padre hizo lo mismo y el chico les, explicó cómo había ocurrido todo.

—Te desobedecí, papá —agregó al terminar su relato—. Pero no era ese mi propósito. Olvidé lo que me habías dicho sobre la conveniencia de no acercarme a la parte más empinada de la cumbre. Por mi imprudencia he sido castigado. Y de no haber mediado «Shadow» sólo Dios sabe lo que me hubiera pasado.

—Este «Shadow» es magnífico —comentó el padre de Johnny acariciando al animal—. He conocido pocos perros como éste.

«Shadow»: té doy permiso para que abandones tu trabajo por dos o tres días, para que puedas hacer compañía a Johnny, mientras éste se recupera del susto sufrido y de la herida. Cuidarás de él, ¿verdad?

¡Naturalmente que cuidaría de su amo! No había en el mundo otra cosa que hiciera más a gusto que aquélla.



CAPITULO XII

JOHNNY YTOM

Johnny, como es lógico, iba al colegio todos los días. Echaba a andar por la carretera, dejaba atrás una o dos granjas y luego ascendía por un pequeño camino que le conducía al sitio en que se encontraba el edificio de su escuela.

Todas las mañanas sonaba un timbre, anunciando el comienzo de las clases. Johnny procuraba siempre llegar antes de que sucediese esto. Era un chico puntual Pero luego empezó a ocurrir un hecho sorprendente... En el espacio de una semana, ¡había estado llegando tarde todos los días!

—¿Qué te pasa, Johnny? —le preguntó su profesor, extrañado—. Esto no puede seguir así. Tú eres un chico que siempre ha llegado aquí a su hora. ¿Por qué te retrasas a diario actualmente?

Johnny prefirió callar. No quería hacer una historia de todo aquello. El no tenía la culpa de sus retrasos. La culpa era del muchachote que no hacía mucho tiempo se había colocado en la granja más próxima a la suya.

El muchacho en cuestión contaba ya quince años de edad y además se hallaba muy desarrollado para su edad. Estaba recortando una mañana los setos que rodeaban la finca en que trabajaba cuando divisó a Johnny, que se dirigía al colegio.

Entonces concibió la idea de divertirse a costa del chico.

«Voy a hacer que llegue tarde todos los días al colegio», se dijo .«Las va a pasar negras.»

En consecuencia, llamó a Johnny.

—¡Eh, tú, ven aquí, que hablemos! — le ordenó.

—No puedo. Llegaré tarde al colegio.

—¿Y eso qué más da? Vamos, acércate. Haz lo que te he dicho.

Pero Johnny no le hizo caso. El otro, entonces, —Tom se llamaba el mozalbete—, se le aproximó, cogiéndolo por un brazo.

—Ahora verás lo que les sucede a los chiquillos que no hacen lo que yo les mando. —Tom empujó a Johnny, quien fue a caer contra el seto, quedando tendido en el suelo, boca arriba—. Disponte a recitar la tabla de multiplicar. Si cometes alguna equivocación tendrás que empezarla de nuevo.

Naturalmente, Johnny no se prestaba jamás a esto. Se debatía inútilmente, intentando huir. Pero Tom era mucho más fuerte que él. Le costaba poco trabajo inmovilizarlo, sin verse obligado para ello más que a valerse de una mano.

Tom, entretanto, se mantenía atento a cuanto ocurría por los alrededores, en evitación de que le sorprendiera el granjero. Pero habitualmente éste se hallaba en el lado opuesto de la finca a aquella hora de la mañana.

Al final el pobre Johnny se veía obligado a recitar la tabla de multiplicar. Tom solía decirle de pronto que había incurrido en un error —aunque esto no era cierto—, y el chico tenía que comenzarla de nuevo.

El timbre del colegio habría dejado de sonar ya...

—Ahora llegaré tarde —decía Johnny poniéndose en pie—. Eres un cualquiera. ¡Ojalá te equivoques ál cortar el seto y te lleves una buena reprimenda!

Tom intentaba descargarle) un buen puñetazo, pero erraba generalmente el golpe. Después se aplicaba a su interrumpido trabajo, sonriendo de vez en cuando, al recordar que por su culpa Johnny llegaría tarde a la escuela.

Al día siguiente de su primer encuentro Tom se mantuvo al acecho. Pero Johnny avanzaba por el camino atento a su vez a aquél. Si el primero no se hubiera ocultado, de manera que el chico no pudo verle hasta el instante de hallarse a su alcance, Johnny habría logrado escapar. Sin embargo, cuando ya se consideraba a salvo fue a caer en manos del grandullón.

—¡Hala! ¡A recitar otra vez la tabla de multiplicar! le ordenó Tom, derribándole, echándose a continuación encima de él—. ¡Vamos! Empieza.

Esta escena se repitió a lo largo de la semana, con el resultado del primer día. Daba igual que cada mañana Johnny redoblara sus precauciones para evitar aquel desagradable encuentro. No lograba nada. Y si se decidía por dar un rodeo éste tenía que ser tan largo que el chico llegaba de todas maneras tarde al colegio.

Johnny empezó a estar triste. Veíasele preocupado. Y no le gustaba la idea de referir lo que le venía sucediendo con Tom. No obstante, se puso al habla con «Shadow».

—Haga lo que haga siempre llego tarde al colegio, «Shadow». Ese Tom siempre se las arregla para hacerme perder el tiempo a mitad del camino. Me agradaría que me acompañases y le parases los pies.

Pero «Shadow» no podía ir con él porque a aquella hora de la mañana trabajaba. El animal recordó las palabras de su amo, ocurriéndosele entonces un plan. El sabía que todos los trabajadores de la granja hacían un alto en sus tareas a las doce, para comer. Bien. «Shadow», entonces, quedaba en libertad, al igual que los restantes perros. Aprovecharía aquellos minutos para castigar a Tom, para hacer que se arrepintiera de su conducta con respecto a Johnny.

«Shadow» hizo partícipes de su plan a sus amigos. Todos agitaron alegremente sus rabos, respondiéndole que estaban dispuestos a ayudarle. Aquella mañana, «Shadow» se dedicó a espiar al joven de la otra granja. A las doce se encontraba trabajando no muy lejos de la finca de Johnny. ¡Magnífico!

A la llegada del mediodía «Shadow» ladró, llamando a «Rafe», «Dandy», «Tinker» y «Bob». El ganado pastaba tranquilamente. El

pastor se había acercado a su casa, para comer. Durante un rato nadie necesitaría a los perros.

Echaron a correr en dirección al sitio en que se hallaba Tom, en aquellos instantes abandonando sus herramientas para irse a comer también, cosa que hacía en la granja. Los perros rodearon al joven cuando se disponía a partir...

—¡Hombre! —exclamó sorprendido—. ¿Qué significa esto? ¿Qué buscáis vosotros aquí?

«Rafe» y «Shadow» se sentaron delante de Tom. «Dandy» se acomodó detrás de aquél. «Tinker» y «Bob» se situaron a los lados. Ninguno de ellos hizo oscilar su rabo. Pero tampoco enseñaron los dientes. ¡De momento, por lo menos!

—Bueno. Es la primera vez que veo a unos perros adoptando una conducta tan extraña — dijo Tom, perplejo—. ¿Qué queréis de mí? ¡No tengo nada para vosotros!

El joven echó a andar y hasta dio unos pasos, pero un ladrido de «Shadow» le hizo detenerse. Tom se quedó mirando al gran perro pastor.

—Bueno, amigos, habréis de dejarme pasar, ¿eh? —dijo. —No tenéis derecho a comportaros así conmigo. Jamás os he hecho el menor daño. ¿Puedo pasar o no ya?

«Shadow» gruñó. Tom intentó irse hacia la derecha, pero «Bob» lanzó también un gruñido tan feroz que el muchacho se quedó inmóvil. Luego Tom probó por el lado de «Tinker», pero éste le enseñó los colmillos, resultando un gesto tan alarmante que el joven renunció a hacer el menor movimiento.

Los perros se le acercaron un poco más. Tom los contempló uno a uno, desesperado. ¡Aquello era increíble! Jamás le había sucedido una cosa semejante. No sabía qué hacer. De pronto empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Pero por allí no había nadie que pudiera oírle. Los perros se pusieron tan gruñones al oír sus voces que él prefirió guardar silencio. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Intentó una vez más romper el cerco. Fue inútil. Temía que le mordiesen.

Finalmente, Tom se sentó, esperando a que los perros se marcharan, cosa que tuvo lugar a la una, cuando oyeron aquéllos los silbidos del pastor, llamándolos.

Tom se encaminó al edificio de la granja, irritado y hambriento. La esposa del dueño de aquélla se enfadó mucho. La hora de la comida había pasado. No quedaba nada para Tom.

—Habrás de irte como viniste —le dijo la mujer—. Supongo que no te figurarás que voy a estar esperándote una hora. ¿Qué demonios has estado haciendo, muchacho?

Tom le refirió el incidente de los perros. La mujer se echó a reír.

—No creas que pienso «tragarme» ese cuento —replicó aquélla—. Mañana procura llegar a tiempo si no quieres quedarte sin comer.

Pero al día siguiente a Tom le sucedió lo mismo. «Shadow» repitió su jugarreta. Y esta vez Johnny pudo presenciar la escena. Caminaba a lo largo del seto cuando con gran sorpresa por su parte descubrió a Tom sentado en el centro del círculo formado por los perros, Imposible describir el enojo de aquél.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Johnny—. ¡«Shadow» ! ¡«Rafe» ! ¡ «Dandy»! ¿Qué estáis haciendo?

Y, de repente, el chico comprendió. «Shadow» había planeado aquello para que Tom llegara retrasado a la granja, algo parecido a lo que el grandullón le había hecho para impedir que él llegase a su hora al colegio. Johnny fijó la mirada en Tom.

—Esos perros son míos —le dijo—. Verás que te están dando una buena lección.

—Ya lo sé —respondió Tom, hoscamente—. Di les que se vayan.

—Cuando tú me prometas que no me obligarás a llegar tarde a la escuela.

—Yo haré lo que me plazca.

—De acuerdo, entonces —manifestó el chico—. No les diré nada. Adiós.

—Un momento... Espera un momento —se apresuró a contestar Tom al comprobar que Johnny se disponía a marcharse—. No puedo quedarme sin comer. Tengo mucha hambre.

—Pues ya sabes qué es lo que tienes que hacer para recuperar la libertad. Te has portado mal conmigo y ahora recoges la recompensa. Esto te está bien empleado. Si quieres que les ordene a mis perros que se vayan habrás de recitar la tabla de multiplicar.

Tom, plantado en medio del corro formado por los animales, no tuvo más remedio que obedecer. Y a pesar de tener quince años ya, ¡cometió tres equivocaciones!

—Será mejor que vuelvas a frecuentar la escuela —le dijo Johnny —. Confío en que a partir de ahora no volverás a esperarme ninguna mañana pues de lo contrario mis perros te visitarán de nuevo. ¡Vamos, «Shadow»! ¡Vamos, «Rafe»! ¡Venid aquí!

Los perros se fueron tras su amo y el grupo, luego, se encaminó a la granja. Tom no volvió a molestar a Johnny... Y «Shadow» se ganó unas caricias de más aquel día por haberse mostrado tan inteligente.



CAPITULO XIII

JOHNNY **Y** LOS GITANOS

«Shadow» se había convertido en un perro gigantesco, de bellísimo cuerpo. Su cabeza se veía finamente trazada y el pelaje, en ella, brillaba. Siempre tenía las orejas empinadas. Su frondoso rabo estaba siempre dispuesto a moverse nerviosamente.

Johnny poseía muchas cosas pero «Shadow» constituía su principal motivo de orgullo.

—¿Te gusta más «Shadow» que tu nuevo tren de cuerda? — le preguntó al chico Harry, extrañado.

Harry no tenía ningún juguete como aquel y juzgaba el tren y las vías férreas correspondientes a Johnny algo único.

—Pero, ¿cómo se te ocurre hacerme una pregunta tan tonta? — inquirió Johnny, obligando a «Shadow» a que se le acercara un poco más—. «Shadow» es una cosa viva y puede jugar conmigo. Me quiere

y yo le quiero a él. Un tren no tiene vida y aunque este juguete me gusta mucho no me es posible llegar a tomarle cariño. ¿Es que tú no quieres a tu perro, Harry?

—Bueno, la verdad es que en nuestra granja no hay uno que pueda considerarlo mío —respondió Harry—. Tenemos en ella muchos perros pero a mí todos me parecen lo mismo.

—Hazte de uno que sea tuyo exclusivamente y luego ya me dirás lo que piensas de él. ¡Hombre! ¡Pero si yo no sabría hacer nada sin mi «Shadow»! ¿Verdad que a ti te pasa lo mismo, amigo mío?

«Shadow» movió el rabo a una velocidad notable. Le alegraba que Johnny le necesitase. Desde luego, él tampoco comprendía la vida sin su amo.

«Shadow» era ahora el más inteligente de los animales que había en la granja, trabajando con el ganado. El pastor siempre le estaba elogiando.

—«Rafe» es una maravilla —decíale aquél al granjero. —«Dandy» resulta tan rápido como el viento. El viejo «Bob» hace prodigios también; entiende todas las palabras que oye... Y nunca he tenido un perro más fuerte que «Tinker». Ahora bien, ese «Shadow»... ¡Es un perro extraordinario! Tiene usted que ir a verle trabajar con las reses, señor. Le causará una gran sorpresa.

El granjero decidió, seguir la indicación; del pastor y éste hizo que «Shadow» mostrara sus habilidades. Le ordenó recoger a una oveja, que el perro trajo enseguida. Luego, Andy le mandó llevarla a una arboleda que no quedaba muy lejos. «Shadow» se plantó delante de él, con un palmo de lengua fuera, la cola oscilando incansablemente, brillantes sus limpios ojos...

—¡Adelante, «Shadow»! — gritó el pastor—. Seguramente creerás que me he vuelto loco esta mañana, mandándote hacer todas estas cosas solo para que te exhibas... Has de comprender, sin embargo. Es que me siento muy orgulloso de tí.

«Shadow» se llevó la oveja a la arboleda señalada, devolviéndola después al rebaño. Y a todo esto el animal no se había asustado lo más mínimo. Tal era la mejor cualidad del hermoso perro pastor. Hacía con las reses lo que quería, las obligaba a ir de un lado para otro, conforme a las órdenes que le habían dado, pero con el no se asustaba ni el más pequeño de los corderos siquiera.

—Resulta que he olvidado mi pelliza en el otro lado de la ladera —dijo el pastor al granjero, sin mirar a «Shadow», que se le había acercado en solicitud de nuevas órdenes. El animal movió el rabo...

—¡Qué fastidio! —exclamó Andy, dirigiéndose al dueño de la finca —. Y el caso es que necesito esa prenda.

«Shadow» salió disparado como un rayo. El granjero miró sorprendido al pastor.

—¿No habrá querido usted darme a entender que «Shadow» se ha ido con la intención de traerle la pelliza solo por haber oído sus palabras, verdad? —inquirió el padre de Johnny, atónito—. ¡Si ni siquiera llegó usted a mirar al perro!

—Ya le indiqué que a «Shadow» no es preciso decirle nada... Suele adivinar los propósitos de uno y enseguida obra en consecuencia. Ya verá... Dentro de unos minutos estará de vuelta llevando esa prenda en la boca.

Efectivamente, al poco apareció «Shadow», tal como anunciara Andy. ¡Pero no había tardado ni dos minutos!

De un salto se plantó ante el pastor, depositando la prenda de éste a sus pies.

—¡Fíjese qué detalle! —hizo observar Andy al granjero—. Antes de sujetar la pelliza entre sus dientes ha tenido la precaución de enrollarla. Es decir, que oportunamente se dio cuenta de que de otro modo hubiera tenido que traerla arrastrando, cosa que le impediría correr. Ya se lo dije: no hay otro perro como este.

El granjero se sentía tan orgulloso de «Shadow» como su hijo y el pastor. Cuando visitaba a los granjeros vecinos hablaba interminablemente de «Shadow» y pronto éste se hizo famoso en aquellos parajes.

Lo que le sucedió al perro no mucho después fue debido a esto...

Repentinamente hizo acto de aparición en aquella zona campesina una tribu de gitanos. El. jefe de éstos pidió permiso al padre de Johnny para acampar en un prado situado en las proximidades de una corriente de agua.

El granjero se negó a ello.

—No —respondió—. La última vez que permití a una tribu de gitanos que acampara en ese sitio sus miembros me robaron las gallinas y pegaron fuego a una empalizada. Lo siento pero no pueden quedarse ahí.

El gitano que había ido a hablar con el granjero refunfuñó, irritado, mirando a aquél con gesto agrio. Era un individuo moreno, de rizados cabellos, muy negros, y .ojos brillantes. En las orejas llevaba unos anillos de oro. Dio media vuelta, alejándose sin pronunciar una palabra.

Pero aquella noche, cuando Johnny paseaba en compañía de «Shadow» por los alrededores de la finca, aquél divisó cinco o seis carromatos que se estaban instalando en el sitio prohibido.

—¡Eh! —gritó Johnny, indignado— .¿No les dijo mi padre que no acamparan ahí?

—¿Es esta tierra suya?—preguntó uno de los gitanos, simulando una gran sorpresa.

—¡Usted sabe muy bien que sí! Les conviene marcharse del prado cuanto antes. Mi padre acostumbra a no echarse atrás cuando dice una cosa.

El gitano se aproximó a Johnny. Fruncía el ceño. Su rostro no era nada tranquilizador. «Shadow», en tono amenazador, gruñó.

El hombre se detuvo.

—Le conviene no acercarse más —le advirtió Johnny— «Shadow» se le echará encima si continúa avanzando.

El gitano fijó una atenta mirada en el animal. Sus ojos centellearon.

—¿Es ese el perro del que todo el mundo habla por aquí?— inquirió.

—Es posible —asintió Johnny—. También usted hablará de él si sus colmillos llegan a hundirse en una de sus pantorrillas. A «Shadow» no le agrada la gente como usted. ¡Quieto, «Shadow», quieto!

El perro había saltado en dirección al hombre, que retrocedió rápidamente.

—Llama a tu perro, muchacho. Le mataré si me ataca.

—«Shadow» no morirá ciertamente a manos de un gitano — replicó el chico desdeñosamente—. Es demasiado rápido. Ahora vale más que levanten el campamento y se marchen de aquí antes de que se entere mi padre.

El hombre refunfuñó nuevamente, retrocediendo poco a poco, no sin mirar con atención a «Shadow», a medida que se alejaba, varias veces. Johnny silbó, llamando a su perro, y los dos regresaron a la granja.

—Papá: esos gitanos acamparon por fin en nuestras tierras —anunció el chico a su padre—. Les dije que se fuesen. El gitano con quien hablé fingió ignorar que se trataba de los terrenos de la finca.

—De acuerdo. Mañana lo sabrán perfectamente si siguen ahí.

A la mañana siguiente los gitanos continuaban acampados en el mismo punto. El granjero fue a hablar con ellos, haciéndose acompañar de «Shadow» y «Rafe».

—Antes de mediodía se habrán marchado de aquí, ¿estamos?— les dijo—. ¿Me han entendido bien?

—Sí —repuso el hombre con quien hablara Johnny—. Pero se arrepentirá de esto.

—Piensan causar algún gravé daño antes de irse, ¿no? ¡Conozco perfectamente a los gitanos! Bueno, pondré a alguien de guardia. ¡Ustedes sí que |o lamentarán si se atreven a saquear alguno de mis almacenes o se dedican a romper las vallas!

Lanzó un silbido, llamando a «Shadow», que se colocó a su lado de un salto.

—¡Quédate aquí de guardia, «Shadow»! —le ordenó—. Procura impedir que esta gente cause daños en la finca.

«Shadow» levantó la cabeza, contemplando la faz de su amo, en la que sorprendió una grave expresión. Sabía muy bien cual era su misión. Movió rápidamente el rabo. Estaría a la altura de aquélla. ¡Que intentara algún gitano atacar la propiedad de su amigo Johnny! Quienquiera que fuese el agresor habría de contar con «Shadow».

El granjero se alejó de allí en compañía de «Rafe». «Shadow» se sentó en las inmediaciones de los carromatos. Nada escapaba a sus vivaces ojos. Contempló a los sucios gitanillos, los malolientes vehículos, las ropas tendidas en cuerdas de los acampados, a medio lavar, el fuego que habían encendido aquéllos, en el que una vieja había puesto una olla, de la cual salía un olor muy rico, El gitano se acercó a la anciana, cruzando con ella unas breves palabras. La mujeruca asintió, mirando a «Shadow».

. Aquel individuo le acababa de ordenar que envenenara un trozo de carne que luego sería arrojada al perro. Se deslizó la vieja en el interior de su carro, volviendo a aparecer luego con una botella en las manos. Acercose al fuego y valiéndose de un afilado palo extrajo de la olla un trozo de carne de conejo. Después vertió unas gotas del

líquido que contenía la botella en el mismo. A continuación depositó en el suelo la carne, dejándola allí unos minutos.

Al arrojársela luego a «Shadow» la vieja esperaba que el perro se lanzase sobre aquel «suculento» bocado. Pero «Shadow» no hizo el menor movimiento. No aceptaría ningún obsequio que procediese de los enemigos de su amo. Ni siquiera volvió la cabeza para husmear la carne.

—No hay nada que hacer —comentó la vieja—. ¡No ha llegado ni a mirarlo!

Entonces el gitano miró a su alrededor, cogió una piedra, la primera que encontró a mano, y se la arrojó con todas sus fuerzas.

El perro en aquellos momentos se había distraído contemplando los juegos de unos gitanillos. Por tanto no pudo escabullirse con la precisión con que lo habría hecho de haber visto al gitano en el instante de agacharse.

La piedra fue a darle en un lado de la cabeza. Era de buen tamaño y el perro rodó por el suelo inmediatamente, medio atontado. Sintió que un invencible sueño se apoderaba de él. No podía hacer el menor movimiento. La cabeza le dolía terriblemente. Finalmente dio un gran suspiro y cerró los ojos.

Ahora no tenía ningún mérito que el gitano se acercase al animal puesto que el pobre «Shadow» no podía hacer nada para defenderse.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Aprovechando que se encuentra así metedlo dentro de un saco! — ordenó el gitano a la vieja.

Acudieron varios hombres más corriendo y al cabo de unos segundos el enorme perrazo era introducido en un gran saco, de fortísimo tejido.

El gitano que parecía ser el jefe ató la boca de aquél con otro trozo de cuerda y ayudado por otro de los suyos condujo al pobre «Shadow» a uno de los carromatos. Una vez le hubieron lanzado dentro se apresuraron a cerrar la puerta del vehículo.

—¡Y ahora, en marcha! —ordenó el gitano de los pendientes—. Le dije al granjero que se arrepentiría de echarnos de aquí. ¡Ya lo creo que se arrepentirá! Por ese perro puedo obtener una suma nada despreciable.



CAPITULO XIV

«SHADOW», ¿DONDE ESTAS?

Como de costumbre, aquella mañana Johnny se fue a la escuela después de decir adiós a «Shadow», que le acompañó hasta la puerta de la finca.

—Cuando vaya a hablar con esos gitanos me lo llevaré conmigo —le había dicho al chico su padre—. La presencia de «Shadow» y de «Rafe» no les envalentonará precisamente.

—Compadezco al que tome a broma a uno de nuestros perros pastores —contestó Johnny—. ¡Adiós, papá! ¡Hasta luego?

Después de haber pasado la mañana en el colegio, Johnny emprendió el regreso a su casa. Miró atentamente por los alrededores, por si veía a Tom, el jovenzuelo que le había estado esperando por allí día tras día, sin más propósito que el de importunarle. Pero aquél había recibido ya una buena lección y cuando pasaba por casualidad junto a Johnny ni le miraba siquiera.

El chico se había figurado que «Shadow» le saldría al encuentro... El perro pastor sabía cuándo volvía su amo y siempre que podía iba en su busca. Nada más divisarle desde la puerta de la finca partiría disparado, como una exhalación, saliéndole al paso.

—Juzgando por la alegría que «Shadow» experimenta al ver a Johnny, cualquiera diría que nuestro chico ha estado ausente un mes — decía la madre de aquél.

Pero aquella mañana no descubrió el menor rastro de «Shadow» Johnny estaba sorprendido. ¿Se encontraría su perro trabajando en las colinas, con los otros? No lo creía... Para el pastor aquella era la temporada más tranquila de! año. «Rafe», «Dandy» y los demás podían hacer desahogadamente la tarea que les fuera señalada entonces.

—¡Qué raro! — exclamó Johnny, contrariado—. «Shadow» siempre acostumbra a salirme al encuentro. ¡ «Shadow»! ¡«Shadow»! ¿Dónde estás?

Johnny silbó. Su padre le había enseñado a emitir un penetrante silbido que se osa en todas partes dentro de los límites de la granja. «Tinker», «Dandy» y «Bob», alejados de la casa lo oyeron.

—Están llamando a «Shadow» — manifestó «Bob»—. ¿Dónde se habrá metido?

—«Rafe» me dijo que el granjero le había encargado que vigilara a los gitanos, por si éstos hacían algún daño —declaró «Tinker»—. Pero esa gente se ha marchado ya. ¿Adónde se habrá ¡do nuestro amigo? Esta mañana no le he visto por aquí.

—Se habrá ido detrás de los gitanos, para comprobar si era verdad que abandonaban de una vez la finca — opinó «Dandy».

Johnny se adentró en la casa. Su madre andaba ocupada, haciendo un poco de mantequilla.

—¡Mamá! ¿Dónde está «Shadow»? — inquirió-—. Esta mañana no ha salido en mi busca.

—¿No? —preguntó la buena señora, sorprendida—. Bien. Yo ignoro donde se encontrará en estos momentos. Tu padre me dijo que le había dejado frente al campamento de los gitanos, vigilando a éstos. Se llevó consigo a «Rafe» y a «Shadow». Pero al regreso vi que venía con el primero tan sólo. Dentro de unos minutos estará aquí, para comer. Pregúntale a él. ¡Oh! No estés preocupado. Es muy probable que «Shadow» esté en las colinas, jugando con los otros perros.

—No, estoy seguro de que no... Cuando no trabaja, «Shadow» no deja de ir en mi busca ni una mañana, mamá.

—Se encontrará todavía en el sitio en que acamparon los gitanos, entonces.

—Quizás. Sin embargo, allí no se ve ningún carromato. Todo parece indicar que esos individuos se han ido. Mamá: ¿me dejas salir, a ver si lo encuentro?

—Ahora no. Tenemos que comer. Mira, aquí tienes a tu padre.

—¡Papá! ¿Dónde está «Shadow»?

—Le dejé custodiando a los gitanos —explicó el hombre—. ¿Aún no ha vuelto? Bueno, como los gitanos se han marchado, «Shadow» no tardará en llegar. Concedí de plazo a esa gente hasta el mediodía y hace una hora descubrí sus carromatos, que se alejaban de la finca.

A Johnny el corazón le dio un salto. Si aquella pandilla se había ido, ¿por qué había de seguir «Shadow» en el campamento? Y si no era así, ¿dónde pararía?

—Mamá: solo quiero acercarme al sitio en que estuvo esa gente, con objeto de comprobar si el perro continúa allí. Es posible que crea que debe permanecer en ese lugar hasta que papá le dé la orden de retirarse. Ya sabéis que es muy fiel.

—Y más inteligente que todo eso —apuntó el granjero. —Una vez desaparecidos esos bribones no esperes que «Shadow» se quede en ese sitio. Lo más lógico es pensar que se haya ido, emprendiendo el regreso. Tal vez se haya entretenido por ahí.

—He estado silbándole, papá —manifestó Johnny, desconsolado—.De encontrarse a una milla, de distancia de aquí, como máximo, me habría oído, acudiendo enseguida. Algo malo debe haberle sucedido.

—¡Tonterías! Dentro de unos minutos estará restregando sus hocicos contra la puerta de este cuarto. Siéntate y come,

—Por favor: permíteme primero acercarme al lugar en que estuvieron acampados los gitanos — rogó el chico, a punto de echarse a llorar.

—No —dijo su padre—. Ya dispondrás de tiempo de sobra después para eso. Vamos, no seas niño.

El pobre Johnny no tuvo más remedio que sentarse a la mesa, empezando a comer, para lo cual hubo de hacer un esfuerzo. No podía tragar nada. Intentó obedecer a su padre pero entonces sintió una incontenible náusea. Su rostro adquirió una alarmante palidez.

—¡Johnny! ¿Qué te pasa, hijo mío? — le preguntó la madre—. ¿Es que no te encuentras bien?

—No muy bien —repuso el chico con sinceridad—. No puedo comer, mamá.'

—Bueno, pues no comas.

Johnny depositó en el plato el tenedor y el cuchillo que tenía en las manos. Luego se levantó, saliendo de la casa. Sintiose mejor una vez se vio al aire libre.

—«Shadow»: tú siempre lo adivinas cuando a mí me ocurre algo malo —dijo en voz alta—. Pues bien, has de saber que a mí me pasa lo mismo contigo. Y casi estoy seguro de ello ahora... Tú te encuentras en algún aprieto.

No es posible que por tu propia voluntad estés tanto tiempo alejado de mí. ¿Dónde estás, «Shadow»? ¿Dónde estás?

Pero Johnny no llegó a percibir el esperado rumor de unas menudas pezuñas al deslizarse por los guijarros con que estaba empedrado parte del patio. Tampoco llegó a sus oídos ningún ladrido procedente de las colinas. Por allí no se veía otro animal que la vieja «Jessie», la madre de «Shadow». «Jessie» se acercó al chico, lamiéndole cariñosamente una pantorrilla.

—¿Sabes tú acaso, «Jessie»/ adonde se ha ido «Shadow»? —inquirió Johnny angustiado.

Se encaminó al prado en que habían estado los gitanos. Tardó unos diez minutos en llegar allí. No encontró a nadie en el lugar. Todos los carromatos habían desaparecido. En el piso quedaban únicamente las huellas dejadas por sus ruedas.

Johnny recorrió todo el paraje. Vio el sitio en que los ingratos visitantes habían encendido una hoguera. Encontró unos papeles sucios y dos o tres botes de conservas abiertos. Pero, nada... Ni el menor rastro de «Shadow».

El chico prosiguió su paseo y de repente se detuvo, mirando atentamente algo. Junto a sus pies vio una piedra y pegados a ella ¡unos cabellos! Johnny la cogió, examinando éstos.

„«¡Son de Shadow!», pensó. Sintiose inmediatamente deprimido. «Los de mi perro son así: amarillos y castaños. ¡Qué hombres más perversos! Papá dejó a «Shadow» aquí, para que vigilara a esa gente. Uno de los gitanos debió arrojarle esta piedra. Seguramente le dejó sin sentido...»

Johnny contemplaba la piedra como si no acertara a dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo, a lo que acababa de ocurrírsele. Pero, no. Estaba en lo cierto, probablemente. Las piernas le flaqueaban, como si no pudieran sostenerle ya. El chico no tuvo más remedio que sentarse en un tronco derribado que había por las inmediaciones. Cerca de aquél divisó un pedazo de carne.

Johnny procedió también a su examen. ¿Y por qué no habrían engullido aquella carne los perros de los gitanos, que siempre solían estar medio muertos de hambre? Acercose el trozo a la nariz, oliéndolo. Percibió un tufo muy extraño...

«Apuesto cualquier cosa a que esta carne está envenenada», se dijo el chico. «Esto revela unas intenciones en los gitanos peores aún. Supongo que atarían a sus perros para que no osaran comérsela. La dejarían luego ahí confiados en que alguno de nuestros perros darían buena cuenta de ella, con lo cual el que fuese no tardaría en morir. ¡Oh, «Shadow»! ¿Dónde estás? ¿Te habrán obligado esos individuos a irte con ellos?»

Johnny se sentía muy apenado. No sabía qué hacer... «Esta tarde yo no voy al colegio», se dijo. «Intentaré descubrir el paradero de esos gitanos. ¡Iré tras ellos! He de enterarme de si han raptado a «Shadow». He de salvar a mi perro. No sé cómo me las arreglaré para salirme con la mía pero no te preocupes, «Shadow»: ¡yo te salvaré!»



CAPITULO XV

JOHNNY VIVE UNA AVENTURA

Johnny echó un vistazo más al campamento de los gitanos y luego se marchó a la granja. El padre había vuelto a su trabajo. Su madre se había acostado un rato, a descansar.

«No la molestaré», se dijo el chico. «Además, estoy seguro de que si le comunico que me dispongo a seguir a los gitanos me contestará que debería esperar a que papá volviera para que se encargara él de eso. Ahora bien, ¿y sí entonces fuese ya demasiado tarde? Me pondré en camino inmediatamente».

Johnny no quiso pedirle prestada la bicicleta a Will, como había hecho otras veces. Aquél hubiera podido preguntarle para qué la necesitaba. Decidió ir andando. No sabía si llevarse o no uno de los otros perros de la granja.

«Sí, me parece que esa es una medida prudente», pensó. «Cualquiera de ellos podría serme útil. Me llevaré a «Tinker». A éste le agradará dar un paseo».

Silbó, llamándole. Johnny tenía un silbido especial para cada perro. «Tinker», en las colinas, empinó las orejas al oír aquél.

«Ese debe ser Johnny», se dijo. «Iré en su busca, ¿Para qué puede necesitarme?».

«Tinker» emprendió un veloz carrera, orgulloso de que su amo le llamara. «Johnny», habitualmente, solo quería a su lado a «Shadow»...

El chico le estaba esperando, en efecto. En su rostro «Tinker» sorprendió una expresión grave, solemne.

—«Tinker»: los gitanos se han llevado a «Shadow». Deben de haberle herido. Quiero que me ayudes a buscarlo.

El perro husmeó la piedra. Era inconfundible el olor de «Shadow» en ella. Levantó la vista hasta Johnny, con el rabo abatido. Se daba cuenta de que su amo estaba preocupado y que un profundo desaliento se había apoderado de él.

—Vamos. Tenemos que irnos antes de que alguien descubra nuestras intenciones.

Los dos abandonaron la granja. Nadie les vio, a excepción de las gallinas y los cerdos, pero éstos no parecieron hacerles mucho caso.

Ya en la carretera, la pareja se encaminó al punto por el cual habían salido del prado los carromatos de los gitanos. Las huellas de las ruedas de los vehículos eran muy claras.

—Las seguiremos hasta que lleguemos a la carretera principal —anunció Johnny, dirigiéndose a «Tinker»—. Luego tendremos que preguntar qué camino siguieron los carromatos a la gente que encontremos porque en el asfalto no es posible descubrir el menor rastro.

El chico y el perro prosiguieron su avance; estudiando los surcos dibujados en el polvoriento piso. Al llegar a la otra carretera sucedió lo que Johnny dijera. Allí no se podía descubrir el menor vestigio del paso de los vehículos.

Johnny vio un hombre que estaba trabajando en una cuneta.

—¡Oiga! ¿Qué camino tomó la caravana de gitanos? ¿Llegó usted a ver a éstos?

—Sí. Marchaban en dirección a aquella granja, la más próxima. Vi cinco o seis carros.

—¿Observó usted si entre sus perros iba otro de pelaje castaño y amarillo, de la raza de los pastores? — inquirió el chico con ansiedad.

—Pues no. Solamente vi unos cuantos canes famélicos que se acercaron inmediatamente al sitio en que había dejado la cesta, en busca de comida, quizás.

—Gracias — dijo Johnny.

Este y «Tinker» continuaron andando. Pronto llegaron a una bifurcación. Johnny no sabía qué camino seguir de nuevo. Miró hacia un lado y otro, por si descubría alguna persona a quién preguntar. Por allí no había nadie.

—¡Qué fastidio!

Más adelante divisó a una niña que se estaba asomando por encima de una valla, examinándole con ojos curiosos. —¡Oye, nena! ¿Has visto por aquí a unos gitanos? La niña en cuestión era muy pequeña. —¿Qué son gitanos? — preguntó.

—¡Oh! Gente de cabellos negros, muy morena. Viven en casas montadas sobre ruedas.

—¡Ah, sí! Antes de la hora de comer vi unas casitas muy raras, que parecían carros... Se fueron por allí.

La chiquilla señaló una de las carreteras. Johnny miró a la niña sonriente. —Gracias, guapa.

Otra vez reanudaron la marcha. Siguieron andando, cubriendo de una tirada una milla o dos. De pronto, el corazón de Johnny aceleró sus latidos. Acababa de descubrir en un prado que quedaba a su derecha los carromatos de los gitanos.

—¡Les hemos alcanzado! —exclamó el chico mirando a «Tinker»—. Ahora tendremos que movernos con cuidado. Hemos de evitar que nos vean. Esa gente me conoce.

El muchacho, siempre junto a su perro, se agachó, acercándose a los gitanos por detrás de unos matorrales. Aquéllos se habían instalado en las inmediaciones de una corriente de agua. Era su costumbre pues así podían dar fácilmente *de* beber a sus caballos.

Johnny les estuvo observando durante unos minutos. Uno de los perros debió captar algún ruido porque, súbitamente, empinó las orejas, comenzando a ladrar. Los gitanos miraron en una dirección y otra. No lograron descubrir a Johnny y «Tinker» porque éstos seguían escondidos.

—¡Oh, «Tinker»! ¿Cómo vamos a acercarnos a los carromatos si esos perros no dejan de ladrar? —susurró Johnny, desesperado—. Creo que tendremos que esperar a que llegue la noche.

El chico se hizo una especie de lecho con hierbas y «Tinker» se acurrucó a su lado. Sabía muy bien qué era lo que su amo se proponía. Permanecería tendido allí, durmiendo con un ojo abierto, hasta que anocheciera. Luego los dos abandonarían aquellos matorrales para ver si podían dar con «Shadow».

Johnny podía ver cuanto sucedía en el campamento gracias a una abertura existente entre las plantas silvestres que le servían de parapeto. Los gitanos habían quitado los avíos a sus caballos, al objeto de conducirlos al arroyo. La chiquillería jugaba en torno a los vehículos. Las mujeres charlaban animadamente. Una de ellas estaba encendiendo un fuego. El humo llegó hasta donde se encontraban Johnny y «Tinker».

—Esto sí que es raro, «Tinker»... Todos los carromatos están abiertos, a excepción de uno —susurró el chico a su compañero—. En ése, precisamente en ése, debe haber sido encerrado el pobre «Shadow». ¡Oh! ¡Cuánto me gustaría poder acercarme a esa puerta, abrirla y encontrármelo en el interior!

Pero Johnny temía la reacción de aquellos hombres. Siguió esperando en su escondite, junto a «Tinker», hasta que reinó bastante oscuridad. Tenía sed mas no hambre. El perro se alejó de su amo unos instantes, acercándose a un charco de agua formado por las últimas lluvias. A Johnny le hubiera agradado muchísimo poder imitar a «Tinker».

La oscuridad se iba haciendo cada vez más intensa. Johnny, rígido, helado, abandonó el matorral, deslizándose por un amplio boquete de éste. Desde allí veía a los gitanos, que se habían agrupado en torno al fuego, para cenar. Los perros se encontraban junto a ellos, disputándose los escasos huesos que les eran arrojados.

El chico logró llegar, sin hacer el más leve ruido, al carromato de la puerta cerrada. En el momento de ir a subir por la corta escalera que conducía a aquélla uno de los gitanos le vio, debido a la incierta claridad que producían las llamas de la hoguera.

—¿Quién está ahí? — gritó el individuo.

Johnny, naturalmente, no contestó. Uno de los gitanillos, entonces, se abalanzó en dirección a él, sujetándole por un brazo.

—¿Qué haces tú aquí? — inquirió.

El joven, sin embargo, le soltó rápidamente porque «Tinker» se le había acercado, gruñendo ferozmente. Los perros de los gitanos rodearon al grupo.

—¡Oh, «Tinker»! ¡Tenemos que hacer algo! — exclamó el pobre Johnny, a quien no gustaban lo más mínimo los famélicos canes de aquellos vagabundos. Los animales le enseñaban sus amarillos dientes.

Pero a «Tinker» aquellos ejemplares degenerados de la especie le tenían sin cuidado. Sin la menor vacilación se lanzó sobre uno, derribándole en el acto. Los otros huyeron cobardemente, gimiendo como si hubiesen sido apaleados. El que había sido objeto de su ataque hizo lo mismo.

—¡¡Bien hecho, «Tinker»! —gritó Johnny, volviéndose hacia todos los gitanos que contemplaban la escena—. ¿Dónde está «Shadow», mi perro? —les preguntó—. Uno de vosotros le tiró una piedra, hiriéndole. Lo sé... Luego* lo cogisteis, llevándooslo. ¿Dónde se encuentra ahora? ¡Seguro que dentro de este carromato!

—Estás equivocado, muchacho —respondió uno de los hombres. En las orejas de éste brillaban unos anillos de oro. —Todos los perros que tenemos son esos que has visto.

—¡Pues dejadme que abra esa puerta y mire dentro del carro!

—¿Y qué conseguirías con ello? Tu perro no se encuentra aquí. Nosotros no somos ladrones.

Pero entonces llegó a los oídos de Johnny un sonido que conocía perfectamente. Era como un quejido, un quejido que sólo podía haber salido de la garganta de «Shadow». Procedía del interior del carromato cerrado.

—¡Ese es «Shadow»! — exclamó Johnny, plantándose en un periquete en los escalones.

Los gitanos quisieron cortarle el paso pero entonces entró «Tinker» en acción, colocándose tras su amo, con la cabeza vuelta hacia el grupo, gruñendo con tanta ferocidad que los hombres, intimidados, retrocedieron.

El chico logró por fin abrir la puerta del vehículo, asomando la cabeza al interior, en sombras. No se veía absolutamente nada...

—¡«Shadow»! ¡«Shadow»! ¿Estás ahí? — preguntó.

Esperaba que su perro, dando un gran salto, saliese. Pero no sucedió tal cosa... Oyéronse, eso sí, unos ahogados ladridos que procedían de la parte posterior del carromato, concretamente del

interior de un saco, en el cual el desventurado «Shadow» continuaba encerrado.

Johnny sacó su cortaplumas, cortando la cuerda con que había sido amarrada la boca del saco. «Shadow» abandonó su prisión instantáneamente. Lamió a su amo de pies a cabeza. Después colocó las patas delanteras sobre sus hombros, gimiendo, sintiéndose, no obstante, inmensamente feliz.

—¡Oh, «Shadow», mi querido, querido «Shadow»!—exclamó Johnny, a quien faltaba muy poco para echarse a llorar de alegría—. ¿Estás herido? Deja que te vea.

No había tiempo para esto ya. Los gitanos habían comenzado a dar gritos y «Tinker», inquieto, aullaba desesperadamente. Alguien le había arrojado una piedra, alcanzándole en la boca. Parecía una fiera en aquellos momentos. Ahora bien, era incapaz de abalanzarse sobre la gente que tenía delante sin una orden previa de su amo. Johnny corrió hacia la puerta, flanqueado por «Shadow». El chico se enfrentó, decidido, con todos.

—Me acompañan dos perros que no saben lo que es miedo —anunció—. Si os atrevéis a tirarnos una piedra o pretendéis impedirnos que abandonemos el campamento los lanzaré inmediatamente sobre vosotros sin la menor vacilación.

Los hombres retrocedieron frunciendo el ceño. Los perros pastores les aterrorizaban. «Tinker» y «Shadow» gruñían de un modo amenazador y no se apartaban un instante de Johnny, a fin de protegerle. Los tres fueron apartándose paulatinamente del campamento. Los gitanos daban grandes voces, vomitando injurias. ¡Pero esto era igual para el chico! Las palabras, por duras que sean, no llegan nunca a romper ningún hueso.

Exhaustos, helados, hambrientos pero muy felices, los tres echaron a andar en dirección a la granja. «Shadow» le pisaba los talones a su amo. Sentía adoración por aquel chiquillo. Cuando Johnny alargaba la mano hacia atrás el inteligente perro, muy cariñoso, se la lamía. El chico sonreía, contento.

Los padres de Johnny habían estado muy preocupados en las últimas horas de la tarde. Nada más llegar, el chico contó la aventura de que había sido protagonista. Su madre le puso delante un plato de sopa y unas tostadas, obligándole a comer.

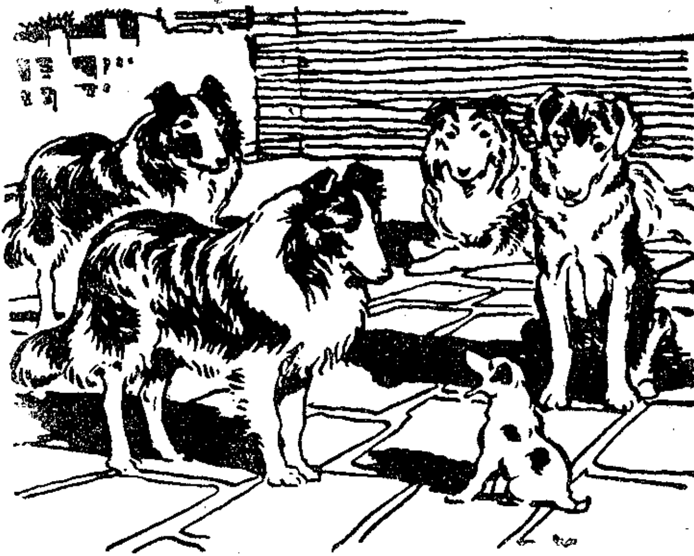
—¡Pobre Johnny! —exclamó la buena mujer—. Bueno, es igual. Afortunadamente todo ha salido bien. A «Shadow» sólo le queda una

leve huella de la herida en la cabeza. Le he lavado aquélla a conciencia y dentro de poco no se le notará nada. ¿Estás contento, hijo mío?

—¡Soy! muy feliz, mamá! Desde luego, me encuentro cansado y tengo frío pero soy muy feliz... He conseguido que «Shadow» volviera a la granja. ¡Qué momentos más amargos he pasado, amigo mío!

«Shadow» se sentó lo más cerca posible de Johnny. El y «Tinker» disfrutaron de una excelente y abundante comilona. Luego, «Tinker» se marchó para reunirse con «Dan-dy» y los otros. «Shadow», no... Al igual que siempre, dormiría sobre los pies de su querido amo.

Al saberse cerca el uno del otro cualquiera es capaz de imaginar la alegría que les poseía. Y de no haberlo prohibido la madre del chico a buen seguro que «Shadow» hubiera acabado por deslizarse debajo de las mantas del pequeño Johnny.



CAPITULO XVI

EL PERRITO

«Shadow, el perro pastor, entró en el comedor de sus amos una mañana. La familia se encontraba sentada en torno a la mesa, hablando.

—No obtuve por mis corderos el dinero que esperaba —decía el granjero en aquel momento—. Esto significa que durante un corto espacio de tiempo andaremos algo escasos de dinero. ¡Ojalá las gallinas hubieran marchado mejor!

—Sí, ¡ojalá! —respondió la madre de Johnny—. Lo cierto es que han dejado de poner y yo ahora voy recogiendo la cuarta parte de los huevos que conseguíamos antes. ¿Qué se puede hacer para remediar esto?

—Ahí tenéis, a vuestra disposición, el dinero de mi hucha —manifestó Johnny en seguida—. Estaba ahorrando para el día de tu cumpleaños, mamá. De todos modos, si necesitas esas monedas cógelas. Estaba ahorrando para otra cosa también, pero... en fin, eso puede esperar.

—¿De qué se trata? — quiso saber el padre.

—Bueno, no sé si os habréis dado cuenta del estado en que se encuentra el collar de «Shadow». ¡Casi se le cae a pedazos! Anda necesitado de uno nuevo, evidentemente. Yo quería comprarle uno de esos tan bonitos que llevan alrededor una serie de clavos dorados. Ahora que si necesitáis mi dinero —repitió el chico—, ya se lo compraré más adelante.

—De ninguna manera. Guarda tu dinero, hijo —contestó la madre, sonriendo—. Eres muy amable al hacernos ese ofrecimiento, pero creo que podremos tirar perfectamente sin tus ahorros.

—Ya buscaremos alguna solución, no os preocupéis— dijo el granjero, acariciando la cabeza de «Shadow»—. ¡Tendrás tu nuevo collar, amigo mío ¡Te llevas ganada una docena de ellos, «Shadow»!

Con todo, Johnny no se gastó el dinero que había estado ahorrando para «Shadow». Invirtió la mitad de aquél en un frasco de agua de lavando el día del cumpleaños de su madre. A ésta le ilusionó mucho el regalo. Johnny siguió guardando el resto de su tesoro.

—Tienes que hacerte cargo, «Shadow» —le explicó al perro—. Podría ocurrir que mamá necesitase mi dinero de veras. Seremos precavidos, por tanto. Únicamente que tú te tendrás que sacrificar, esperando un poco más. Piensa que de todas maneras aún no dispongo de la cantidad suficiente. Tú sabes que esos collares son caros.

«Shadow» se limitaba a menear el rabo, levantando la vista en dirección a Johnny. A él lo del collar no le producía frío ni calor. Todo cuanto hacía o decía Johnny le parecía bien.

—No obstante, «Shadow», hay que reconocer que no te favorece nada el que ahora llevas. Lo tienes mucho tiempo ya. Se le ve usado. No hace mucho el pastor le compró a «Bob» uno muy bonito. Supongo que te quedarías un poco entristecido al vérselo a tu compañero lucir mientras pensabas en el tuyo, tan viejo.

«Shadow» se empinó, colocando sus patas delanteras sobre los hombros de su amo. Le lamió la nariz, en un gesto juguetón. Con esto quería decirle al chico que no se preocupara por aquella cuestión.

Johnny le comprendió, echándose a reír. Apresurose a corresponderle pasándole una mano por los húmedos hocicos.

—A ver si se te ocurre algún procedimiento para que los dos podamos ganar algún dinero — le dijo.

Pero a «Shadow» no se le ocurría ninguno, lo mismo que le pasaba al propio Johnny. No se encontró en el mismo caso la madre de éste, quien le explicó el propósito que abrigaba a su hijo.

—He recibido una carta. Me la ha escrito la señorita Robbins, que ya cuenta bastantes años —le dijo—. Desea pasar aquí unas vacaciones y me pagará la estancia. Su dinero nos vendrá muy bien. ¿No juzgas eso una suerte?

—¡Oh, sí! —repuso Johnny—. Intentaré pasar lo más inadvertido posible, mamá. Sé que a esas viejas damas no les gusta el ruido.

—Traerá un perro consigo. Espero que se lleve bien con «Tinker», «Shadow» y los otros...

—Bueno, la verdad es que si exceptuamos a «Shadow», los demás perros se pasan la vida lejos de la casa. No nombro a «Jessie» porque no hace falta. Procuraré vigilar a «Shadow» hasta que se acostumbre a la señorita Robbins y a su can.

La señorita Robbins llegó la semana siguiente. Era una mujer ya entrada en años, como dijera la madre de Johnny, delgada y de elevada estatura. Caminaba siempre muy derecha, como un soldado. A Johnny le imponía un poco.

Llevaba a su perrito en brazos. Tratábase de un menudo «fox terrier» de liso pelaje que contaría unos seis meses de edad. En cuanto vio a Johnny empezó a ladrar.

—Por lo visto no le has caído bien —dijo la señorita Robbins—. Espero que pronto cambie de parecer.

El chico pensó que era una lástima que la señorita Robbins no permitiese a su perro andar un poco. Estaba seguro de que al animal no le gustaba que le llevasen siempre en brazos. Apareció «Shadow» para echar un vistazo a aquél.

El «fox-terrier» estuvo a punto de caerse al suelo al iniciar un nervioso manoteo en dirección al perro pastor.

—¡Oh! Creo que mi perrito no se va a llevar muy bien con el tuyo —declaró la señorita Robbins—. Es muy grande, ¿eh? A mí no me han hecho nunca mucha gracia estos perrazos.

—¡Fuera, «Shadow»! — ordenó Johnny, irritado.

Después de todo aquél había sido provocado por el perrito de la huésped. Johnny se dijo que no haría buenas migas con el minúsculo can ni con la dueña.

A la señorita Robbins le agradó mucho la finca y también la cocina de la casa, la dorada mantequilla, la sabrosa leche y el queso, de confección casera. Le gustaba observar las andanzas de las gallinas y las interminables idas y venidas de los patos en el pequeño estanque.

Los compañeros de «Shadow» no le cayeron bien. Cierta mañana, «Rafe», «Tinker», «Dandy» y «Bob» bajaron a la granja para ver a «Shadow». La anciana dama oyó a su perrito, «Spot», que ladraba desesperadamente. Se apresuró a salir para ver qué era lo que sucedía. Entonces se encontró con que los cuatro canes contemplaban con gesto de sorpresa al «fox-terrier», que daba muestras de hallarse de muy mal humor. «Bob» se sentó... Jamás había visto un perrito de tan mal genio.

—¡Fuera de mi patio! —ladró «Spot»—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Cómo os habéis atrevido a entrar aquí? ¡iros antes de que os eche!

«Shadow» se acercó al enfurecido orador para tratar de hablarle.

—No seas estúpido. Este patio es nuestro y no tuyo. Y no ladres así a unos perros que son mayores y más fuertes que tú. Algún día lo sentirás si te obstinas en seguir portándote así. ¡Da gracias a que todos nosotros tenemos bastante paciencia!

—No me es simpático este escandaloso perrito —manifestó «Bob»—. Lo mejor sería que se marchara cuanto antes de aquí.

—No puede hacer tal cosa — le informó «Shadow»—. Pertenece a una vieja dama que ahora vive en la granja.

—¡Yo no pertenezco a nadie! —protestó «Spot», indignado—. Es ella quien me pertenece a mí.

—Bueno, y entonces, ¿por qué consientes que te lleve siempre en brazos? —inquirió «Shadow», disgustado—. Alguien podría confundirte con un muñeco, con un osito de trapo, por ejemplo, a juzgar por la forma en que ella te coloca bajo su brazo cuando tiene ganas de dar un paseo. ¿Es que no te gusta andar?

—Si os portáis mal conmigo se lo diré a la señorita Robbins y ésta se quejará a la dueña de la casa, que entonces os obligará a manteneros siempre alejados de la granja—ladró «Spot» fieramente.

—Eres un necio —opinó «Rafe», enseñándole los dientes al pequeño can—. Compórtate como debes si no quieres que te dé unos cuantos mordiscos en las orejas.

«Rafe» se abalanzó a continuación sobre «Spot»... Esto ocurría en el preciso instante en que la dama llegaba al patio con el propósito de averiguar la causa del alboroto que armaban los animales. En seguida se colocó entre los dos perros, riñendo, naturalmente, a «Rafe».

—¡Eh, tú! Claro, es muy fácil atacar a un perro mucho más pequeño. ¿No te da vergüenza? Me quejaré de ti al granjero. Ándate con cuidado, no vayas a ganarte unos latigazos.

«Rafe» se alejó de allí enojado. ¡Unos latigazos! ¿De qué estaba hablando aquella mujer? ¿Es que no sabía que los perros pastores jamás son tratados a golpes de látigo? Los otros perros se marcharon tras él.

—Pero, ¡qué criatura más estúpida el tal «Spot»!—comentó «Tinker»—. Si se hubiera decidido a observar las más elementales normas que rigen nuestra conducta con los demás podía haberlo pasado bien entre nosotros. Tal como ha planteado la cosa yo siempre que se me ponga a tiro le morderé en las orejas. Así aprenderá a mostrarse cortés con los mayores.

El futuro de «Spot» en la granja, pues, no era muy claro. El perrito tenía que andar siempre con los ojos muy abiertos, por si alguno de los pastores le acechaba en cualquier parte, con la intención de hacerle una jugarreta.

«Spot» era rápido, por lo cual le resultaba relativamente fácil escabullirse, quitarse de en medio. No tardó en realizar infinidad de pequeños descubrimientos. Se enteró de dónde solían ponerle la comida a «Shadow» y muy a menudo corría hacia ella antes de que el perro pastor acudiese. Desde luego, devoraba la mitad de lo que a aquél le hubiesen asignado. «Shadow» empezó a pasar hambre. Sentíase, asimismo, profundamente irritado.

Fue en busca de «Spot» para castigarle adecuadamente. El inteligente perrito buscaba la salvación en las rodillas de su ama. Hasta allí! no se atrevía a llegar «Shadow».

Un día «Spot» se fue a dar un paseo con la señorita Robbins por las colinas, acercándose a la casa del pastor.

«Spot» entró en aquélla husmeándolo todo, encantado. ¡Qué cantidad de atractivos olores había por allí! Olía bien el lecho del hombre que ocupaba la vivienda, y su pelliza, que colgaba de una

percha, en la pared... Olía también a los otros perros. «Spot» disfrutó lo suyo allí dentro.

¿Y qué decir de la comida del pastor? Estaba contenida en un paquete cuya envoltura era efe papel. El perrito de la señorita Robbins no necesitó mucho tiempo para abrirlo, desgarrando la cubierta. Descubrió dentro unos bocadillos de carne y de queso. Tampoco tardó mucho en engullirlo todo. Luego se pasó la lengua por los hocicos. ¡Una comida realmente deliciosa!

A continuación salió de la casa. «Rafe», que se encontraba por las inmediaciones, le vio... y percibió el olor de la carne y del queso. Entonces echó a correr detrás de «Spot». Había adivinado que el picaruelo acababa de dar buena cuenta del refrigerio de Andy.

Pero «Spot» era demasiado rápido para él. El animal buscó la protección de su ama, que en aquellos instantes cogía flores en la ladera. Después lanzó un significativo gemido.

—¡Pobre «Spot»! —exclamó la señorita Robbins—. ¿Es que estás cansado? Entonces ven aquí, conmigo.

La vieja dama lo tomó en brazos... Naturalmente, «Rafe» ya no pudo hacer lo que se había propuesto: morderle en las orejas.

—¡Cobarde! — le dijo a «Spot»—. Espera a que te encuentre solo. ¡Ya verás, ladronzuelo!

No es para descrita la indignación del pastor al comprobar que uno de los animales había devorado su almuerzo. No habiendo visto a «Spot» por las cercanías se figuró que uno de los perros pastores había sido el autor de la hazaña. Le sorprendió el hecho porque tenía otro concepto de sus canes y estimaba que todos se hallaban perfectamente adiestrados.

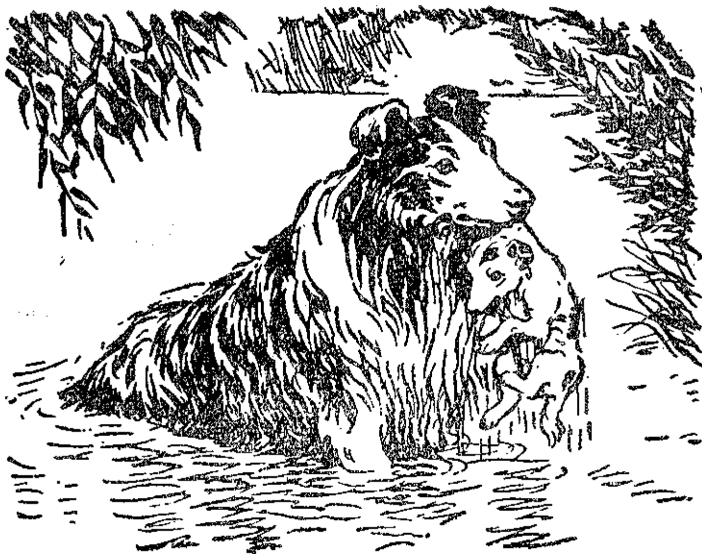
Les llamó uno a uno, reprendiéndoles. Todos se sentaron en torno a él, con las orejas gachas y los rabos inmóviles. A ninguno le agradaba que le riñeran, especialmente cuando, como en aquel caso, no habían cometido ninguna acción censurable.

«Tinker» anunció con verdadera fiereza:

—¡Castigaremos a ese encanijado de «Spot»! «Shadow»: tú te dedicarás a seguirle, a ver si hay alguna manera de sorprenderle cuando esté a solas. Tráenoslo si se da el caso y ya nos encargaremos de enseñarle qué es lo que les pasa a los perros ladrones.

—Haré lo que pueda —prometió «Shadow»—. Ese perro nos fastidia a nosotros tanto como la señorita Robbins a Johnny. La vieja

se pasa el día riñéndole porque silba y canta continuamente. ¡Mi pobre amo apenas se atreve a abrir la boca!



CAPITULO XVII

«SPOT», EN DIFÍCIL SITUACIÓN

«Spot» sabía que los otros perros estaban muy enfadados con él y temía su venganza. Era un perrito mal criado, demasiado consentido, habiendo devorado el almuerzo del pastor sin necesidad porque su ama le proporcionaba puntualmente toda la comida que podía necesitar y más. La señorita Robbins le obsequiaba a todas horas con chocolate y bizcochos y otras cosas que generalmente servían para estropearle el estómago.

—Te estás poniendo desagradablemente gordo —le dijo «Shadow» en cierta ocasión, al pasar cerca de él. «Spot» se había situado prudentemente junto a su ama, como tantas otras veces—. El día menos pensado te darás cuenta de que estás demasiado gordo para poder correr. Entonces ya no podrás huir cuando yo me lance en tu busca. ¡Glotón, avaricioso!

«Spot» le contestó con unos ladridos. Estando a! lado de la señorita Robbins, el perrito se creía a salvo de cualquier contrariedad. Ella le adoraba y hubiera sido capaz de mantener a raya a una docena de enfurecidos canes de haberse decidido éstos a atacar a su «fox terrier».

«Shadow» se tendió cerca de ellos, sin perder de vista un momento al perrito. Deseaba cogerlo a solas, de ser posible. «Spot» continuó ladrándole. La señorita Robbins se esforzó por tranquilizarlo. Finalmente se dirigió a «Shadow».

—¡Fuera de aquí! ¿Aún no te has dado cuenta de que a «Spot» no le eres simpático?

«Shadow» empinó las orejas, atento a las palabras de aquella mujer... Pero no se movió. Se tendió en el suelo, colocando la cabeza entre las patas delanteras, siempre con la mirada fija en «Spot». La señorita Robbins montó en cólera.

—¿No has oído que te he dicho que te marcharas, perro desobediente? Si no me haces caso llamaré a Johnny.

«Shadow» continuó en la misma posición. La señorita Robbins oyó silbar a Johnny, no muy lejos de allí, llamándole.

—¡Johnny! ¡Johnny! ¡Tu perro está molestando! Ven aquí y mándale que se vaya. ¡Ah! ¡Y deja de silbar de una vez! Resulta odioso ese silbido. De veras que me ataca los nervios.

Johnny dejó de silbar, tal como se le había pedido. Abrió la puerta del jardín y entró en el recinto. En seguida vio a «Shadow», descansando tranquilamente, oyendo los alocados ladridos de «Spot».

—No parece que mí perro esté haciendo nada malo-observó el chico en tono cortés—. En fin de cuentas tiene tanto derecho como «Spot» a permanecer donde se encuentra.

—No me hables en ese tono —se apresuró a responder la señorita Robbins—. ¡Oh! ¡Qué sucio vas esta mañana, Johnny! ¡Fíjate cómo te has puesto el jersey! Está lleno de manchas... Y en la manga derecha te has hecho un desgarrón. Desde luego, pareces un golfillo. ¿Por qué no vas a asearte un poco?

—Iba a limpiar una cuadra en la que tenemos una vaca. Para hacer eso nadie piensa en ponerse sus mejores ropas. Guardo este viejo jersey para tales faenas. Yo sólo vine aquí porque usted me llamó.

—Realmente, en cuanto a sucios, tu perro y tú allá allá os andáis —opinó la señorita Robbins—. «Shadow» está pidiendo a gritos un

buen cepillo y... ¡mira su collar! Se le está cayendo a pedazos. Si tú quisieras de verdad a tu perro le habrías comprado uno nuevo. El día en que se le caiga de! todo te pondrán una multa, por tener a «Shadow» circulando por ahí sin nada encima que sirva para localizar a su dueño.

—Hoy he limpiado ya a «Shadow» —repuso Johnny—. Ahora bien, más tarde ha estado trabajando en las colinas, corriendo por los brezales. En cuanto a lo del collar... Hace tiempo que hago ahorros para comprarle uno. Ya sabe usted que son algo caros...

—Bueno, por lo que más quieras, llama a «Shadow»— dijo la dama, enojada—. Me siento cada vez más irritada a fuerza de oír ladrar a «Spot» sin descanso y de ver a tu perro mirándonos tan atentamente.

Johnny había acabado por enfadarse también. Pero él sabía que no podía mostrarse grosero con las personas mayores, así que optó por guardar silencio. Lanzó un silbido dirigido a «Shadow», quien dio un salto, siguiendo a su amo. Johnny abrió la puerta del recinto... Sintió la tentación de cerrarla de un fuerte golpe pero esto, además de estar mal, suponía una auténtica estupidez. En consecuencia, salió en silencio. «Spot», a sus espaldas, incansable, continuaba ladrando.

«¡Ojalá estuviese ladrando hasta que se le desprendiera la cabeza»!, se dijo el chico. «Entonces quizás dejara de ser una molestia para todos.»

A lo largo de los dos días siguientes, «Shadow» no perdió de vista a «Spot». Pero éste era demasiado inteligente para, así como así, facilitarle la oportunidad de cazarlo. «Shadow» decidió entonces que lo mejor sería esconderse en algún sitio. Si el perrito no le veía tal vez llegara a sorprenderle cuando no estuviese presente su dueña... «Shadow, de acuerdo con esta idea, se instaló en la marranera, acercando sus ojos a una grieta existente en el muro, desde la cual podría vigilar perfectamente los movimientos de su insignificante enemigo.

A la noche siguiente... «Spot» estaba, cansado de la compañía de su ama, que aquel día se había excedido realmente en sus caricias. El perrito esperó hasta que la mujer se fue en busca de la esposa del granjero, con la que deseaba hablar. «Spot» se deslizó por la puerta de la granja, encaminándose al estanque de los patos. Pensó que resultaría sumamente divertido para él asustar a aquéllos con sus ladridos.

«Shadow» le vio. Abandonó su escondite y pegándose a un seto siguió al perrito. Este corría despreocupadamente, husmeándolo todo. Estaba disfrutando de lo lindo. ¡Qué bueno y qué saludable resultaba para él gozar de un poco de libertad!

Acercose al estanque. Los patos nadabas tranquilamente. «Spot» se aproximó a la orilla e inició su serie de ladridos.

Ladraba con todas sus fuerzas y los patos, atemorizados, se fueron al lado opuesto de! estanque. «Spot» se mostraba encantado de su hazaña. Dio la vuelta a la balsita y

* repitió su acción. No se había dado cuenta de que «Shadow» había acabado por situarse tras él.

«Shadow» ladró repentinamente junto a uno de sus oídos. El perrito volvió la cabeza, asustado. Enfrentábase con el perro pastor de Johnny, preparado para cortarle el paso si intentaba huir. «Stop» gimió...

—Ahora no te valdrá que llames a tu ama. ¡Te he cogido! — le dijo «Shadow».

Pero «Spot» no estaba dispuesto a entregarse sin lucha. Pensó que podría atravesar el estanque y escapar por el lado opuesto. Sin pensárselo dos veces dio un salto, cayendo aparatosamente en el agua, moviendo rápidamente sus patitas.

Mas, ¡pobre «Spot»! Hallándose casi en el centro del estanque- sintió que aquéllas se le enredaban en unas espesas raíces, que parecían tirar de él hacia abajo. Hundíase. ¡Qué apuro tan grande! ¡Iba a ahogarse!

«Shadow» contemplaba la escena sorprendido. ¿Qué ocurría? ¿Por qué se conducía «Spot» de aquella mañana tan extraña? ¿Por qué se hundía? El perro pastor no acertaba a explicarse la nueva situación que acababa de plantearse.

«Spot» subió a la superficie, abriendo la boca angustiado. Lanzó un gemido de terror antes de hundirse otra vez. La señorita Robbins, que había estado buscándole por todas partes, se acercó corriendo al estanque.

—¡Oh, «Spot», «Spot»! ¡Te estás ahogando!—exclamó.

En su agitación, la señorita Robbins llegó a introducir los dos pies en el agua, con la intención de continuar avanzando para salvar a su amado perrito. Fue entonces cuando «Shadow» comprendió qué era lo que pasaba, saltando al agua a su vez animado por el mismo propósito.

«Shadow» no pensó en aquellos instantes en lo mal que se había portado el «fox terrier». Tampoco pensó que podía resultar divertido que la vieja dama se diera un baño, saliendo del estanque cubierta de cieno desde los pies a la cabeza. Comprendió, sencillamente, cuál era su deber y se apresuró a estar a tono con ¡as circunstancias. «Shadow» hadó hasta el centro de la piscina en miniatura, sumergiendo !a cabeza para localizar a «Spot».

Lo encontró enredado en unas largas raíces. «Shadow»/ después de sujetarle por el collar, dio un tirón. «Spot» apareció casi instantáneamente en la superficie. Agitó las patas torpemente. Respiraba con dificultad. «Shadow» no le soltó. Empezó a nadar con firmeza hacia la vieja dama, arrastrando a su perrito. Después lo depositó sin novedad en la orilla, sacudiéndose repetidas veces el agua, que empapaba su pelaje.

Millares de plateadas gotitas pasaron de aquél al vestido de la señorita Robbins. Pero ésta ni siquiera se dio cuenta de tal cosa. Arrodillose junto a «Spot», acariciándole, intentando extraerle de la boca unas hierbas que todavía llevaba enredadas entre sus dientes.

—¡Pobre «Spot»! —exclamó—. ¡Pobrecillo! ¡Vaya! ¿A que ahora te sientes mejor ya?

El perrito no tardó mucho en recuperarse. Púsose luego en pie, contemplando atentamente a su ama. Después su mirada se posó en el gran «Shadow», que continuaba sacudiéndose el agua. Acércasele dando un salto, lamiéndole las patas con su rosada lengua.

—¡Gracias, «Shadow», gracias! —ladró—. Eres un buen amigo. No he merecido que te portaras así conmigo, lo sé. No obstante, si quieres darme una oportunidad yo te demostraré que soy un buen perro. ¡Un millar de gracias, «Shadow»!

La vieja dama, que presenciaba esta escena, captó toda su profunda significación. También ella se aproximó al perro pastor para acariciarle. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

-—Eres un perro bueno, atento y valiente —le dijo—. Yo sabía que mi querido «Spot» no te era simpático. Y, sin embargo, no vacilaste en salvarle la vida. Te voy a regalar un collar nuevo, bonito y grande, ¡como tú!

«Shadow» movió el rabo, cortésmente. La señorita Robbins no le había hecho nunca gracia y estaba seguro de que olvidaría las palabras que acababa de pronunciar. Luego se marchó para referir a los otros perros todo cuanto había sucedido.

—Naturalmente, aun tratándose de un perro tan odioso como «Spot», tú no podías permitir que se ahogara delante de ti, sin hacer el menor esfuerzo por evitarlo —opinó «Rafe»—. En cuanto a su promesa de ser mejor de aquí en adelante, he de decirte que no creo en ella.

—Vale más que le demos una oportunidad, a ver si se enmienda — insistió «Shadow».

Así lo hicieron. Y, con gran sorpresa por su parte, comprobaron que «Spot» sólo tenía una palabra. No volvió a ladrarles más. No tornó a sustraerles sus galletas, ni sus almuerzos. Mostrábase en todo instante verdaderamente cortés, formulándoles toda clase de preguntas, como si estuviera interesado de un modo auténtico en asimilar sus enseñanzas.

—No es malo, en realidad —manifestó «Rafe» varios días después —. Si *continúa* así le dejaré que dé una vuelta por *la* granja en mi compañía. Puedo enseñarle muchas cosas, ¿Te ha comprado esa mujer el collar nuevo que te prometió, «Shadow»?

—No. Pero me inclino a pensar que lo hará. Le he oído contar a Johnny cómo salvé a su precioso «Spot». Al final de su relato le comunicó que había encargado a una tienda de Londres que le enviara el mejor collar para perro que hubiese en el mercado.

El collar ansiado llegó por fin a la granja, ¡no faltaba más! ¡Y qué bonito era! Tenía un tono castaño oscuro, contando con una hebilla metálica deslumbrante. A su alrededor, en el centro de la gruesa tira, llevaba una serie de dorados clavos, simétricamente colocados. Johnny, al ver el collar, se sintió presa de una alegría incontenible.

—¡Dios mío! ¡Jamás vi una cosa tan bonita, jamás! Gracias, señorita Robbins, muchísimas gracias. Me gusta mucho... Y «Shadow» tendrá un aspecto imponente ahora con su flamante collar.

Así era... ¡Y cómo presumió «Shadow» con aquella estupenda adquisición, ante los otros perros!

—Te lo has merecido, «Shadow» —le dijo el chico—. De veras. «Spot» te era tan antipático como a mí. No obstante, te portaste lo mejor posible con él. ¡Qué raro! Ahora ese perrito me agrada y también la señorita. Robbins. Lamento que dentro de poco hayan de marcharse. ¡«Spot» podía haber aprendido muchas cosas más todavía de vosotros!

—Ya le hemos enseñado bastantes —ladró «Shadow»— ¡Ha mejorado enormemente!



CAPITULO XVIII

EL CORDERO EXTRAVIADO

Cierto día, demostrando una gran excitación, Johnny fue en busca de «Shadow» para comunicarle la última novedad.

—¡«Shadow»! ¡Ven aquí y escúchame! Papá me ha dicho que mañana habré de llevar al mercado unas ovejas. Esto lo vamos a hacer entre tú y yo. ¿Qué te parece?

«Shadow» se había sentado, escuchando atentamente las palabras de su amo. Su rabo barría incesantemente la hierba. Conducir ovejas al mercado era algo que nada extraordinario representaba para él. Ahora bien, para Johnny constituía eso un acontecimiento, pues era la primera vez que le hacían un encargo de aquel tipo.

—¿No sabes? El pastor se encuentra enfermo—le explicó el chico—. Papá, por tal razón, ocupará su puesto en las colinas. Y yo haré

aquello de que se ha encargado siempre mi padre: conducir nuestros animales al mercado. El tío Harry nos esperará allí y entonces pondremos el ganado en sus manos.

«Shadow», incansable, continuaba agitando su rabo. ¡Iba a pasar todo un día con Johnny! ¡Cómo se divertirían! Realizarían aquel trabajo juntos y luego se mostrarían justamente orgullosos de su labor. Lo normal era que «Shadow» tuviese que unirse a los otros perros en las colinas y que el muchacho pasase la mayor parte de las horas del día en el colegio. Aquella jornada juntos venía a ser un regalo de inapreciable valor.

—Nos llevaremos la comida --prosiguió diciendo Johnny, forjando planes—. Meteré en e! zurrón un buen hueso para ti, «Shadow», y algunas galletas, de las. que más te gustan. Dejaremos el ganado en una ladera para que paste mientras nosotros comemos. ¿Qué? ¿Te gusta?

«Shadow» ladró, satisfecho. Luego se empinó sobre sus patas traseras, poniendo las delanteras sobre los hombros de su amo, lamiéndole afectuosamente el rostro.

—¡«Shadow»! Tienes la lengua muy húmeda hoy —dijo Johnny, sacando su pañuelo para secarse la faz—. Bueno. Mañana a las nueve habrás de estar preparado. Ya iré a buscarte.

«Shadow» sabía cuáles eran las ovejas que habían de ser ¡llevadas al mercado. La semana anterior había visto que el pastor estaba contándolas. Los animales habían sido apartados, hallándose todos reunidos en uno de los corrales. Eran, en conjunto, dieciséis ovejas y cuatro corderos bastante desarrollados.

El granjero llamó a «Shadow» a la mañana siguiente.

Apenas tuvo necesidad de formular alguna indicación al perro, debido a que éste sabía muy bien cuál era su deber. Intentó empujar la puerta de cañas que cerraba el acceso al recinto...

—¡Magnífico, «Shadow»! Cada vez eres más inteligente —comentó el granjero, riendo—. ¡Vamos! Haz salir a esos animales.

Tan pronto como estuvo¡ despejado el camino, «Shadow» penetró en el corral. A los pocos minutos las ovejas estaban fuera.

—Llévaselas a Johnny —-ordenó el granjero—. Y pon tus cinco sentidos en la tarea que hoy te aguarda, «Shadow». Procura que tu amo llegue al mercado con todos los animales.

«Shadow» movió su frondoso rabo. ¡Naturalmente que se tomaría interés! Johnny tenía que quedar a toda costa en buen lugar. En

cuanto a él mismo, ¿no había visitado el mercado en compañía del pastor un millar de veces?

—No me es posible asignaros otro perro — declaró el granjero—. Van a pasar un día muy ajetreado aquí, conmigo. Si los dos abrís bien los ojos todo marchará perfectamente.

«Shadow» comenzó a correr en torno a las ovejas para agruparlas. Luego las obligó a andar ladera abajo, en dirección a la granja. Johnny las esperaría aquí.

La excitación del chico no es para ser descrita. Se sentía ya un hombre hecho y derecho. ¡Ahí era nada! ¡Llevar una punta de ovejas al mercado! ¿Esto era estupendo! Tan pronto vio a «Shadow» y a los animales les dio una voz.

—¡De prisa, «Shadow»! Son las nueve y diez. Si, no nos apresuramos no podremos reunimos con el tío Harry a la una. ¡De prisa, amigo mío!

Desde luego, de haber podido, «Shadow» se hubiera echado a reír. Daba risa, en efecto, ver actuar a Johnny, sintiéndose tan importante, mostrándose tan nervioso. El perro ladró a las ovejas.

—Juntas, siempre juntas. No os separéis en ningún momento.

Aquellos ladridos eran para decirle a Johnny que compartía su estado de ánimo, que se hallaba tan nervioso y satisfecho como él, ya que «Shadow» era capaz de hacer con el ganado cuanto se le antojara en completo silencio. Johnny se colgó el zurrón de un hombro. Dentro del mismo llevaba su comida y el hueso y las galletas que prometiera a su perro. Comerían a las doce, en cualquier finca que encontraran a lo largo del camino o sentados tranquilamente en una cuneta. Esto constituiría para ellos un motivo más de diversión.

El pequeño grupo se puso en marcha. Johnny caminaba detrás del ganado, a grandes pasos, pues se sentía ya un muchacho mayor. Habíase procurado un cayado de pastor. «Shadow» avanzaba a su lado siempre que le era posible. Había de dar continuos rodeos para procurar que las ovejas se mantuvieran en todo instante juntas.

Estas tendían a desplazarse hacia los lados del camino para mordisquear las hierbas frescas que encontraban por allí. «Shadow» impedía su propósito. Al llegar a un sitio en que la carretera se dividía en dos «Shadow» hubo de ponerse en cabeza para obligar a los animales a enfilar el camino que debían seguir.

—Marchamos estupendamente, «Shadow» —dijo Johnny, consultando su reloj—. No son más que las once y llevamos recorrida la mitad de la distancia que nos separa de nuestro punto de destino. En consecuencia tendremos tiempo de sobra para comer y descansar al mediodía.

Cuando el chico veía por el camino a otros de su edad alargaba aún más los pasos, silbando dignamente. Los muchachos se le quedaban mirando, para contemplar a continuación la pequeña manada.

—¿Es que llevas esos animales al mercado? — preguntaban.

—Sí —respondía Johnny—. Hemos de estar allí a la una.

Lo siento pero no podemos detenernos. ¡Vamos, «Shadow»!

Los muchachos se paraban unos momentos para seguir contemplando el grupo y Johnny se contoneaba, más orgulloso que nunca. Así se deslizaron por las serpenteantes carreteras de aquellos lugares, en cuyos bordes brillaban los pétalos rosa y carmesí de infinidad de flores silvestres.

A veces veían enormes zarzales, distinguiendo en sus porciones más elevadas una gran cantidad de moras maduras. La mayor parte de las zonas- bajas habían sido saqueadas por los chiquillos, al paso.

Gracias a su hermoso cayado, Johnny logró coger todas las moras que quiso. Se valía del puño de aquél para abatir rama tras rama. El fruto, muy maduro, era verdaderamente delicioso.

—Cuando nos detengamos para comer buscaremos un sitio donde haya muchas moras —anunció Johnny—. Me servirán de postre.

Al mediodía se encontraban en un lugar que gustó al chico.

—Aquí estamos bien —dijo aquél—. «Shadow» : junta el ganado a un lado de esta loma y luego vuélvete que vamos a comer. Las ovejas estarán bien ahí.

A! cabo de unos minutos los animales pastaban tranquilamente en un campo de aliagas y el chico y su perro, sentados junto a unos brezos, se dispusieron a dar buena cuenta de su comida. Johnny sacó de su zurrón unos cuantos bocadillos de jamón con pimienta, dos tajadas de paste! y una gigantesca rebanada de pan y queso. Se enfrentaba con un verdadero banquete.

«Shadow» devoró complacido sus galletas, entendiéndoselas después con el hueso, que empezó a roer. No apartaba la mirada del ganado,, por si los animales se separaban entre sí demasiado. En una

ocasión salió corriendo detrás de una oveja que se había apartado de sus compañeras.

—¡Oh, «Shadow» ! Estate aquí conmigo, no te vayas —le indicó Johnny, obligándole a permanecer a su lado—. Sabes muy bien que al ganado no va a pasarle nada. ¡No enredes!

Terminada la comida, Johnny se dedicó a coger moras. «Shadow» le acompañó... Hubiera querido que aquel fruto le gustase tanto como a su amo. Johnny le arrojó dos o tres de las más duras pero el perro acabó por dejarlas en el suelo o escupirlas. A él le parecía que tenían un sabor horrible.

Luego el perro comenzó a mostrarse preocupado. El tiempo pasaba. ¡Llegarían tarde al mercado! «Shadow» no disponía de reloj que pudiera servirle de guía... Sin embargo, poseía su instinto, que en ese aspecto le mantenía alerta. Aquél le decía que debían haber llegado a la meta de su viaje ya, en determinado momento. Ladró en dirección a Jhonny, lamiéndole una mano.

—De acuerdo, «Shadow», de acuerdo —dijo el muchacho— Ya sé que ha sonado la hora de marcharnos de aquí. Y nos ¡remos en seguida. A ver... Déjame que coja este puñado de moras primero. ¡En mi vida había visto un ramillete como éste!

Por fin el chico se mostró dispuesto. Consultó entonces su reloj de pulsera.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¡Si faltan veinte minutos para la una nada más! No llegaremos a tiempo de encontrarnos con el tío Harry. ¡Rápido; «Shadow»! ¡Recoge el ganado! ¡De prisa, de prisa!

«Shadow» salió disparado. Reunió el ganado, conduciéndolo a donde se encontraba Johnny para que éste procediera a su recuento. Pero su amo no se molestó en llevar a cabo tan leve trabajo. Tenía demasiada prisa. Paseó la mirada por las ovejas, ligeramente.

—Sí... Están todas. Ahora echemos a andar de nuevo, «Shadow». ¡No llegaremos nunca allí!

«Shadow» experimentó la impresión de que algo marchaba mal. No era capaz de contar como Johnny pero le parecía ver que el pequeño rebaño era ahora un poco más reducido. El perro estaba en lo cierto. Faltaba uno de los corderos. «Shadow» rodeó una y otra vez a los animales, husmeando con todas sus fuerzas. Johnny gritó:

—¡«Shadow»! ¿Qué estás haciendo? ¡Deja al ganado!

El perro enfiló el ganado por su camino... Se sentía muy desasosegado. La cuestión de contar los animales era cosa de Johnny.

Estaba seguro de que éste había cumplido con su deber, pero también tenía la seguridad de que se había producido una anomalía. «Shadow» sintió de repente la necesidad de regresar adonde habían estado detenidos, con el fin de buscar algo. Entonces dio media vuelta…

Johnny gritó:

—¡«Shadow»! ¿Es que estás loco? ¡Este es el camino que tenemos que seguir y no el que tú enfilas ahora!

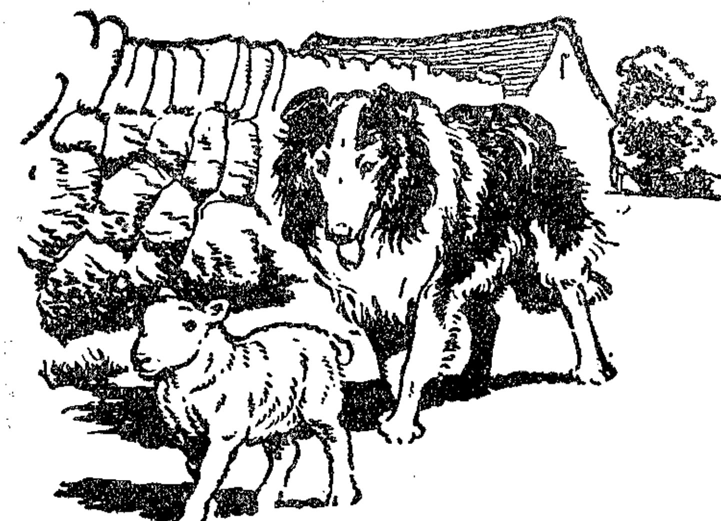
Llegaron al mercado a la una y diez minutos. El tío Harry se encontraba allí, esperándoles. Sonrió cariñosamente al ver aparecer a Johnny con el ganado.

—¡Hola, muchacho! Ya veo que vienes bien acompañado y que te sientes un hombre de cierta importancia. Te has portado magníficamente, Johnny. Ahora me haré cargo de las ovejas para venderlas. Bueno. Ve a comprarte, si te apetece, un helado. Te lo mereces.

Johnny paseó la mirada por las ovejas. Allí estaban todas, pero, ¿también los animales? Sintió de pronto que el corazón se le paralizaba. ¡Los cuatro corderos habían quedado reducidos a tres! ¡Santo Dios! Uno de ellos debía haberse separado de los demás, extraviándose.

Johnny se puso muy encarnado. Comprendió que debía decirle a su tío lo que pasaba. Pero es que entonces se ganaría una fuerte reprimenda y nadie tornaría a depositar su confianza en él. Miró a «Shadow» angustiado. El perro supo en seguida que la anomalía de antes continuaba sin ser corregida. Ya se había dado cuenta de lo que pasaba. Uno de los miembros del rebaño se había quedado atrás. «Shadow» le dio un zarpazo al chico, en una manga.

—¡Acompáñame! —ladró—. Iremos en busca de ese cordero y le encontraremos. ¡Animo, Johnny!



CAPITULO XIX

«SHADOW» ENMIENDA UN DESCUIDO

Johnny, profundamente apenado, bajó la vista, fijándola en «Shadow». De repente se sintió empequeñecido. Habíase comportado como un necio. ¿Por qué no habría contado el ganado en el momento oportuno, para asegurarse de que no le faltaba ningún animal? Ahora, a no mucho tardar, su tío descubriría la falta del cordero y se enfadaría con él.

El chico se dio cuenta de que «Shadow» estaba ansiando marcharse para ir en busca del cordero extraviado. Acarició la cabeza de su fiel perro.

—Iremos los dos —dijo—. Tal vez le hallemos donde nos detuvimos para comer, «Shadow». Debí haber contado los animales cuando tú los agrupaste. No lo hice... Recuerdo que estabas nervioso y yo no supe adivinar qué era lo que te pasaba. ¡Qué tonto he sido!

Johnny se volvió para marcharse con «Shadow». Pero su tío, de pronto, le llamó.

—¡Eh, Johnny! Deja lo del helado para más adelante. Tengo que ir a ver unos cerdos. Cuida del ganado un rato más, ¿quieres? Enciérralo en ese corral. Dentro de unos minutos estaré de vuelta.

Así, pues, no podría irse de allí con «Shadow». Johnny, consumido por una gran ansiedad, blanco como la cera, concentró su atención en las ovejas. Menos mal que su tío se había alejado con objeto de charlar con otro granjero acerca de unos cerdos que deseaba adquirir. Gracias a esto no notó nada anormal en el chico.

Johnny obligó al ganado a entrar en el pequeño corral. Las ovejas se acomodaron en aquél pacientemente, restregándose unas contra otras. En el mercado se oía un concierto a base de mugidos de vacas, balidos de ovejas, gruñidos de cerdos y cacareos de gallinas. Habitualmente, aquel ambiente atraía a Johnny. Ahora, sin embargo, se hallaba demasiado avergonzado y triste para gozar del familiar espectáculo.

Habría de decirle a su tío que faltaba un cordero. El chico se volvió para dirigir unas palabras a «Shadow»… Pero el perro se había ¡do. No consiguió localizarle por ninguna parte.

—¡«Shadow»! ¡«Shadow»! — gritó Johnny.

«Shadow» no podía oírle. Se había marchado en busca del cordero extraviado. El perro se había dado cuenta en el preciso instante de que en su pequeño rebaño no iban todos los animales con que salieran de la granja, pese a no ser capaz de contarlos. Al saber que faltaba uno había rodeado al grupo, husmeándolos a todos. Entonces advirtió leí ausencia del cordero en aquellos momentos se hallaba extraviado.

Oyó al tío Harry cuando llamaba a su sobrino y vio a éste haciendo entrar a sus ovejas en un corral. Adivinó que el muchacho se quedaría allí hasta que volviese su tío.

«Tengo que arreglármelas yo solo entonces para buscar a ese cordero», pensó «Shadow».

Se deslizó por entre la gente, que atestaba aquel lugar, dejando atrás a los cerdos, las pacientes vacas, a las gallinas y los patos, todos ellos en sus respectivos recintos.

El perro echó a andar por la carretera que conducía al mercado. No pensó en ningún instante que el cordero pudiera hallarse por las inmediaciones de aquel lugar. Estaba seguro de que el animal había

desaparecido mientras Johnny y él comían. Sin embargo, marchaba mirando a todas partes, atento a los menores ruidos, con las orejas bien empinadas, por si el cordero en último término había estado siguiendo al rebaño.

No descubrió la menor huella de aquél, llegando así, no mucho después, al punto en que se detuvieran. Husmeó por los matorrales vecinos, esperando percibir un olor característico.

Sí que notó el que habían dejado tras de sí los animales. Pero él andaba tras otro más reciente, que podía decirle que el cordero había estado por allí últimamente o vagando por los alrededores.

Se acercó a todos los matorrales y arbustos, husmeando afanosamente. Nada. No dio con ningún rastro. Por fin percibió el olor de un cordero... ¿Se trataba de uno de los tres que habían llegado al mercado con el rebaño o del que echaran de menos?

«Shadow» prosiguió la búsqueda. Luego olió un rastro que conducía lejos del lugar en que se detuvieran. ¡Esta era, quizás, la pista que tenía que seguir!

Y la siguió. De esta manera volvió a la carretera. Aquí «Shadow» miró a todas partes, desconcertado. Aquél era el paso obligado de muchas reses diariamente. «Shadow» vio las huellas de muchísimas pezuñas en el polvo del camino. Su perplejidad se acentuaba.

«Esas no son nuestras ovejas», se dijo. «Ellas huelen de otro modo. Y sin embargo el cordero llegó hasta aquí, mezclándose con las que encontró al paso. Entre los demás olores, el suyo es inconfundible.»

El perro no sabía qué hacer. El rebaño al cual se había incorporado el cordero había desfilado en dirección opuesta, alejándose del mercado en lugar de ir hacia él. ¿Sería posible que el cordero se hubiese confundido de rebaño?

«Shadow» decidió seguir aquella pista hasta el fin. Por tanto continuó su marcha carretera adelante y después de tomar varias curvas se adentró en otra, yendo a parar más tarde a un cercado, en el que entró al ver que la puerta del mismo estaba abierta.

Efectivamente, allí se encontraba el rebaño cuyo rastro siguiera. Los animales pastaban tranquilamente. Y en un ángulo del recinto, solo, asustado, ¡descubrió al cordero extraviado! Lo que «Shadow» había pensado: habíase perdido mientras ellos comían, incorporándose posteriormente a un rebaño que pasaba por la carretera, creyendo que se trataba de aquél al cual pertenecía.

Había andado un largo trecho entre aquellos animales extraños no ocurriéndosele nada mejor de momento. Después se vio en un lugar que no le era familiar, junto a unas ovejas desconocidas, acabando por sentirse intimidado.

«Shadow» se le acercó. Husmeó un olor peculiar, muy conocido para él. El perro conocía el olor de cada una de las ovejas y corderos de la granja. Satisfecho por su hallazgo, comenzó a dar saltos en torno al menudo animal.

«¡Le he encontrado!», pensó. «Ahora debo conducirlo a donde se halla Johnny. Espero que no me vea el pastor de aquí. A lo mejor intentaba pararme. ¿Y dónde estarán sus perros? También ellos podrían hacerme la misma faena.»

En aquel momento se presentaron dos perros pastores.

Los dos marcharon en dirección a «Shadow» sin cesar de ladrar. Este se enfrentó con ellos, amenazador.

Detuviéronse al ver que el rabo de «Shadow» se movía con ligereza. Olieron al cordero. No les decía nada aquel olor. Entonces comprendieron. No se trataba de ninguno de sus animales. «Shadow había entrado allí para recogerlo y llevárselo...

Así pues, no intentaron interponerse en el camino del perro de Johnny. Limitáronse a acompañarlo hasta la salida de la finca. «Shadow» estaba contento. No tenía ganas de habérselas con dos enemigos en aquellos momentos.

Guiando al cordero, pasó de la carretera secundaria a la principal. «Shadow» obligó a aquél a avanzar con rapidez. Deseaba reunirse con su amo lo antes posible. El cordero no había corrido nunca de aquella manera en toda su vida. El animal no comprendía la prisa de su compañero y guardián.

Pero «Shadow» sabía que Johnny le estaría esperando angustiado. El chico habría adivinado la causa de su ausencia, sin duda.

No se equivocaba. Johnny continuaba junto al corral en que había encerrado las reses, mirando a su alrededor, esperando ver aparecer de un momento a otro a «Shadow», preguntándose cuándo volvería su tío. Seguía viéndole en el lado opuesto del mercado, hablando tranquilamente con otro granjero. Los cerdos quedaban cerca de los dos hombres. El tío Harry había tocado con la punta de su cayado a varios de ellos. Estaba pensando en comprarlos.

«En cuanto regrese», pensó apurado el pobre Johnny, «habré de informarle acerca de la pérdida del cordero. Tengo que ser valiente y hacer frente a lo que venga. ¡Oh! ¡Cuánto me gustaría que "Shadow" encontrase a ese animal! Esto es difícil que ocurra, no obstante. El cordero está perdido y bien perdido.»

La charla de tío Harry con el otro hombre llegaba a su final.

—Dentro de media hora vendré a verle de nuevo —le dijo a su interlocutor—. Si le parece bien mi precio me quedaré con sus cerdos. Ahora tengo que ir en busca de mi joven sobrino, que hace rato que espera, con las reses que ha traído al mercado.

Johnny vio entonces que su tío echó a andar en dirección a él. Su corazón empezó a latir con fuerza. ¡Sobre todo al descubrir a «Shadow», que penetraba en aquel preciso momento en el recinto del mercado, llevando delante de él al cordero extraviado! Johnny apenas podía creer lo que estaba viendo. Sí. Era su cordero. No le cabía la menor duda. ¡Qué maravilla de perro su «Shadow»!

En el momento en que el tío Harry emprendía la vuelta «Shadow» empujaba el cordero contra las piernas de Johnny, quien se apresuró a abrir la puerta del pequeño corral. El animal se precipitó dentro, contento por hallarse otra vez entre sus amigos y para exteriorizar su satisfacción baló alegremente.

—¡Hola! —exclamó el tío Harry, sorprendido—. ¿Es que se había salido uno de los corderos, Johnny? ¿Están todos los animales, sobrino? Tu padre me comunicó que enviaba al mercado dieciséis ovejas y cuatro corderos. No los he contado al llegar. Veamos... Uno, dos, tres, cuatro corderos... Y una, dos, tres...

Sí, estaban todos los animales, afortunadamente. El tío Harry se preguntó por qué estaría tan colorado su sobrino y hablaba tan poco. Supuso que el chico se encontraba muy fatigado.

—Tu trabajo ha sido magnífico, Johnny —le dijo al muchacho—. Lamento haberte hecho esperar tanto tiempo. Dile a tu padre que dispone de un hombre para todo lo que necesite... Y ahora vete con toda tranquilidad a comprarte un helado.

Tío y sobrino sonrieron, contentos. El chico se fue. Pero, contrariamente a lo que su tío Harry pensaba, no se creía merecedor del helado. No se había portado tan bien como suponía su familiar. Había sido un descuidado. De no haber mediado «Shadow» se habría visto en grave aprieto.

El chico y el perro caminaban en silencio. «Shadow» se sentía avergonzado también. Era un fallo importante por su parte el momentáneo extravío de una de las reses del rebaño. «Shadow» se preguntó si Johnny contaría el episodio a alguien.

El chico se estaba preguntando lo mismo. .

«Si callo nadie lo sabrá», pensó. «Papá confiará aún más en mí, juzgándome muy hábil e inteligente. Bueno... Ya veremos.»

Llegó a su casa fatigado y hambriento. Su padre se encontró con él en el patio.

—¡Hola, hijo! —exclamó—. ¿Qué? ¿Ha ido todo bien? ¿Entregaste el ganado a tu tío?

—Sí, papá — respondió Johnny, poniéndose muy colorado.

—Supongo que tu tío Harry se sentiría muy satisfecho de ti, ¿no? — dijo el granjero pasando uno de sus Brazos por los hombros del muchacho.

—Sí, papá.

—Yo también estoy muy contento de ti, Johnny. Eres un chico excelente. A pocos chiquillos de tu edad se les podría confiar una punta de ganado con el fin de que condujeran éste al mercado, regresando más tarde sin novedad Esto ha estado pero que muy bien.

Tales palabras resultaban excesivas ya para Johnny. Este era un chico honesto y no quería verse ensalzado cuando en realidad había obrado negligentemente.

—No me hables así, papá —respondió—. Al llegar al mercado advertí la falta de un cordero... Esto fue culpa mía por no haber contado las reses al reunirías de nuevo, después de comer. De no haberme acompañado «Shadow». Quién se volvió para buscar esa res, me habría faltado un anima! en el momento necesario, un animal que no hubiéramos podido vender. Lo siento, papá. Comprendo que no volverás a confiar en mí y lo encuentro justificado pero tenía que decírtelo.

—¡Claro que tenías que decírmelo, hijo mío! —respondió su padre dándole una palmada afectuosa en la espalda—. ¿Y por qué no? Otra cosa: ¿por qué había de perder la confianza en ti? Jamás me has inspirado tanta como ahora, como en este momento, en que acabas de facilitarme una prueba irrefutable de tu sinceridad. ¡Me siento verdaderamente orgulloso de ti! Pensaste que no disfrutarías con los elogios que yo te prodigase, por estimarlos inmerecidos, portándote

como un muchacho valiente. Perfectamente, Johnny. Pórtate siempre así. Aquí tienes un chelín para que te compres lo que quieras. Es tu paga, por haber llevado esas reses al mercado.

—¡Oh, gracias, papá! —repuso el chico, radiante, al oír las palabras de su padre—. Eres muy bueno conmigo. Son pocos los muchachos que tienen la suerte de disfrutar de un padre como tú. Gracias por no haberme reñido. Jamás volveré a ser negligente.

—Lo sé — contestó el granjero.

Desbordante de satisfacción por tener aquel hijo tan amante de la verdad, que no había vacilado en defender en el caso del incidente del cordero extraviado, pese a que le perjudicaba, el hombre se fue a donde se encontraban los cerdos, para darles de comer y realizar otros trabajos semejantes.

—Escúchame, «Shadow»: no creas que voy a gastarme este chelín comprando cualquier cosa para mí —dijo Johnny—. Me lo gastaré en ti. Fuiste tú quien encontró al cordero. Vámonos... ¡Vas a disfrutar de la mejor carne que esté a la venta! ¡De toda la que nos den por este chelín!

¡Había que oír los ladridos de «Shadow»! La carne le gustaba con delirio... ¡Y cuánto le agradecía a Johnny aquella delicada atención!



CAPITULO XX

LADRONES EN LA GRANJA

La madre de Johnny estaba muy orgulloso de sus gallinas. Ella y su hijo contaban los huevos cada día, apartando los que eran destinados al consumo en la casa y los que habían de ser vendidos.

—Te darás cuenta, Johnny, de que estos animales nos dejan bastante dinero —dijo un día al mucho la buena señora—. Ponen mucho y las pollitas marchan cada vez mejor. A mí me tienen muy contenta.

—Es natural —comentó Johnny—. Además, dentro de poco estarás en condiciones de vender algunos pollos. Estos, en unión de los patitos, darán también algún dinero.

La granja era siempre un lugar muy alegre a la llegada del buen tiempo. Por todas partes se veían pollos, patos, terneras, corderos y algún que otro potrillo. A Johnny le gustaba mucho andar entre los animales, oyendo los innumerables ruidos que producían... Percibía, en efecto, un interminable concierto a base de cloqueos, graznidos, mugidos y balidos... Todo aquello se le antojaba juvenil, lleno de vida.

—Creo que fuera de mi granja no podría ser feliz —le dijo Johnny a «Shadow»—. ¿Tú qué crees, amigo mío?

«Shadow» pensaba lo mismo, exactamente, y así se lo dio a entender al chico con un rápido movimiento de su rabo. Luego lamió las manos de Johnny.

«Estoy contento de vivir en una granja contigo», quiso decirle con aquellos lametones. «Ahora bien, ¡yo me sentiría feliz en cualquier parte siempre que tú estuvieras junto a mí!»

—«Shadow», ¿has visto qué cantidad de pollos y patos tenemos esta primavera? Mamá se sentirá muy contenta cuando los vea crecer fuertes, avanzando día por día. Me ha prometido un reloj de pulsera si les saca el dinero que piensa obtener con su venta. Será mi primer reloj, «Shadow». Qué estupendo, ¿eh?

«Shadow» quería que su amigo tuviese el reloj que tanto ansiaba. El pastor de la casa tenía uno. Era un chisme grande, muy antiguo, con un tic-tac fortísimo, semejante al de un reloj de pared. Todos los perros se habían familiarizado con aquel ruido. El artefacto le decía al hombre cuándo era la hora de comer. Así pues, les agradaba sorprenderle en el instante de sacárselo del bolsillo... Claro que el pastor se guiaba más bien por el sol. Pero gruñía al aludir a la hora oficial del verano, asegurando que ésta estropeaba sus cálculos.

Los patitos jóvenes habían sido puestos al cuidado de tres gallinas. La madre de Johnny había colocado bajo éstas, para que los empollaran, varios huevos de pata. Todos habían nacido, con la excepción de uno.

—¿Por qué no has confiado esos huevos a las patas, mamá? —quiso saber Johnny.

—No son buenas madres. Suelen abandonar los huevos y éstos acaban por enfriarse. Se cansan de estar quietas y se marchan a donde se les antoja. Las gallinas, en cambio, son buenas madres y no les importa estarse quietas todo el tiempo que sea necesario.

Entre cinco gallinas se habían sacado cincuenta y dos pollitos. Por tanto, el patio de la granja estaba lleno a rebosar. Los simpáticos

animal ¡tos corrían por todas partes. ¡Dios mío! ¡Y qué agitación sentían los patitos al ver por vez primera el estanque!

Corrían derechos hacia aquél, situándose en la orilla, piando incesantemente. La gallina iba tras ellos, cacareando con todas sus fuerzas. Johnny se encontraba en un almacén, ayudando a su madre a contar los huevos, cuando oyó aquel ruido.

—¡Sal, Johnny! ¡Rápido! Mira, a ver qué pasa. Parece ser que una de las gallinas ha sufrido algún daño.

Johnny salió a toda prisa. «Shadow» le pisaba los talones, como de costumbre. ¡Y cómo rió al ver de qué se trataba! Luego apareció su madre.

—¡Oh! Eso siempre constituye un espectáculo verdaderamente cómico —dijo aquélla—. La primera vez que los patitos se van derechos al agua las gallinas se afectan mucho. Por lo visto no se dan cuenta de la verdadera naturaleza de esos animales y temen que el agua les vaya mal, incluso que se ahoguen. ¡Dios mío! ¡Cómo les reñirán sus segundas madres a los patitos cuando abandonen el estanque!

Los patitos no hacían el menor caso de las gallinas. Chapoteaban golosamente en el agua... Más adelante, uno de ellos, más atrevido que los otros, se alejó de la orilla, piando escandalosamente.

—¡Eh, eh, eh! ¡Fijaos en mí! ¡Eh, eh, eh! ¡Fijaos!

Al menos esto es lo que, según Johnny, estaba diciendo el osado patito. Sus hermanos le miraron unos segundos, decidiéndose a seguirle después, muy excitados. Uno tras otro se desparramaron por el estanque. Sus diminutas colas oscilaban a impulsos de la alegría que sentían sus dueños, apenas unas manchas negras y amarillas sobre la tersa superficie del agua. Los patos grandes contemplaban aquella escena un *tanto* sorprendidos.

Una de las gallinas introdujo una de sus patas en el agua, pretendiendo seguir a su 'desobediente prole. Pero aquélla estaba fría y el animal se apresuró a apartarse de la orilla.

—¡Cloc, cloc! —dijo la gallina, horrorizada—. ¡Salid de ahí, malos! Esta agua está «húmeda» y fría. Esperad a que esté caliente y «seca».

—Pío, pío, pío... Nos vamos mar adelante.

Johnny afirmó que ésto era lo que los patitos acababan de contestar a su madre.

—¡Qué cosas más divertidas dices, Johnny! Me haces reír.

—¡Oh, mamá! ¡Qué estupendo cuando todos estos animales sean grandes y estén en condiciones de ser vendidos! ¡Vas a ganar mucho dinero con ellos!

—Entonces te compraré el reloj —respondió la madre, volviendo a sus quehaceres—. Y ya no podrás formular ninguna excusa cuando llegues tarde a las horas de las comidas

Johnny se dedicó a contar patos y pollos. Esto era difícil porque aquéllos no paraban de moverse. Había muchísimos. El chico se dijo que jamás habían tenido tantos en la granja.

Debió precipitarse al hacer el recuento porque, ¡ay!, al día siguiente notó que se había excedido en siete patitos. Creyendo haberse equivocado, Johnny volvió a contarlos.

Repitió, la operación varias veces. Nada. No llegaba a la cantidad del día anterior. Habíanse esfumado siete como por encanto. Se lo dijo a su madre.

—¡Oh! ¿No será que las ratas han vuelto a entrar en el patio, hijo mío? Hace dos años causaron considerables daños entre mi pollada. Envalentonadas por la muerte de «Tibby», nuestro gato, se habrán decidido a efectuar nuevas incursiones. «Tibby» sabía mantenerlas a raya.

—Es terrible perder así como así siete patitos —opinó Johnny—. Se lo diré a «Shadow». Tal vez éste descubra qué es lo que ha ocurrido.

—«Shadow» está ocupado todo el día con las ovejas y sus corderos — manifestó la madre—. El pastor no podrá prescindir de sus servicios.

—Es que por la noche «Shadow» duerme en mi habitación, Si le hablo de la desaparición de esos animales se dedicará a vigilar el patio.

—Cuando llega la noche «Shadow» se encuentra muy fatigado, generalmente. No importa, Johnny. Siempre he contado con la pérdida de algunos de los animales más jóvenes y en fin de cuentas este año hemos sacado más que nunca...

No obstante, Johnny le contó a «Shadow» lo que pasaba. El perro pastor escuchó a su amo con la cabeza ladeada, abriendo mucho los ojos.

—Mira, «Shadow»: yo creo que las ratas están atacando a nuestros patitos. Has de echar un vistazo por ahí, ¿estamos? Si siguen desapareciendo aquéllos a ese ritmo yo me quedaré sin mi reloj,

¿sabes? Además, es horrible pensar que esos animalitos tan tiernos y simpático están siendo cazados por las fieras y crueles ratas.

«Shadow» acababa extenuado después de pasar toda una jornada trabajando en las colinas. A lo largo del día veíase obligado a correr muchas millas, juntando el ganado, custodiándolo, llevando las reses a otros pastos, obligando a los corderos a permanecer al lado de sus madres. La primavera era siempre una época de mucho trabajo para los perros pastores. Se pasaban la jornada completa al servicio de Andy.

Sin embargo, aunque el perro se encontraba fatigado y somnoliento a la llegada de la noche y ansiaba acurrucarse sobre los pies de Johnny, en contacto con las suaves ropas del lecho, para dormir varias horas de un tirón, aquél renunció al descanso ante, las perspectivas que se le ofrecían de habérselas con las ratas de la granja. Muerto «Tibby», éstas se tornaban más osadas que nunca. «Shadow» lo sabía. Había olido su rastro por todo el patio. Fue en busca de «Jessie», la encargada de la vigilancia del recinto, para hablar con ella ampliamente respecto de aquel desagradable asunto.

«Jessie» era la madre de «Shadow», una perra muy simpática. Era ya vieja y había perdido parte de su olfato, ni oía tan bien como en su juventud. «Shadow» le preguntó por las ratas.

—Sí —le contestó «Jessie—. Vuelven a andar por aquí. Yo ya no soy tan rápida y no puedo lanzarme tras ellas... Tú, en cambio, «Shadow», podrías alcanzarlas con toda facilidad si se te pusieran a tiro. Ven esta noche por aquí y aguardaremos su llegada.

Poco más tarde, «Shadow», venciendo su cansancio y su sueño, se instalaba en el barril, junto a su madre, esperando... No pasó mucho tiempo antes de que oyeran el rumor de unas patitas muy menudas rozándose con todo, acompañado de unos chillidos... Las ratas acudían al patio, en busca de la cena.

«Shadow» abandonó el barril de un salto. Era sorprendente rápido y se lanzaba sobre una rata y otra exactamente igual que hubiera podido hacerlo un «fox-terrier». Hincaba sus colmillos en el cuello de los repugnantes animal i tos y así los mataba. Las ratas huían chillando, aterrorizadas.

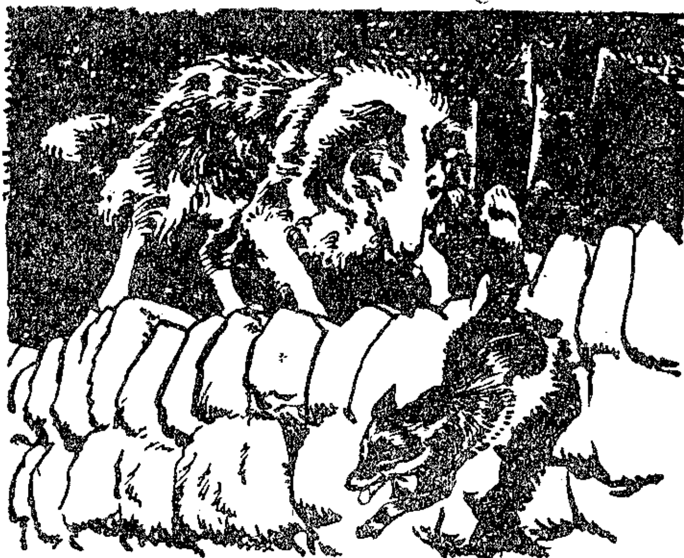
—Ya no volverán —dijo «Shadow», complacido—. Nuestros pollos y patitos vuelven a estar seguros. Siete ratas... ¡Johnny se pondrá muy contento!

«Shadow» dudó un momento... ¿Y si le llevaba al chico las siete ratas, depositándolas en su lecho? En seguida pensó que esto no agradaría lo más mínimo a la madre de Johnny. Ni siquiera consentiría que se llevara a la habitación los huesos que su hijo le regalaba. Desde luego, pondría el grito en el cielo si veía siete ratas sobre su cama.*

¡Y qué contento estuvo Johnny al día siguiente!

—¡Eres grande, «Shadow»! —exclamó—. Yo sabía que acabarías sacándonos de este apuro. Siempre lo haces. Ahora todo seguirá en orden y no habrá que temer por la suerte de pollos y patos.

¡Pero Johnny estaba en un error! Había aparecido otro enemigo en la granja, un enemigo de mucho mayor tamaño que las ratas. En el curso de una noche mató tres gallinas, que se llevó para devorar en su escondrijo. ¿Y quién podía ser aquel enemigo?



CAPITULO XXI

UN ENEMIGO MUY ASTUTO

Cuando Johnny descubrió que hablan desaparecido tres gallinas miró a su alrededor asustado. Habíase acercado al gallinero para abrirles la puerta a los animales. Habitualmente no contaba éstos, juzgando que allí no corrían peligro alguno.

Pero de pronto divisó unas cuantas plumas en el suelo. Examinó las mismas detenidamente. Eran rojizas... Procedían de una de las gallinas que más apreciaba su madre.

Johnny estudió a sus compañeras. Aquella mañana parecían hallarse muy inquietas. Tendían a juntarse, como si buscasen protección contra algo. Al muchacho le fue fácil contarlas.

—¡Faltan tres! — exclamó en voz alta, angustiado—. ¡Dios mío! Yo esperaba echar de menos una... ¡Mamá! ¡Ven enseguida!

Su madre acudió corriendo, preguntándose qué pasaría.

—¡Mira! Alguien entró aquí durante la noche, matando tres gallinas, que luego se llevó. ¿Quién habrá sido? ¿Un gitano, quizás, mamá?

—No —respondió la madre de Johnny—. Los gitanos no dejan detrás de ellos esos rastros —explicó señalando las plumas del piso—. ¡Se trata de un zorro!

—¡Un zorro! Nunca se me habría ocurrido... Pero, escucha, mamá: ¿es capaz un animal de esos de llevarse de una vez tres gallinas?

—Habrá echado varios viajes, sin duda, para; transportar su botín, causando una víctima en cada uno de ellos. No hay duda: es un zorro que cuenta con varios cachorros. A éstos les gustan las aves con locura. ¡Oh, Johnny! ¡Qué fastidioso es esto! Cuando un zorro ha podido entrar en una granja con el propósito que es de imaginar siempre regresa. Hemos de descubrir por donde se coló.

Madre e hijo, acompañados de «Shadow», dieron una vuelta en torno al gallinero. Fue «Shadow» quien descubrió aquello... Por supuesto, el perro había estado oliendo un rastro que debía ser el del intruso, rastro que se hacía más intenso en cierto punto del gran gallinero, en su parte posterior, donde había dos barrotes quebrados. En ellos descubrieron también varias plumas más.

—Por ahí entró —manifestó Johnny—. Hoy mismo arreglaré eso, mamá.

Efectivamente, el chico tapó aquella peligrosa tronera. «Shadow» permaneció a su lado mientras trabajaba.

—Esto es para impedir que el zorro vuelva a entrar en el gallinero, amigo mío —le explicó al perro—. Tú verás,

«Shadow»... Por si era poco la pérdida de sus patitos, mamá se ve privada ahora de tres gallinas. ¿No es desagradable esto, «Shadow»?

El rabo del perro barría incesantemente el suelo. Confiaba en que no volvería a ocurrirles nada malo a las gallinas y a los patos y pollos de su ama. Sabía que los zorros eran unos animales extraordinariamente astutos. «Shadow» lamió las manos del muchacho y salió disparado, en dirección a las colinas. Había oído el silbido del pastor, llamándole.

Habló con «Dandy» y «Rafe» acerca del asunto del zorro. Los dos perros conocían a éste.

—Es un animal de cierta edad ya, sumamente astuto — declaró «Tinker»—. Vive en la colina cercana desde hace varios años. No ha faltado quién se empeñase en darle caza pero nunca han podido

capturarlo. Habita allí con su hembra y unos cuantos cachorros... Por causa de éstos, seguramente, ha empezado a llevar a cabo incursiones en la granja. Volverá a repetir su hazaña, de manera, «Shadow», que debes estar con los ojos bien abiertos. Nosotros no hemos podido localizarlo jamás. Claro está, puede que tú tengas más suerte.

Cuando Johnny abrió la puerta del gallinero a la mañana siguiente experimentó otro sobresalto. Al lado de aquél vio un puñado de plumas que arrastraba lentamente el viento. ¿Qué significaba esto? ¿Había vuelto por allí, acaso, el zorro?

Esto era precisamente lo que había ocurrido. Al contar las gallinas Johnny comprobó que faltaban otras dos.

—¡Mamá! ¿Cómo habrá podido entrar el zorro esta vez en el gallinero? —inquirió el chico, verdaderamente desconcertado—. Reparé la tronera adecuadamente. He repasado las telas metálicas y las maderas sin encontrar ningún agujero por el cual ese ladrón pudiera colarse.

—Saltó sobre una de las telas metálicas, sencillamente —explicole su padre, midiendo con la vista la altura de aquéllas, que no llegaría a los dos metros—. Los zorros saltan muy bien y esta habilidad fue lo que le valió en su segunda incursión.

—Pero, papá, ¿cómo pudo entrar en la jaula para apoderarse de las gallinas?

Su padre estudió aquélla. Por la parte delantera contaba con unas ventanillas que se cerraban o abrían mediante un tablero deslizante. Una de ellas se hallaba abierta para que el interior se ventilara deliberadamente. El granjero extendió un brazo en dirección hacia el vulnerable punto.

—Aprovechó esa abertura. Un zorro es capaz de estrecharse enormemente cuando lo necesita... Esto es, primero saltó, salvando el primer obstáculo de la tela metálica. A continuación se asomó al interior de la jaula por la ventanilla, apoderándose entonces de las gallinas. Anoche oí ladrar a «Jessie»... Me habría levantado de haber sabido que la causa del alboroto era el zorro.

¡Oh, papá! Espero que ese animal no vuelva por aquí. «¡Shadow!» ¿Es que no te sientes capaz de cazar a ese viejo zorro?

«Shadow» lamió la pierna de su amo que tenía más cerca. También él había oído ladrar a «Jessie» la noche anterior, habiendo estado a punto de bajarse de la cama en que descansaba para salir a

ver qué pasaba. Pero, había vivido un día muy ajetreado en las colinas y se encontraba extraordinariamente fatigado. Antes de decidir qué era lo más conveniente en aquellos instantes había vuelto a dormirse. Bueno… El caso era que habían desaparecido dos gallinas más de la granja. Una racha de mala suerte, ciertamente.

Pese a sentirse muy cansado, «Shadow» prefirió abandonar el lecho de su amo aquella noche. Iba a dedicar la misma al zorro. Se instaló junto al barril de «Jessie», en la sombra proyectada por éste. Brillaba una luna clarísima en las alturas. No le sería difícil descubrir al zorro si hacía acto de presencia. Pero él animal no fue visto por ningún lado.

Durante cuatro noches «Shadow» vigiló atentamente el patio. Nada. El intruso se había esfumado.

A la quinta noche, Johnny fue en busca de «Shadow».

—Hoy dormirás en mi cama, «Shadow» —le dijo— Te he echado mucho de menos estos días, amigo. A mí me parece que ese ladrón no volverá más por aquí.

El propósito de «Shadow» era continuar en el mismo plan, hasta tropezar con el ingrato visitante. Pero Johnny ansiaba tanto disfrutar de su compañía que el perro accedió a sus deseos. Aquella noche, pues, durmió a los pies del chico, como de costumbre. Más no logró conciliar el sueño. Durante su permanencia en el dormitorio de su amo estuvo seguro en todo momento de que dentro de la granja ocurría algo anómalo y cuando oyó a «Jessie» ladrar ya no dudó lo más mínimo de sus presentimientos. Saltó de la cama y se encaminó a la puerta. ¡Estaba cerrada!

«Shadow» corrió hacia la ventana. Se encontraba abierta pero… quedaba a mucha altura sobre el suelo. Otro ladrido insistente de «Jessie» le hizo decidirse. Sin pensárselo más se lanzó fuera. Afortunadamente, fue a caer en un macizo de plantas, rodando sobre éstas. Púsose a cuatro patas enseguida y salió disparado hacia el patio. Habló aquí con «Jessie».

—No. En el gallinero no hay nadie —aclaró la perra—, pero entre los patos reina un gran alboroto. Esto fue lo que me hizo ladrar.

«Shadow» se dirigió al estanque y vio que los patos ciaban señales de hallarse muy atemorizados. El perro vio también que se agrupaban en una de las orillas. Habían estado nadando a la luz de la luna.

Por el otro lado del estanque descubrió una sombra que se movía en las cercanías de un seto. «Shadow» disfrutaba de una vista excelente, por lo cual aquel detalle no podía pasarle desapercibido. Junto a la sombra se desplazaba une masa blanquecina... Ya sabía «Shadow» de qué se trataba.

«Es el zorro, que se lleva uno de los patos blancos», pensó el perro. «¡A por él!».

En un santiamén, «Shadow» se plantó en la orilla opuesta. El zorro había divisado ya al perro, emprendiendo entonces veloz carrera. Se deslizó por un boquete existente en la cerca. Aún llevaba el pato en la boca.

«Shadow» echó a correr tras él. Guiábase por su olfato, además de por la vista. ¡Alcanzaría a aquel zorro aunque tuviese que correr toda la noche!

El zorro dejó caer el pato que había apresado. Cargado con el mismo no podía ir muy deprisa. El pato extendió las alas, perdiendo el equilibrio al entrar en contacto con el suelo. No había salido muy mal parado de su aventura. «Shadow» se preguntó si acertaría a volver por sí solo al estanque. '

La persecución no se interrumpió un instante. El zorro recurría a todas las tretas por él conocidas para borrar tras de sí la pista que suponía su olor, con el fin de que «Shadow» se desorientara. Vadeó una corriente de agua y en lugar de saltar a la orilla opuesta se encaminó a la misma, tras haberse dejado arrastrar por aquella. Pero «Shadow» conocía también tales recursos. «Rafe» le había instruido ampliamente acerca de ellos. ,

En vez de lanzarse al agua, por tanto, el perro siguió corriendo por la orilla, sin apartar un momento los ojos de la oscura cabeza, nadando a no mucha distancia de él. Y nada más pisar el zorro la tierra firme de nuevo, «Shadow» se encontró sobre él, con el único trabajo de persistir en su esfuerzo.

Hallábase muy cerca de su perseguidor, el zorro saltó sobre un muro, aprovechando un instante en que «Shadow» le había perdido de vista. Agachose al pie de aquél, confiando en que el perro le imitaría en lo tocante al salto, para desaparecer seguidamente. Luego él se marcharía por el lado opuesto. ¡Ah, qué zorro más artero!

Pero «Shadow» tampoco era tonto, ni mucho menos. Tan pronto como dejó de percibir el olor de su adversario, al pie del muro, el

perro pensó en seguida que aquél se encontraba en lo alto de la pared o en el lado contrario. Y entonces, decidido, ¡saltó!

Grande fue el susto que sufrió el zorro pues «Shadow» casi cayó encima de él. Salió corriendo nuevamente y así cubrieron los dos animales millas y millas de terreno. Ambos se encontraban fatigados.

Luego, por fin, el zorro llegó a un viejo cubil situado a seis o siete millas de la granja. Jadeante, exhausto, el animal se introdujo en aquél, con la lengua fuera. «Shadow» se detuvo a la entrada del refugio. De éste salía un fuerte olor, con el que se hallaba familiarizado ya.

«¡No puedo bajar ahí!», pensó «Shadow». «Soy demasiado grande para deslizarme por esta abertura. Con esta última treta mi enemigo ha conseguido escaparse».

El zorro aulló en las profundidades.

—¡Lárgate ya! Si quiero- puedo permanecer aquí días y más días. No lograrás alcanzarme hagas lo que hagas. Reconozco, sin embargo, que no he visto nunca un perro más rápido que tú. No volveré a acercarme a tu granja. No quiero exponer a mis crías a que acaben sus días entre tus colmillos. Traeré a mi hembra y a mis cachorros a este refugio. No tornaré a importunar a los animales de tu granja.

—¿Hablas con sinceridad? —ladró «Shadow»—. Si es así te dejaré en paz. Ya sé que esto de cazar aves y animales jóvenes está de acuerdo con tu naturaleza... No debo, pues, culparte a tí de esto. Ahora bien, si te acercas a la granja de Johnny, si eliges la misma como escenario de tus hazañas, no pararé hasta encontrarte, tras lo cual te mataré a tí y a toda tu familia. ¿Me has oído, «Zorro Rojo»?

Sí. El zorro le había oído. No dijo nada más. «Shadow» se alejó de allí, encaminándose a la granja, cansado pero feliz. Estaba convencido de que en el incidente de aquel día y de otros anteriores no volvería a repetirse. Johnny tendría su reloj. El perro estaba contento.

Penetró en la casa por una de las ventanas de la planta baja, subiendo a la) habitación de su querido amo y amigo. Rascó con una de sus pezuñas la puerta del dormitorio. Johnny se despertó, levantándose para abrirle aquélla.

—¿Dónde has estado, «Shadow»? — inquirió el chico, somnoliento, mientras el perro se acomodaba, jadeante, cansado, en su sitio de siempre—. ¿Cazando zorros? ¡Eres muy listo, «Shadow»!

¡Ah, Johnny! Aquella noche «Shadow» se había mostrado más inteligente de lo que el muchacho podía figurarse.



CAPITULO XXII

DÍAS ACIAGOS EN LA GRANJA

«Shadow» contaría unos tres años de edad cuando sobrevino una mala época para los habitantes de la granja a que pertenecía. La cosecha del trigo fue un fracaso. Perdiose la mitad del ganado a consecuencia de una extraña enfermedad... El padre de Johnny estaba desconsolado.

Una de sus más hermosas terneras murió y luego las vacas penetraron en un campo dentro del cual crecía una hierba venenosa. Dos de estos animales enfermaron, falleciendo a los pocos días también.

Una desgana inmensa se había apoderado del granjero, que realizaba los cotidianos trabajos sin la menor ilusión. Johnny estaba triste. Su madre bregaba a todas horas con sus gallinas y patos, intentando obtener de ellos el máximo rendimiento, con objeto de hacer frente a los ineludibles gastos familiares. Los perros andaban a veces escasos de comida pero no se quejaban jamás.

Celebráronse los concursos de perros pastores, como todos los años, y aquél «Shadow» derrotó hasta al inteligente «Rafe». «Shadow» acaparó casi todos los premios. Por vez primera en muchos días, el padre de Johnny sonrió...

—Si este perro pudiera hablar — dijo el hombre a su hijo—, podría enseñarnos muchas cosas—. ¡Es una auténtica maravilla!

Había otra persona por allí que compartía su opinión. Tratábase de un americano que había estado presenciando las pruebas. Una vez hubieron finalizado las mismas aquél se cercó al padre de Johnny.

—Me gustaría comprarle su perro, señor —le dijo—. Poseo unos estudios cinematográficos en mi país y creo que si hiciéramos una película actuando «Shadow» de protagonista, ese perro me haría ganar una fortuna. Jamás vi un animal tan inteligente.

—No. No vendemos el perro — se apresuró a contestar Johnny.

El chico había oído las palabras del desconocido. El granjero miró fijamente al americano.

—¿Qué precio estaría usted dispuesto a pagar por «Shadow»? —inquirió.

—El que usted fijara.

—¡Usted debe estar loco! — exclamó el granjero, alejándose de su interlocutor.

—¡Oiga, oiga, señor! Piénselo bien, a ver quién de los dos es el loco—gritó el americano echando a andar tras él. —¿Usted qué diría si le ofreciese doscientas cincuenta libras por su perro?

—Pues... ya no dudaría de su locura, simplemente — respondió—. El perro no vale ese dinero y usted lo sabe.

—¡Para mí sí! ¿He dicho doscientas cincuenta libras? ¡Eso no es nada! Fijaré el precio en trescientas.

¡Trescientas libras! Más que suficiente para enjugar todas las pérdidas del año y comenzar de nuevo. ¡Trescientas libras! Con este dinero se salvaba la granja y se contaba con un fondo de reserva importante. El granjero se detuvo y el americano continuó hablando.

—¿Qué significa para usted un perro más que menos? Lo más seguro es que dispone de varios. Véndame a «Shadow». El año que viene tendrá ocasión de verlo en la pantalla del cinema de la ciudad vecina. ¡Déjeme que le convierta en el perro más famoso del mundo!

—No sé... No sé qué hacer —repuso el granjero, vacilante—. El perro es *de* Johnny, mi hijo. Tendremos que hablar de este asunto. Venga usted mañana a mi granja y le contestaremos.

El granjero se marchó con su hijo. A Johnny le latía el corazón muy deprisa. Se sentía muy triste. Pero, ¿es que su padre había llegado a considerar en serio la idea de vender a «Shadow»? ¿De qué valía entonces que un perro fuese de uno si no se podía impedir siquiera que otra persona lo vendiera cuando se le "antojase? Bueno, ¿y estaba bien que Johnny se negase a ceder a «Shadow» cuando aquella suma de dinero significaba tanto para su padre?

Aquella noche Johnny y sus padres se ocuparon extensamente de «Shadow», discutiendo si debían venderlo o no. El perro se sentó a los pies del muchacho, apoyando la cabeza en su rodilla. Entendía cuanto estaban hablando. Lo *entendió* y no podía dar crédito a sus oídos.

¿El separarse de Johnny, un ser a quien tanto quería? Pero, ¡si no podría vivir sin su amo! De esto se hallaba más que seguro. ¡Menudo tormento! No volver a oír la voz de Johnny, no volver a sentir sobre su cabeza la mano de Johnny, acariciándole... Esta era una idea insoportable, para «Shadow». El perro lanzó un gemido.

—¡Oh, «Shadow»! —exclamó Johnny con los ojos llenos de lágrimas—. Sabes de qué hablamos, ¿verdad? ¡Oh, «Shadow»! También a mí se me hace muy duro... Pero ocurre que a veces, para favorecer a las personas que amamos tenemos que sufrir. Se me hace extraordinariamente penoso perderte.' Sin embargo, tengo el deber de ayudar a mis padres, siéndome posible. Losé. ¡Oh, «Shadow», «Shadow»! ¡Ojalá no hubieras sido nunca tan inteligente como has demostrado ser! Pues en tal caso nadie habría deseado comprarte.

También «Shadow» en aquellos momentos hubiera querido ser el más estúpido de los perros. Claro, había puesto tanto empeño en demostrar que era superior a sus compañeros que... Su superioridad, precisamente, iba a ser la causa de su separación de Johnny. El rabo del perro quedó abatido entre sus patas. El animal dirigió una mirada saturada de tristeza a su amigo.

Pronto fue tomada una decisión. El granjero dejó caer su mano sobre las de Johnny. La reacción del muchacho le preocupaba.

—Johnny: siento mucho hacer esto —le dijo—. No me atrae absolutamente nada la idea de$_s$ separarte de «Shadow». Yo también quiero mucho a este perro. Es un ser casi perfecto. Sus ojos hablan, casi. Johnny... Si esto ha de ser motivo de un gran disgusto para tí lo dejaremos. Existen muy pocas probabilidades de que logremos salvar la granja prescindiendo de ese dinero.

Johnny hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—Prefiero perder oí «Shadow» a que se pierda esto, que ha sido el afán de toda tu vida, papá — contestó el chico.

Después, Johnny ya no pudo pronunciar una palabra más. Levantose para salir de la casa. Un profundo dolor le atenazaba. «Shadow» seguía sus pasos de cerca. Ahora no quería estar ni un minuto apartado de su amo porque al cabo de varios días se vería cruzando el océano, en dirección a un gran país llamado América.

—Se iría con su comprador... Todo estaba planeado ya.

«Shadow» refirió a los otros perros lo que pasaba y todos se entristecieron porque siempre habían visto en él a un buen amigo.

—Ahora no quiero apartarme de Johnny un momento— dijo el perro—. ¡Ni un solo minuto! Pero...

Paseaba con Johnny por Long Field cuando el chico dio de repente un grito.

—¿Qué es aquello que se va allí, «Shadow» en esa zanja? ¿Una vaca? ¡Oh! No quiero ni pensar siquiera que mi padre esté a punto de sufrir otro percance...

Los dos se acercaron corriendo al lugar en cuestión. Sí. Se trataba de una vaca de pelaje blanco y rojizo. Había intentado alcanzar unas hierbas situadas al otro lado de la abertura, cayendo aparatosamente dentro de ella. Por sus propios medios el animal no podría salir porque la zanja era profunda.

—«¡Shadow!» Vete corriendo a la granja y busca a mi padre — ordenó Johnny.

«Shadow» se alejó de su amo para hacer lo que le acababa de mandar. El granjero al ver al perro comprendió que era portador de algún mensaje. Se llevó entonces una mano a la frente, a modo de visera, mirando a lo lejos. Johnny le estaba haciendo señas.

—Algo malo le ha ocurrido a uno de nuestros animales —gimió el hombre.

Aproximose a uno de los cobertizos para coger una cuerda. Luego se dirigió a Long Field. «Shadow» le pisaba los talones.

—¿Crees que puede haberse roto alguna pata, papá? —le preguntó el muchacho tras señalarle la vaca—. Yo no veo nada.

—¡Oh! Lo más seguro es que se haya quebrado las cuatro— repuso el granjero, con lúgubre acento—. ¡Qué suerte la mía!

Atado convenientemente el animal, entre los dos procedieron a sacarle de la zanja. La vaca salió de su prisión de golpe y padre e hijo

quedaron sentados en el suelo. Aquella movió la cola con fuerza, avanzó unos pasos y se puso a pastar tranquilamente.

—¡Hurra! ¡No se ha quebrado ni una pata siquiera! —exclamó, muy contento.

En su alegría, el muchacho saltó sobre la zanja y «Shadow» le siguió.

Y fue entonces cuando ocurrió algo horrible. «Shadow» sintió que una cosa de naturaleza desconocida penetraba en sus ojos, produciéndole un terrible dolor, obligándole a volver la cabeza hacia un lado... Era una tira de alambre de espino herrumbroso que «Shadow» no había visto. El animal parpadeaba. Su ojos sangraban.

—¡Papá! ¡Fíjate en lo que le ha pasado a «Shadow»! —gritó Johnny arrodillándose—. ¡Oh, papá! ¿Crees que se quedará ciego?

El estado del pobre «Shadow» daba qué pensar. Las. púas del alambre de espino le habían destrozado los ojos y apenas veía al emprender el regreso a la granja. Procuraba mantenerse junto a los pies de su amo, guiándose más por el olfato que por la vista.

El chico estaba más preocupado que nunca. Su padre sacó el carro inmediatamente y los tres se fueron en busca del veterinario. Este, hombre avezado por su profesión a ver toda clase de animales y enfermedades, movió la cabeza haciendo un grave gesto.

—No sé si podré salvarle los dos ojos. Es posible que uno, todo lo más. El otro se encuentra en muy mal estado.

Se los bañó, limpiándolos a fondo, y luego les aplicó una pomada con un pañito, procediendo inmediatamente al vendaje. El perro estaba inquieto, molesto. Acomodado junto a Johnny, intentando desprenderse la venda con una de sus pezuñas. Johnny le riñó, recordándole que no debía tocarla.

—¡Oye, papá! Supongo que al americano ya no le interesará ahora Johnny, ¿verdad? — inquirió súbitamente el chico.

—¡Dios mío! ¡Ni siquiera me acordaba de eso! — respondió el granjero—. No. Me imagino que no. Un perro ciego no podría servirle de nada. Tengo que decirle a ese hombre lo que ha pasado.

—¡Oh, papá! No sabes lo que lamento la pérdida de esas trescientas libras pero debo comunicarte que me produce una gran alegría el hecho de poder conservar a «Shadow» a mi lado, aunque no vuelva a ver jamás.

Johnny había pronunciado estas palabras hallándose estrechamente abrazado al perro. Este, al oírlas, sintió que su corazón

latía más deprisa. ¿Se trataba de no separarse del chico? Bueno, ¿y qué más daba que perdiese la vista entonces? Estaba contento, sí, muy contento, de haber sufrido aquel accidente...

—¡Oh, «Shadow»! No saltes así. El vendaje acabará por caérsete, ten cuidado.

El perro, invadido por una incontenible alegría, no cesaba de moverse, intentando lamer el rostro de su amo, que ahora no podía contemplar.

El americano se enfadó mucha) cuando le informaron acerca del percance sufrido por «Shadow». Desde luego, un perro ciego no le interesaba para nada. Acusó a Johnny de negligencia. El muchacho optó por guardar silencio. Ahora bien, se sentía satisfecho al pensar que aquel ricacho de mal genio no tendría nunca la más mínima relación con su perro.

Lo más extraño de todo fue que poco después de aquel día en que el americano se negaba a dar nada por «Shadow», las cosas comenzaron a marchar de nuevo perfectamente en la granja. El padre de Johnny vendió unos cuantos cerdos a buen precio. Más todavía: no se los habían pagado jamás tan caros. Y luego, una extensión de terreno que habían sembrado, arrojó un rendimiento superior al doble del normal.

Sucedió algo todavía más inesperado que esto. El granjero había prestado cien libras tiempo atrás a un amigo, el cual le devolvió el dinero por aquellos días.

—¡Eh! ¡Echad un vistazo a esto! —exclamó el granjero levantando la mano y mostrando a sus familiares el cheque. —¡Cien libras que acaban de caernos del cielo! Nunca pensé que el viejo Harry pudiera devolvérmelas... Pero lo ha hecho. ¡Dios le bendiga! ¡Oh! Afortunadamente, las cosas se van arreglando.

Johnny estaba en verdad contento. Su alegría hubiera sido completa de haber tenido «Shadow» los ojos bien. Miraba a menudo al perro, que solía sentarse pacientemente a su lado, con casi toda la cabeza vendada. Cuando le quitaran el vendaje el veterinario se ocuparía debidamente del ojo que en su opinión podía ser salvado.

Al día siguiente Johnny llevó el perro al veterinario. Suavemente, éste fue quitándole el vendaje. Replegó los párpados y examinó los ojos del animal atentamente. Entonces el hombre profirió una exclamación de agradable sorpresa.

—¡Esto es extraordinario! ¡Pero si tiene los dos ojos casi curados! Incluso el que me pareció que estaba perdido por completo. No lo entiendo. Este perro tiene que ser un animal muy fuerte y sano. No hay ni qué pensar en que pudiera quedarse tuerto, Johnny. Yo creo que cuando las pequeñas heridas, múltiples, eso sí, que se produjo hayan cicatrizado tu famoso «Shadow» verá tan bien como antes.

Johnny escuchaba. Las lágrimas corrían por sus mejillas en aquellos instantes. Ninguna noticia podía ser mejor que la que acababan de darle. «Shadow» no se quedaría ciego, ¡ni tuerto siquiera! Gozaría de la misma vista. Estaría en posesión de aquellas facultades que le habían valido tantos triunfos. No quería creerlo. Resultaba todo demasiado hermoso para ser verdad... Johnny apoyó una mano en la cabeza de «Shadow» y el perro supo lo saladas que eran las lágrimas de su entrañable amigo al *correr* éstas también por sus hocicos. Sabía que Johnny estaba contento y lamió su rostro cariñosamente.

Una gran satisfacción le poseía. Ya no se separaría del chico. Pertenecería siempre, exclusivamente, a él. Y ya podía ver... ¡Le habían quitado el molesto vendaje!

—Ahora has de procurar que no se restriegue los ojos —advirtió el veterinario a Johnny. —. Es maravilloso que haya salido con bien de este terrible contratiempo. ¡Qué perro más estupendo el tuyo, muchacho!

Con un fuerte cartón, Johnny le hizo a «Shadow» un collar, que sujetó al de cuero. De esta manera al perro le era imposible acercar sus pezuñas c los ojos, por encontrar aquéllas ese obstáculo en el camino. Los otros perros pastores se reían de «Shadow», al verle con el extraño aditamento... A «Shadow, sin embargo, esto le tenía sin cuidado.

Johnny me obliga a llevar esto porque me quiere. Desea, sencillamente, que me cure — solía decir a «Dandy» y a los demás.

Dos semanas más tarde el collar de cartón desaparecía. «Shadow» estaba completamente curado.

—Fue una racha de buena suerte que tú te produjeras esas heridas, «Shadow» —dijo el muchacho dirigiéndose al perro el día en que le desposeyó para siempre del collar de cartón—. No se puede uno quejar nunca. A veces lo que nos parece una desgracia acaba siendo una bendición para nosotros.

le agradará cambiar las mantas de mi lecho por los matorrales de estos parajes.

Esto era ciertamente lo que «Shadow» pensaba. Le gustaba en verdad el olor del brezo. El perro contemplaba por tal razón con interés las idas y venidas del pastor y Johnny, portadores de grandes brazadas de matas, que depositaban dentro de la choza, su refugio.

Primeramente quedaron tapadas las grietas descubiertas. Luego, entre los dos, hicieron en un rincón de .la casucha un gran lecho que cubrieron con un par de mantas.

Naturalmente, el pastor y Johnny llevaban consigo la comida que necesitaban. Los dos colgaron sus zurrones de sendos clavos, dentro de la choza. Andy sabía por experiencia que los perros, sintiéndose con hambre, eran capaces de dar buena cuenta de sus provisiones en un santiamén.

Tras el largo paseo desde ¡a granja hasta lo alto de la montaña, Johnny se encontraba fatigado. Decidió sentarse a *la* puerta de la cabaña. Eran más de las doce y media y lucía un sol esplendoroso en el cielo. A los pies del muchacho quedaba una de las laderas de la elevación cubierta de puntitos obscuros y blancos: las ovejas. La mayor parte de los corderos de aquel año tenían fuerza suficiente para acompañar a sus madres hasta aquellos lugares.

Andy se acomodó junto a Johnny. El pastor señaló en dirección a un cordero aislado que no estaba pastando en compañía de los demás animales.

—Ese cordero está encanijado —dijo el hombre—. No se desarrolla como debiera... Y por ahí anda otro que se encuentra en idénticas condiciones. Tal vez los saludables aires de la montaña y estos buenos pastos les hagan mejorar, Johnny.

«Shadow» se tumbó a los pies del chico. También él sabía de la existencia de aquellos corderos pues había tenido que trabajar indeciblemente para obligarles a que subieran a lo alto de la montaña. Habíanse detenido por el camino más veces de lo que él hubiera deseado, balando angustiosamente. Sus madres, al principio, les habían esperado, pero luego, cansadas de sus incesantes balidos, habíanse olvidado de ellos. Andy se apresuró entonces a enviar en su busca a los perros y «Shadow» se irritó mucho al observar que una de las crías se obstinaba en deslizarse por los sitios más peligrosos.

Pero el perro comprendía que tenía que mostrarse paciente. Bien estaba que se sintiese enfadado mas había de procurar que nadie se

diera cuenta de ello. Dejándose llevar del mal genio y de la ira no era posible gobernar ningún rebaño. Lo único que se conseguía, en tal caso, era que las reses se asustaran, sin ningún resultado práctico.

Johnny le había dicho a «Shadow» una vez que cualquier persona podía juzgar al dueño de una granja sin más que observar la forma en que sus perros trataban a las ovejas.

—Si a los perros se les ve agitados, inquietos, mientras rodean a un rebaño puedes dar por cierto que el granjero es un hombre de mal genio —afirmó Johnny—. En cambio, si los perros se muestran tranquilos, pacientes, da por hecho que su dueño suele adoptar una conducta semejante.

Esto hizo que «Shadow», sin más vacilaciones, se condujera como venía haciéndolo ya, pues deseaba evitar que su amo, Johnny, fuese juzgado desfavorablemente por alguien. En consecuencia, aunque el estúpido cordero le había sacado de sus casillas no lo demostró y muy pronto aquél llegó a pensar que el tenaz animal que le acosaba serenamente era su amigo y no su adversario. Entonces comenzó a avanzar a un ritmo más razonable y hasta cesó de efectuar paradas demasiado frecuentes.

Johnny y el pastor comieron a! sol. Los cinco perros se situaron a su alrededor, esperando las sobras de su banquete. Tratábase a aquellos animales con justicia y todos disfrutaron de su parte. Por saberlo precisamente no luchaban nunca entre sí. No perdían de vista, entretanto, al ganado, manteniéndose hora tras hora alerta, por si a alguna res le daba por separarse de las demás. Una vez agrupado el ganado en un lugar, su trabajo era sencillo y tranquilo, pero siempre surgían una o dos ovejas atravesadas que se empeñaban en alejarse de sus compañeras, las cuales de buena gana habrían devuelto a la granja.

El pastor, el muchacho y los perros, pues, permanecieron largo rato con los ojos fijos en la ladera. De pronto, Andy levantó la vista. Algo había acaparado su atención en el firmamento. Estrechó los párpados, esforzándose por ver mejor.

—¿De qué se trata, Andy? — Inquirió Johnny, imitándole.

El muchacho vio un gran punto negro que se elevaba más y más en el cielo, sostenido por unas alas enormes...

—¿Sabes qué es eso? —le preguntó Andy—. ¡Un águila!

—¡Un águila! —exclamó Johnny, sorprendido—. Creo que esta es la primera vez que veo una. Debe ser un pájaro muy grande.

—Enorme —comentó el pastor—. Diez años atrás, las águilas acostumbraban a anidar en el lado opuesto de la montaña. Por entonces no podía perder de vista a mis ovejas ni un solo momento a lo largo del día.

—¿Por qué? ¿Es que esas aves son capaces de atacar al ganado? — quiso saber el muchacho, admirado.

—¡Ya lo creo! Acostumbran a dejarse caer¡ sobre los corderos más débiles con el fin de apresarlos y conducirlos a sus nidos para que sus crías se den buenos banquetes.

—¡Dios mío! — exclamó Johnny, perplejo—. No creí nunca que existieran aves dotadas de tal fuerza. ¡Oh, Andy! No estarás pensando que ese animal anda detrás de nuestro ganado, ¿verdad?

—No, no es eso lo que pienso —respondió el pastor sin apartar la mirada del punto negro, cada vez más alto en el firmamento—. Aunque las águilas son unas aves fuertes, poderosas, se muestran más bien cobardes cuando tienen que atacar a animales más grandes que ellas mismas. Al ver un conejo, una liebre, un débil cordero, se lanzan sobre su presa sin temor alguno. No obstante, cuando una oveja madre se revuelve y sale en defensa de su cría optan por huir.

Johnny tornó a mirar hacia las alturas. El ave, con sus alas completamente extendidas, había descendido un poco, acercándose más a ellos. El chico pudo apreciar el enorme tamaño de aquéllas y sus extremos, vueltos hacia arriba. En ocasiones se abatían o enderezaban rítmica y majestuosamente, de acuerdo con sus movimientos. En otras el águila se desplazaba manteniendo completamente rígidas sus alas, como si flotara al viento.

—¡Quién pudiera hacer eso! —exclamó el muchacho—. Ahí es nada: remontarse hasta las alturas más inaccesibles y luego dejarse caer lentamente, meciéndose en el aire... Cuando sea mayor me haré piloto de avión.

El águila continuó descendiendo, perdiéndose tras el lado opuesto de la montaña. Johnny mostró un gran interés por descubrir a donde habría ido a parar.

—Bueno, ve si quieres —dijo el pastor—. Pero no vayas a extraviarte o caerte en cualquier hondonada... Que «Shadow» y «Dandy» te acompañen.

Los dos perros echaron a andar muy contentos tras su joven amo. Para ellos era una gran diversión trepar hasta la rocosa cumbre de la montaña en aquel despejado día de primavera. Cuando Johnny llegó a

la parte más alta miró ávidamente hacia el otro lado. Era éste empinado y rocoso. ¿Dónde habría hecho el águila su nido?

Después descubrió a la gran ave posada como una estatua de piedra en el extremo de un elevado peñasco. Parecía más enorme y poderosa que nunca, En sus taladrantes ojos y en su ganchudo pico Johnny creyó descubrir unos crueles instintos. ¿Se atrevería a acercarse un poco más todavía a ella? ¡Oh! ¡Cómo le habría gustado asomarse a su nido!

El águila no le había visto. Súbitamente, lanzó un penetrante chillido, muy curioso, elevándose lentamente en el airé. Johnny pudo contemplar entonces en todo su esplendor las tremendas alas. Y a continuación, de un lugar situado más abajo, surgió otra águila, ascendiendo con impresionante facilidad por el firmamento...

«¡Tiene que haber un nido por las inmediaciones!», pensó el muchacho, excitado. «¡"Shadow"! ¡"Dandy"; ¡Tendeos aquí! ¡Quietos!»

El chico no había llegado a pronunciar una sola palabra de éstas, valiéndose de enérgicos ademanes para dar a entender a los perros, qué era lo que quería. Los perros le obedecieron en el acto pese a que a la vista de las tremendas aves los pelajes de los mismos, en la parte correspondiente a sus cuellos, se habían erizado. Johnny esperó a que las águilas se hubiesen distanciado de allí antes de avanzar hacia el punto en que viera a la primera posada majestuosamente sobre la punta de una roca. El camino era empinado y peñascoso. Johnny se dio cuenta de que no le sería posible alcanzar el nido por estar el mismo en un rocoso saliente al que no había manera de llegar si no se contaba con el auxilio de una cuerda.

Logró, sin embargo, contemplar el nido a sus anchas. Había sido construido con ramas de diversos tamaños y matas de brezos. Vio también como elementos integrantes de aquél, musgos, hierbajos menudos y algo blanquecino, juncos, quizás...

Dentro del nido había dos jóvenes águilas. Permanecían quietas,-sin hacer el menor movimiento. Johnny estuvo observándolas un rato y luego volvió sobre sus pasos, emocionado al pensar que un descubrimiento como el que acababa de realizar no era cosa que sucediese todos los días. Las águilas grandes flotaban muy alto ahora sobre su cabeza. Sus plumas tenían un tono castaño oscuro que se transformaba en un brillante dorado en la parte posterior de sus cuellos. Los perros gruñeron al ver que ¡as aves se acercaban y perdían altura.

—¡Quieto, «Shadow»! —ordenó Johnny—. Las águilas no van a hacerte ningún daño.

Unas horas más tarde el chico no pensaría ya así...

El y Andy pasaron la noche en la vieja choza, confortablemente acomodados en su lecho de brezo, levantándose al amanecer.

Johnny fue el primero en despertar. Los perros no habían parado de gruñiría partir de cierto momento y «Shadow», nervioso en extremo, se había puesto a ladrar...

¡Y qué extraña escena contemplaron sus ojos! Una de las águilas, con sus enormes alas completamente extendidas, llevaba enganchado en sus poderosas garras a uno de los más débiles y menudos corderos. Este pesaba lo suyo pero el ave, batiendo sus alas lentamente, fue elevándose de un modo gradual pero seguro, en dirección a la cumbre de la montaña, encaminándose a su nido.

—¡Andy! ¡El Águila! ¡Se lleva a uno de nuestros corderos! — gritó Johnny muy apenado.

No podía hacer nada para evitar aquello. El ave, tras lanzar un extraño aullido o algo por el estilo, había desaparecido tras unos peñascos. Los perros, enloquecidos, iniciaron un concierto de ladridos ensordecedor.

El pastor estaba enfadado... Le pasaba lo mismo que a Johnny. ¿Qué podía hacer? Para cazar águilas los perros no servían. Únicamente una buena escopeta hubiera sido allí de utilidad.

—Mira, Johnny: esta mañana dejaré el ganado en tus manos mientras yo me acerco a casa en busca de mi escopeta —declaró Andy—. Regresaré tan pronto como me sea posible. Si volviera por aquí el águila acógela dando fuertes gritos y agitando fuertemente los brazos. Procura que los perros no se alejen un instante de ti.

Andy se alejó rápidamente, montaña abajo. No creía que durante su ausencia volviese a presentarse allí el águila. No obstante, ¡se equivocaba en sus suposiciones!



CAPITULO XXIV

UNA AVENTURA EN LA MONTAÑA

Johnny se mantuvo atento a lo que sucedía a su alrededor, en previsión de que el águila pudiera volver, pero durante largo rato no llegó a descubrir en el cielo aquel punto negro que venía a ser el ave en las alturas cuando flotaba sobre los riscos. Como sentía bastante hambre se decidió a comer algo. Los perros sólo apartaban la vista de él para fijarla en el ganado. Confiaban en repartirse pronto las sobras de su pequeño banquete.

El muchacho se preparó unos bocadillos de queso, encendió un fuego y colocó sobre él la tetera. Nunca había comido con tanto apetito.

Los perros se mostraban inquietos. Jamás habían tenido ocasión de ver a un águila en el acto de robar una res y este espectáculo parecía haberles dejado desconcertados.

«Shadow» era, especialmente, quién estaba más preocupado. Habiendo contemplado las poderosas garras del ave no se explicaba por qué razón ésta no le había atacado a él o a «Dandy» y Johnny...

—No te preocupes, «Shadow» —le dijo «Dandy»—. Ya oíste decir al pastor que las águilas no son tan valientes que se decidan a atacar a las reses grandes capaces de defender a sus corderos... ¿Cómo quieres entonces que ésa se fijara en nosotros o en nuestro joven amo?

—No sé —respondió «Shadow», inquieto—. Presiento el peligro, «Dandy». Tú ocúpate de! ganado esta mañana. Yo quiero estar en todo momento pendiente de Johnny.

—¡Oh, no! Tienes que hacer la parte de trabajo que te corresponda —contestó «Dandy» en seguida—. Acabo de darme cuenta de que algunas reses se han alejado demasiado y yo solo no conseguiré hacerlas volver. Tienes que acompañarme. Necesito que me ayudes. Si nos movemos los dos realizaremos esa labor en la mitad de tiempo.

«Shadow», pues, hubo de marcharse con «Dandy». Aquél obedecía siempre a los perros de más edad y experiencia que él. Le habían enseñado cuanto sabía, la deuda contraída era grande y no había otro medio de saldarla. Por tanto, cuando Johnny le dio una voz a «Dandy», para que recogiera las ovejas a que éste había aludido, «Shadow» se marchó dócilmente tras su amigo.

—No las dejes que se aparten demasiado —señaló Johnny acariciando el lomo de su perro cuando éste se deslizó junto a él—. Mientras anden por ahí esas águilas prefiero tener a todas las ovejas al alcance de la vista, «Shadow».

Así, pues, los perros trabajaron de lo lindo aquella mañana. Rodearon hábilmente el rebaño y enviaron a sus respectivas madres los traviesos corderos que deseaban burlar su} vigilancia. Al corderito enfermizo lo colocaron en el centro, en medio de todos los animales, pensando en que si el águila regresaba le costaría trabajo arrebatárselo a sus mayores.

Reunido el rebaño en la ladera, Johnny procedió a efectuar un recuento. Sólo faltaba el cordero desventurado que robara el águila.

—¡Magnífico! — exclamó Johnny, dirigiéndose a sus perros—. ¡«Dandy»! ¡«Shadow»! Os habéis portado muy bien. Cumplisteis con vuestro deber rápidamente.

Los dos perros movieron sus rabos, contentos. Les agradaba su trabajo y ni siquiera necesitaban las órdenes del pastor o de Johnny para cumplir con su obligación... Pero, claro, ¿a quién no le agrada oír unas palabras de elogio? El granjero le había dicho a su hijo que todos los animales gustaban de las frases de aprecio y que debía obsequiárseles con ellas, considerándolas una parte de su merecida recompensa.

—¡Hasta a los niños pequeños les agrada que sus actos sean ensalzados! — exclamó el padre de Johnny con una sonrisa, con aquel motivo.

Los perros se tendieron junto a Johnny. Este se hallaba ocupado, construyéndose un silbato. Andy le había facilitado las instrucciones oportunas con tal objeto y ahora le habían entrado unas ganas terribles de poseer uno. Al principio no advirtió que ocurriera algo anormal entre el ganado... ¡Pero los perros sí!

De pronto las ovejas habían empezado a mostrarse nerviosas, agrupándose más, acercándose unas, a otras, preguntándose los inteligentes pastores caninos cual era la causa de aquellos inesperados movimientos. No tardaron en descubrir la misma. ¡La gran águila flotaba en el cielo de nuevo! Las ovejas, pese a su habitual torpeza, habían presentido el peligro e impulsadas por el fino instinto de conservación habían procurado disminuir la distancia que les separaba a unas de otras.

Los perros se pusieron en pie de un salto, lanzando continuos gruñidos. Johnny, profundamente alarmado, dejó a un lado su silbato. Raras veces había percibido unos gruñidos más fieros que aquéllos en «Shadow» y sus amigos. Casi instantáneamente descubrió al águila.

El ave se había remontado a mucha altura. Sus alas se veían totalmente extendidas, con las puntas vueltas hacia arriba. De vez en cuando el águila miraba hacia el suelo, paseando su penetrante mirada por las ásperas laderas de la montaña. ¡Buscaba, sin duda, otro cordero!

—¡Traed el ganado hacia acá! — ordenó Johnny.

Los dos perros salieron disparados como unas flechas y rodeando el ahora compacto rebaño obligaron a los animales a aproximarse al sitio en que se hallaba su amo. Una de las ovejas escapó, saltando

sobre una pequeña charca. «Shadow» hubo de lanzarse en su persecución. Aquél no vio que el pobre y desvalido cordero que mereciera antes tanta atención se había quedado atrás, escondido en unos matorrales.

Johnny estaba tan pendiente del ganado como de los movimientos del águila.

—¿Dónde para el otro cordero? —preguntó—. No lo has hecho venir, «Shadow».

El ave descubrió enseguida al menudo animal. Súbitamente empezó a descender con toda rapidez, igual que una piedra que cae, con las garras listas para acabar con su víctima. Pero en ese preciso instante Johnny descubrió a su cordero, echando a correr hacia él. Antes se agachó una fracción de segundo, para coger un grueso cayado que Andy dejara por allí. El muchacho avanzaba gritando y agitando los brazos. Los perros saltaban y ladraban salvajemente a su alrededor.

De pronto el águila interrumpió su vertiginoso descenso para elevarse sin perder de vista al cordero, que se encontraba ahora terriblemente asustado. Johnny dio una voz, forzándole a incorporarse al rebaño, corriendo entonces el animal en dirección a su madre. El águila le vio correr. Tenía perfectamente localizado al cordero. Podía esperar hasta que el muchacho y los perros hubiesen optado por sentarse de nuevo. El águila prosiguió su majestuoso ascenso por el firmamento...

Johnny no iba a estar de pie, con la mirada posada en las alturas toda la mañana. Así pues, tornó a sentarse, levantando la cabeza de vez en cuando. Al cabo de un rato advirtió que dos o tres ovejas y un cordero se habían vuelto a separar del rebaño. El chico dio una voz a los perros.

Estos salieron corriendo con su presteza característica. Una oveja y un cordero comenzaron a descender por la ladera de la montaña nada más ver a «Shadow y «Dandy».

¡Este fue precisamente el momento elegido por el águila para su ataque! Caía de nuevo de las alturas como una piedra, dirigiéndose al punto en que se encontraba el cordero con su madre, en el centro del rebaño. Se proponía clavar sus garras en el menudo ser y remontar el vuelo antes cíe que las demás ovejas o los perros le impidieran que realizase sus propósitos.

Pero Johnny no se había descuidado. Echó a correr hacia el ave, gritando y agitando su cayado. El águila había atrapado ya al cordero y todas las reses se esparcieron por los alrededores, aterrorizadas. Su desventurada presa baló angustiadamente.

—¡Deja ese cordero, pájaro cruel! — gritó Johnny al tiempo que abatía su bastón sobre el animal.

Pero éste debía estar hambriento y no se hallaba dispuesto a renunciar así como así al cordero. Además, aquella águila no era cobarde, como suelen serlo la mayor parte de los seres de su especie, y se mantuvo encima de la víctima con las alas abiertas a medias, avanzando bruscamente, de un modo amenazador, el ganchudo' pico en dirección a Johnny.

El chico la golpeó por enésima vez con su bastón. El águila lanzó un extraño aullido, elevándose en el aire para dejarse caer inmediatamente sobre el valiente muchacho. Johnny se dio cuenta de que aquel animal podía causarle serias heridas, pero no por eso llegó a sentirse atemorizado. En respuesta a su nueva actitud le descargó una serie de bastonazos con redoblada fuerza.

El águila giró hábilmente, volviendo a dirigirse hacia Johnny. El chico se escabulló, tropezando en una piedra y cayendo al suelo. Estaba medio atontado y el ave vio entonces a Johnny a su merced. Cerró las alas para caer rápidamente sobre él e hincar sus garras en su cuerpo pero... en ese instante entró en escena «Shadow».

El y «Dandy» habían estado oyendo los gritos del muchacho, apresurándose a volver para acudir en su ayuda. «Dandy» no era tan rápido como «Shadow», por lo cual fue éste quien en primer lugar saltó sobre el caído cuerpo de su amo, enfrentándose con el águila, un tanto sorprendida.

«Shadow» gruñó con tanta fiereza que hasta el ave se sintió alarmada. El perro replegó sus hocicos, enseñándole sus grandes colmillos. ¡Estaba dispuesto a morir por Johnny! No abandonaría a su joven amo por nada del mundo. El águila tendría que hacerlo pedazos para que renunciara a la lucha.

El ave atacó a «Shadow», alcanzándole el lomo con una de sus garras. El perro saltó, manoteando vigorosamente. Así se hizo con un puñado de plumas y el águila lanzó un chillido de ira. Sus pezuñas se hallaban cubiertas de pequeñas plumas hasta cerca de las ganchudas uñas, que se curvaron para atacar nuevamente.

Johnny se puso en pie, agarrando otra vez su bastón. Luego vio algo que le encogió el corazón. La segunda águila volaba por las alturas, encima de ellos, con la intención, seguramente, de dejarse caer y ayudar a su compañera. El chico sintió un gran desconsuelo. ¡No podía hacer frente a dos aves como aquéllas al mismo tiempo!

Luego, el rebaño en pleno se sintió espantado, iniciando un precipitado descenso por la ladera de la montaña. Las reses bajaban en arrolladora confusión. Y a todo esto Johnny no podía detenerlas porque ninguno de los dos perros se mostraba dispuesto a dejarle para marchar en pos del ganado. «Dandy» se encontraba a su lado ya. «Shadow», desde luego, no abandonaría por ningún concepto a su amo por causa del rebaño.

La primera águila descendió nuevamente, intentando alcanzar al chico en la cabeza. Pero entonces «Shadow» dio un salto de casi dos metros, llegando a las crueles garras del ave. Sus fuertes colmillos se cerraron sobre ellas, mordiendo con tal furia a su adversaria que ésta profirió un alarido de dolor y de rabia. «Shadow» tenía la boca destrozada y sangrante, pero el perro ni siquiera pareció darse cuenta de esto.

El águila estaba a punto de elevarse en el aire, con un movimiento de sus poderosas alas, en el momento en que Johnny le asestaba un tremendo golpe con su bastón tras apuntar cuidadosamente. El cayado fue a abatirse sobre la parte posterior del cuello del ave, a cuyas doradas plumas el sol arrancó unos reflejos.

El águila cayó vertiginosamente al suelo... Los perros se arrojaron sobre ella como fieras y este fue su fin.

A continuación Johnny tornó a enarbolar el bastón, listo para enfrentarse con la hembra. Pero ésta no era, por lo visto, tan valiente como el macho y al observar lo ocurrido levantó el vuelo, perdiéndose poco después entre las nubes. El chico se apartó de la frente un mechón de húmedos cabellos. Posó la vista en silencio en los dos perros y procedió a lavar sus heridas en un charco cercano al lugar en que se había desarrollado el singular encuentro. Las heridas de los canes no eran graves...

—Esta sí que ha sido toda una aventura —dijo por fin Johnny—. ¡Dios mío! ¡Qué mal momento he pasado! Ahora me alegro de que todo haya terminado... Sin embargo, no hubiera querido perdérmela por nada del mundo. Fíjate en esto, «Shadow»: vamos a volver a casa con el águila. Podremos demostrar que hemos estado luchando con ella y

que la victoria fue nuestra. Logramos salvar al cordero... ¡Oh, «Shadow»! ¡Oh, «Dandy»! ¡Qué dirá la gente?

Los perros se pusieron a ladrar. Estaban ansiando lanzarse ladera abajo, en busca de las reses. No olvidaban que su misión allí consistía en mantener el orden en el rebaño.

Iniciaron el descenso. Johnny se había echado el pesado cuerpo del águila al hombro. Estaba muy orgulloso de su proeza: No había querido matar aquella magnífica ave. Ahora bien, él tenía la obligación en todo momento de proteger el ganado de su padre y esto había sido lo que inspirara su conducta.

Andy, el pastor, había visto las reses en el camino de regreso, procediendo a su recogida con ayuda de los otros tres perros. Al ver el águila abatida por Johnny, «Shadow» y «Dandy» se quedó desconcertado.

—Cuesta trabajo creer que un chiquillo como tú haya salido victorioso tras una lucha tan desproporcionada —fue su comentario—. ¡Hombre! ¡Si esta es una hazaña de la que se sentiría orgulloso, legítimamente orgulloso, cualquier persona mayor! Tengamos presente que tú no disponías de ninguna arma de fuego. Para defenderte no contabas más que con tus brazos y un bastón. ¡Eso está pero que muy bien, Johnny!

—Fue realmente «Shadow» el vencedor en ese combate —señaló el chico, profundamente satisfecho—. Se portó como un valiente. ¡Tenías que haberle visto, Andy!

Por fin, las reses, el pastor, los perros, el muchacho y el águila llegaron a la granja. ¡Y qué rato pasaron Johnny y «Shadow», contando a todos la maravillosa aventura que habían vivido en la montaña!

—Es algo estupendo tener un perro como «Shadow»— dijo Johnny innumerables veces a los que le escuchaban.

Y «Shadow», loco de júbilo, no cesaba de mover el rabo, ladrando desaforadamente.

—¡Qué agradable es tener un amo como Johnny!

Esto era, por supuesto, lo que él no se cansaba de repetir.

FIN



ERIE AVENTURA
48